ORIGENES DEL HOMBRE



Europa Bárbara (II)

58

folio

Europa bárbara (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

Europa bárbara (II)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Philip Dixon
Supervisores científicos: John Boardman, Basil Gray, David Oates y Courtlandt Canby

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (14 - 8 - 1995)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94

Printed in Spain
ISBN.: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0126-3 (volumen II)

Contenido

VOLUMEN II

La victoria de la Iglesia 89

Capítulo quinto:
El Imperio franco 97

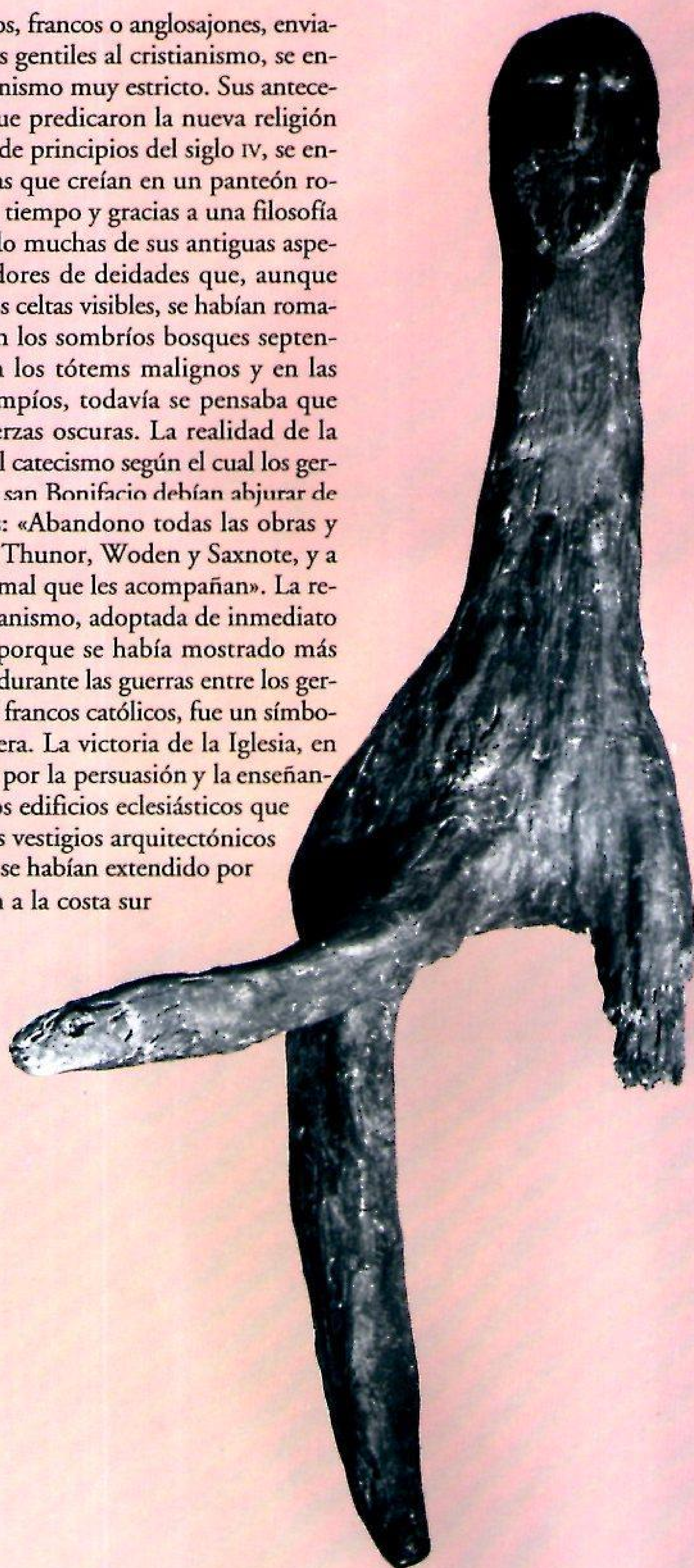
Los palacios reales 120

Capítulo sexto:
Los vikingos y la época posterior 125

Glosario 150

La victoria de la Iglesia

Los misioneros, italianos, francos o anglosajones, enviados para convertir a los gentiles al cristianismo, se enfrentaban con un paganismo muy estricto. Sus antecesores, los sacerdotes que predicaron la nueva religión imperial a los rústicos de principios del siglo IV, se encontraban con personas que creían en un panteón romano que, a través del tiempo y gracias a una filosofía tolerante, había perdido muchas de sus antiguas asperezas y con los adoradores de deidades que, aunque dueñas aún de atributos celtas visibles, se habían romanizado y civilizado. En los sombríos bosques septentrionales europeos, en los tótems malignos y en las tumbas y sacrificios impíos, todavía se pensaba que estaban activas las fuerzas oscuras. La realidad de la amenaza daba fuerzas al catecismo según el cual los germanos convertidos por san Bonifacio debían abjurar de sus creencias idólatras: «Abandono todas las obras y palabras del demonio, Thunor, Woden y Saxnote, y a todos los espíritus del mal que les acompañan». La religión foránea, el cristianismo, adoptada de inmediato por los conquistados porque se había mostrado más poderosa en la batalla, durante las guerras entre los germanos libres contra los francos católicos, fue un símbolo de opresión extranjera. La victoria de la Iglesia, en parte militar, en parte por la persuasión y la enseñanza, está señalada por los edificios eclesiásticos que aún se conservan, unos vestigios arquitectónicos que hacia el año 1000 se habían extendido por toda Europa y llegaban a la costa sur de Groenlandia.



La adopción oficial del cristianismo como religión del Imperio (establecida en el primer Concilio de la Iglesia, el de Nicea, en 325) cambió el papel de los edificios destinados a la adoración. Las iglesias paleocristianas eran privadas y pequeñas. La religión estatal exigía iglesias urbanas lo bastante grandes como para albergar grandes congregaciones. Las construcciones de ese tipo ya estaban impuestas, gracias a las grandes superficies, con techos a menudo soportados por hileras de columnas y utilizadas en las plazas de las ciudades del Imperio como lugar para los intercambios comerciales y espacio para la tarea judicial. Esas *basilicae* (literalmente: «pórticos reales») fueron el modelo de las primeras iglesias urbanas del siglo IV, y en estos nuevos templos los oficiantes, obispos y sacerdotes, celebraron una liturgia que tomó muchos rasgos de la corte imperial. Las ropas obispales y el trono eran los de un magistrado; cuando el obispo entraba en la basílica, tras una procesión solemne, llegaba a un altar elevado bajo un frontón con columnas (como el que cubría al emperador cuando aparecía ante el pueblo), que podía estar bajo un ábside (un espacio semicircular o rectangular) semejante al que ocupaba con su trono un magistrado.

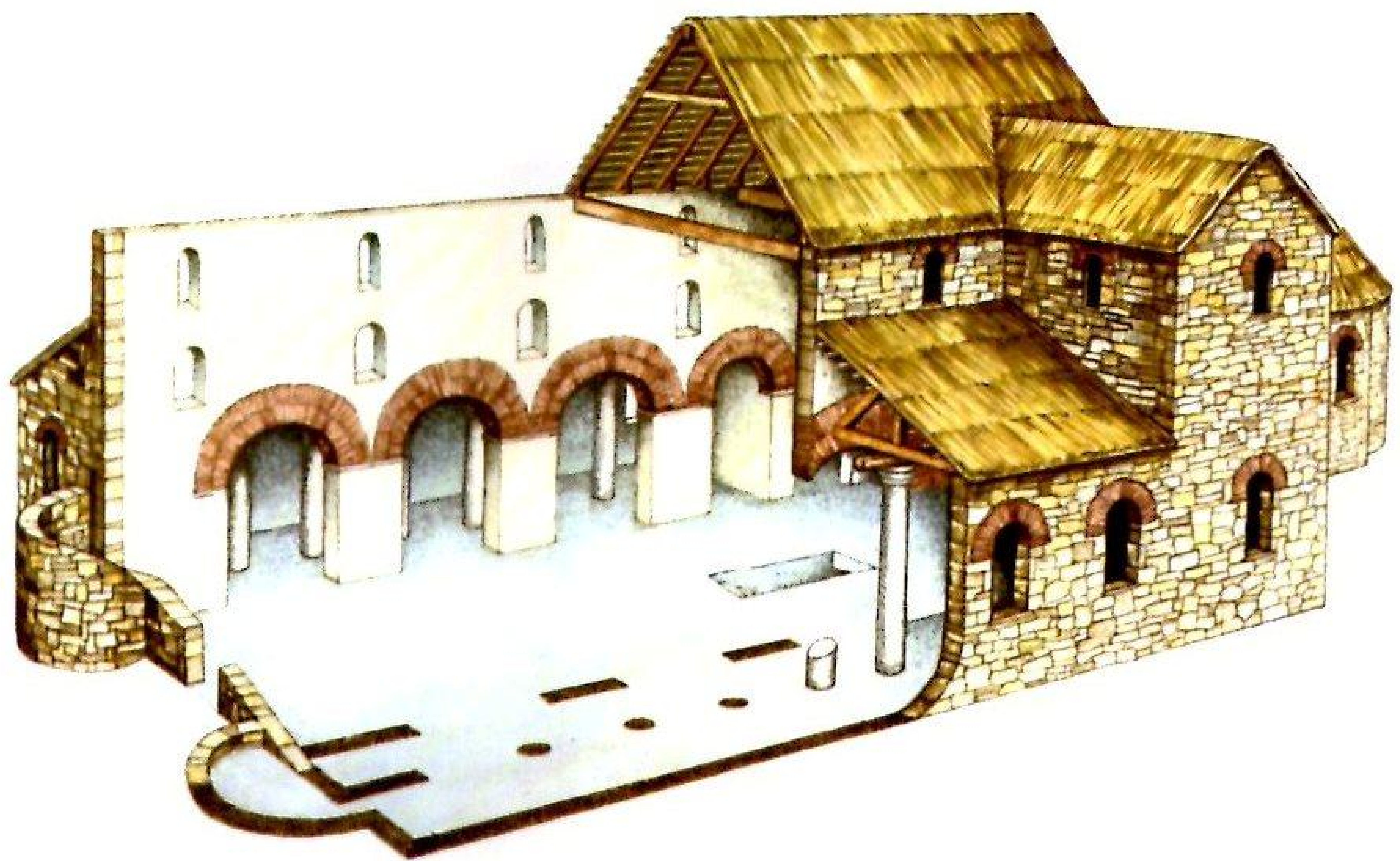
Página anterior: Ídolo de madera hallado en una turbera. Broddenbjerg, Viborg, Dinamarca. Primera mitad del primer milenio d. C. Museo Nacional, Copenhague.

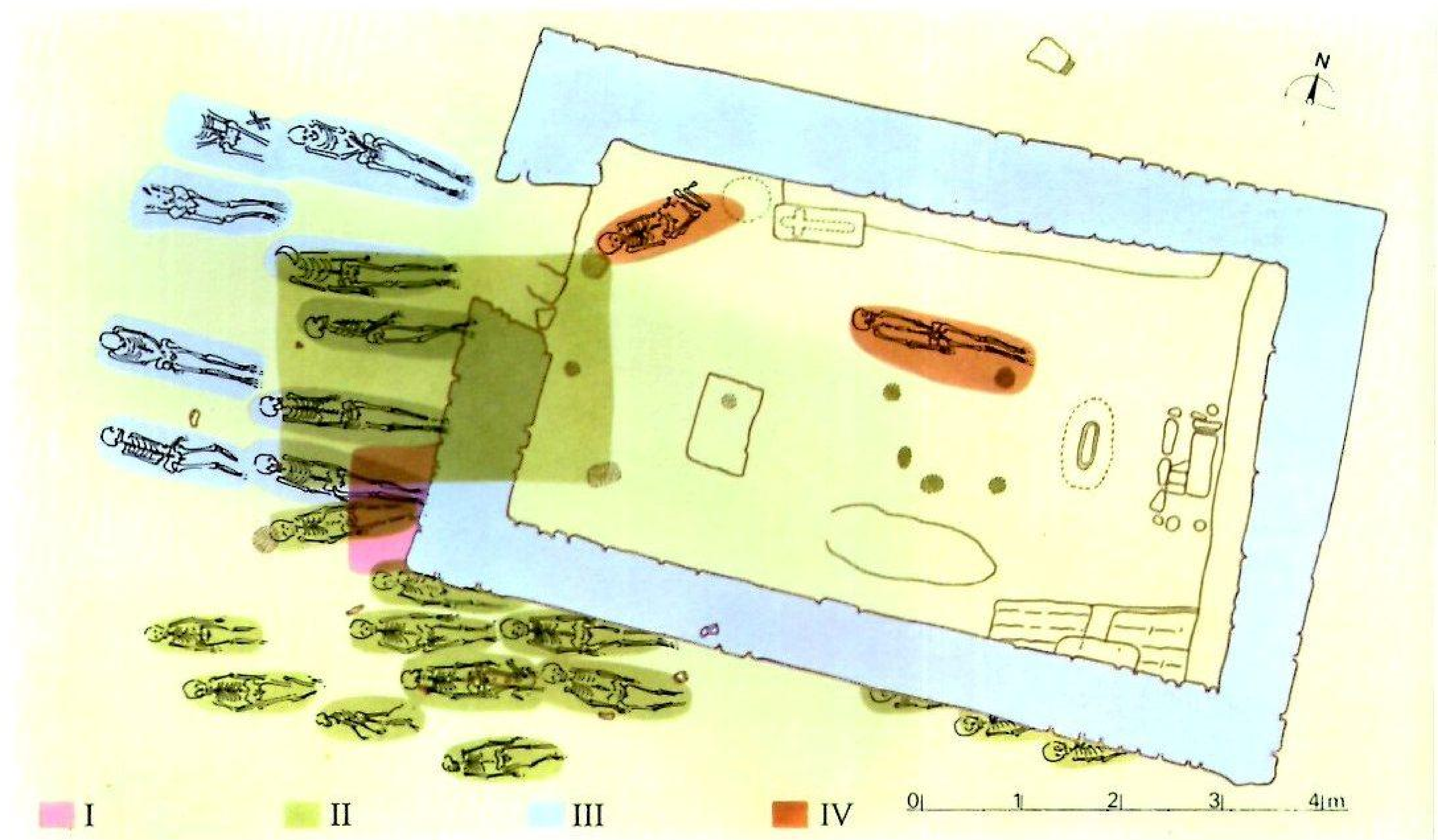
Página opuesta: La serenidad de una religión ya establecida; estatua de madera de la Virgen, iglesia de Giske, Sunnmøre, Noruega. Museo Histórico de Bergen, Noruega.

Abajo: Basílica de San Paolo extramuros, en la carretera de Ostia, a las afueras de Roma. Construida en 385 sobre el santuario de San Pablo, el ancho total de la iglesia era de 72 m y su longitud de más de 90. En el extremo de la nave se abría un transepto amplio y continuo, donde estaba situado el altar, tras el cual había un vasto ábside. La basílica, aquí en un grabado del siglo XVIII tal como la dibujó Piranesi, quedó arrasada por un incendio en 1823 y se reconstruyó por completo posteriormente.








N
I
II
III
IV
0
1
2
3
4 m

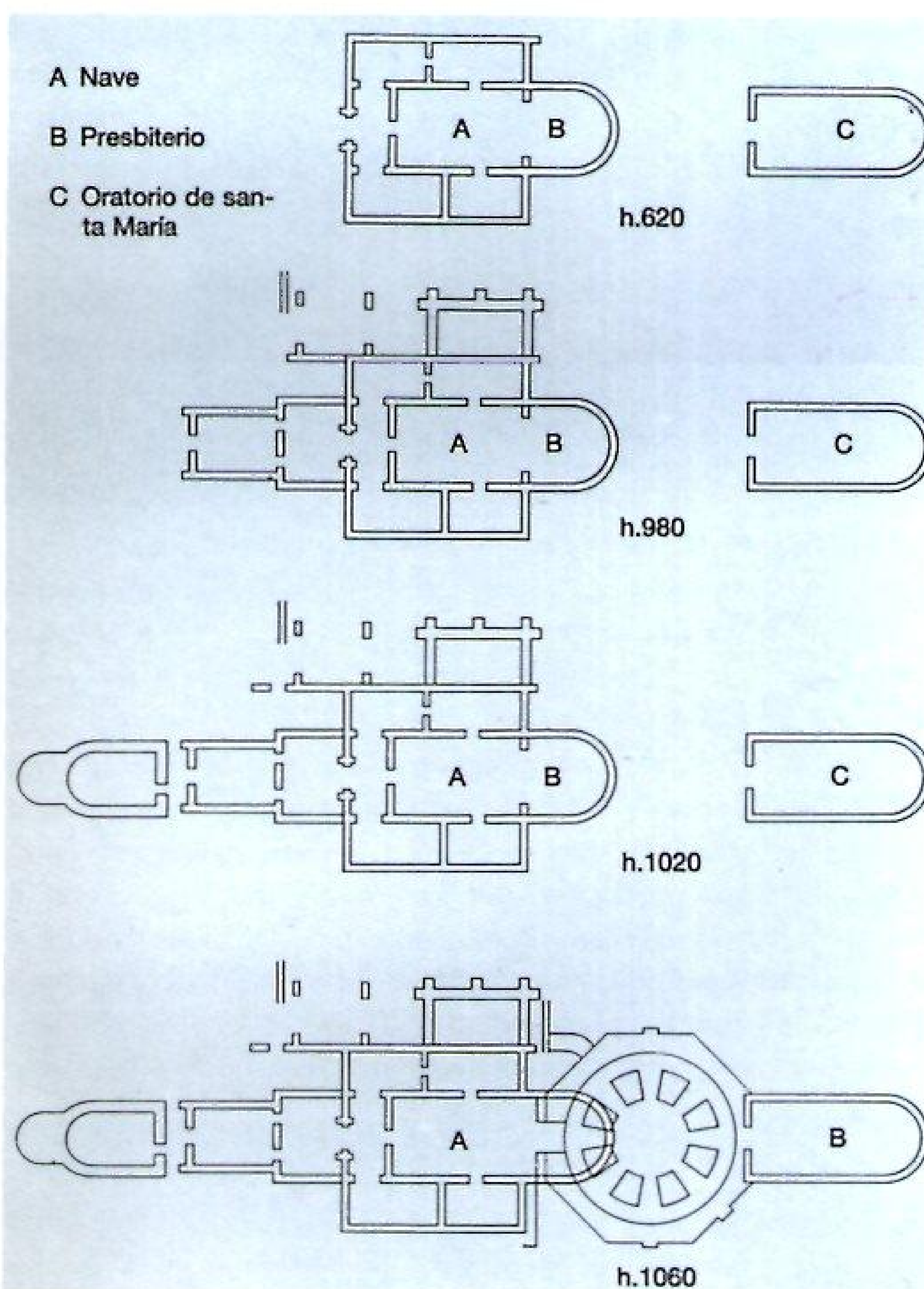


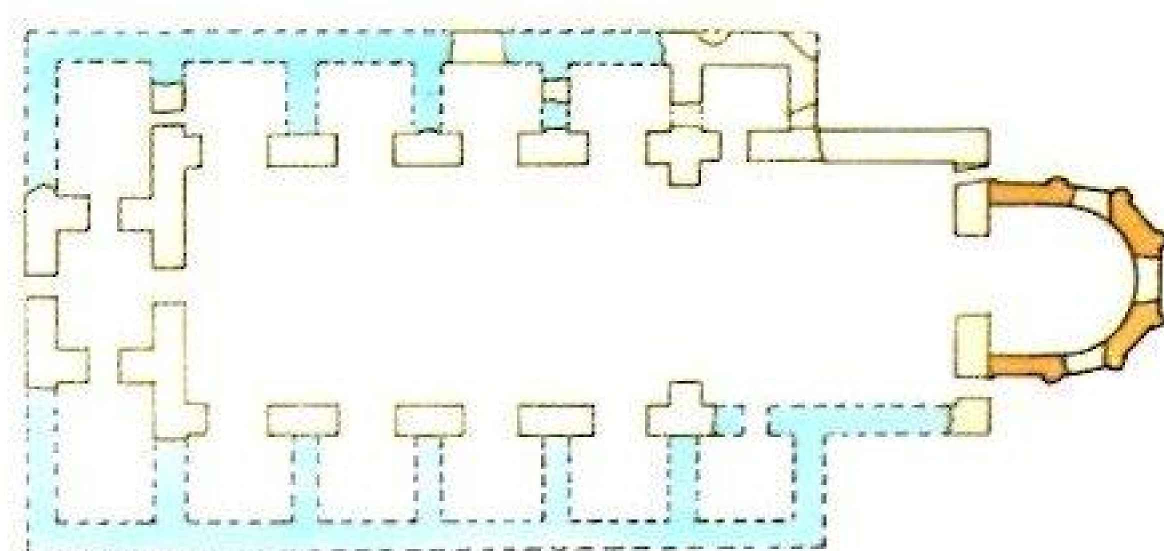
Abajo: Desarrollo de una iglesia monástica de St. Augustine, Canterbury, en Kent. La primera iglesia, fechada h. 605, constaba de una nave y (?) un presbiterio en forma de ábside, flanqueada la primera por capillas laterales. Una capilla más pequeña (h. 620) se alzaba por el lado este. Hacia 750 se añadió otra capilla por el lado norte y en el siglo X la iglesia se amplió con un nuevo atrio por el oeste; más tarde se agregaron, por el oeste, una capilla separada y una torre campanario. Por último, las iglesias independientes se unieron mediante un gran octógono, que seguía diseños continentales y que se demolió antes de quedar terminado, con motivo del reemplazo del complejo sajón por una iglesia románica (1070-1087).

En las zonas rurales no se necesitaban edificios como las grandes basílicas de las ciudades romanas. Pocas iglesias dentro de los reinos anglosajones recién convertidos igualaron a las del mundo mediterráneo. Típica entre las pequeñas iglesias sajonas es la de Escombe, en Durham *(arriba)*: una construcción alta, estrecha, de planta sencilla (una nave recta y un presbiterio cuadrado), construida quizá en el siglo VIII.

Página opuesta, arriba: En el decenio de 670 se construyó en Hexham una basílica monumental, que originalmente fue una iglesia monástica; esa comarca era una zona rural de Northumberland, por entonces. Su emplazamiento (vacío de edificaciones hasta que en 1910 se construyó la desafortunada nave actual de la iglesia de la parroquia) se excavó en 1908-1910 y los cimientos dibujados entonces indican que la iglesia tenía cuatro naves, unos 30 m de largo y algo menos de 20 de ancho, con un transepto en su extremo este y torres con escaleras en su fachada oeste, que llevaban a unas galerías y una cámara superior. En la nave, unos peldaños conducían a la cripta aún existente debajo del altar, y había una capilla separada en su extremo este. Como en el siglo XII señaló William de Malmesbury, «Los que han estado en Italia dicen que en Hexham ven repetidas las glorias de Roma». El fundador de esta iglesia, el ambicioso obispo Wilfrid de York, conocía la ciudad de Roma. Según planos de H. M. y J. Taylor.

Página opuesta, abajo: Isla de Ardwall, Kirkcudbright, Escocia. El desarrollo de un pequeño asentamiento religioso: (I) pequeño santuario del siglo V o del VI; (II) capilla funeraria de madera del siglo VI; (III) capilla de piedra de los siglos VII-VIII; (IV) tumbas de hacia 1000 d. C. Según C. Thomas.



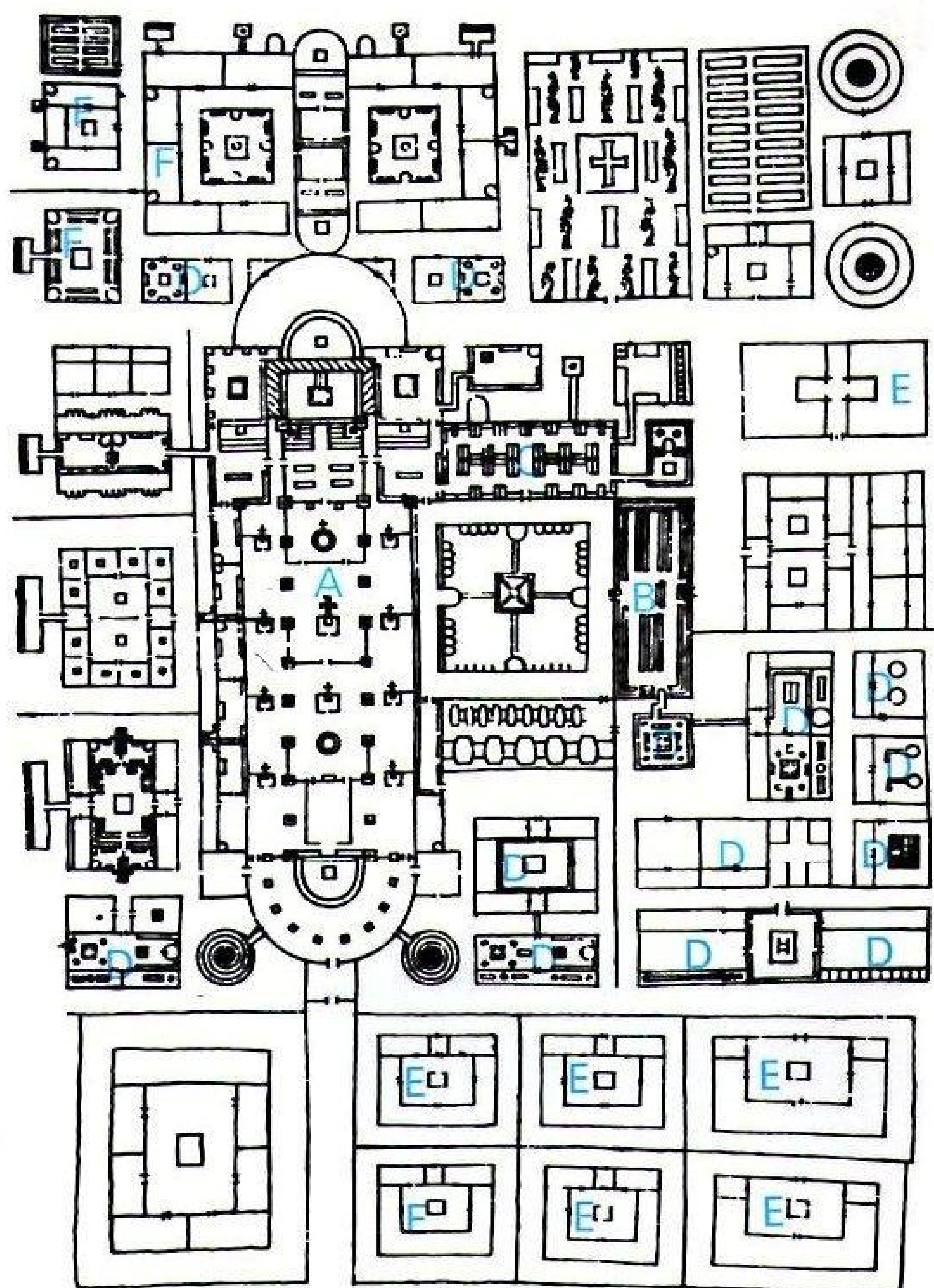




Arriba: Brixworth, en Northamptonshire (descrita por A. W. Clapman, historiador de arquitectura, como «quizá el monumento arquitectónico más imponente del siglo VII que se conserva aún al norte de los Alpes»); esta iglesia plantea varios problemas. La fecha de h. 670 que a veces se cita no está fundamentada y, aunque se sigue usando, la adjudicación al siglo VII no es segura. En la actualidad ha perdido sus capillas laterales, el santuario del ábside se ha reconstruido y su bajo atrio occidental se elevó para formar una torre campanario con una torrecilla saliente que cubría la escalera, pero los elementos de la reconstrucción están tolerablemente definidos. En un contexto anglosajón, se trata de un edificio importante, tal vez construido bajo la influencia de la próspera Iglesia de Kent. Según planos de H. M. y J. Taylor.

Página opuesta: fachada oeste del monasterio de Corvey, a orillas del Weser, en Alemania; lo fundaron en 822 los monjes de Corbie, Picardía. La monumental fachada oeste, construida entre 873 y 885, presenta el estilo renacimiento carolingio de fines del siglo VIII y principios del IX. Dos torres elevadas flanquean la nave (cuya fachada se elevó con dos nuevas plantas a mediados del siglo XII). Detrás se alza una maciza torre cuadrada hacia el extremo occidental de la nave. Las agujas no son originales.





Izquierda: Compleja disposición de un monasterio benedictino evolucionado; aquí se muestra en un plano idealizado que se dibujó h. 820 y se conserva en la biblioteca del monasterio suizo de St. Gall. La iglesia principal (A), con sus numerosos altares, tiene entrada por el oeste entre torres circulares. Las habitaciones de los monjes se abren en torno al claustro; (B), refectorio; (C), dormitorio. Bastante apartados de este centro religioso, están los sectores de servicio: cocinas, hornos, tonelería, tiendas (D); en el lado oeste del emplazamiento, cerca del mundo exterior, están los edificios de la granja (E). En el extremo oriental, apartados y sacros, se extiende el cementerio de los monjes y se alza la enfermería (F).

Abajo: La disposición de un monasterio celta, en cambio, es fortuita. En el mejor conservado de estos emplazamientos en tierra firme, el de Tintagel, en Cornwall, las celdas de los monjes, la biblioteca, el refectorio y otros edificios se esparcen sobre plataformas al borde del acantilado *(centro, primer plano).* La iglesia principal probablemente se alzaba en la escarpa interna más baja *(a media distancia, centro).* Los testimonios literarios confirman el cuadro arqueológico: los monjes irlandeses eran bien conocidos por su ascetismo y a veces resulta difícil distinguir entre monjes y ermitaños.



Capítulo quinto: El Imperio franco



El emperador Carlomagno visto por sus sucesores del Sacro Imperio Romano. En su mano, un modelo de capilla de palacio de Aquisgrán. Un detalle de la tumba del siglo XII a la que se trasladaron sus huesos con motivo de su canonización. Catedral de Aquisgrán.

Mientras los reyes germánicos, antes jefes bárbaros, se transformaban en gobernantes de naciones, reconocidos incluso por el emperador, la vida de sus súbditos continuaba, hasta donde sabemos, sin interrupciones dentro del ciclo del trabajo agrícola. Por el contrario, en general la vida urbana declinaba: las excavaciones de las ciudades romanas de Galia septentrional y de Germania han demostrado que, durante los siglos VI y VII, amplias zonas de los viejos centros quedaron vacíos; de hecho, los núcleos de habitantes estaban separados, al parecer, dentro de las amplias superficies protegidas por las antiguas murallas romanas.

Fuera de los poblados establecidos, en los bosques y pantanos que constituían el paisaje en tiempos de los romanos, el grueso de la población ha de haber vivido en villorrios y aldehuelas. En Brebières, entre Cambray y Tournay, una de ellas era una hilera de cabañas de suelo cavado –la mayor de las cuales no tenía más de 4,5 por 3,5 m– que se extendía entre una carretera principal y una zona de tierras bajas. La parte más antigua del poblado, cuatro cabañas bastante separadas, data de antes de 550. Hacia el año 600, un pequeño grupo de al menos una docena de chozas ocupaba una línea de algo más de 400 m de longitud. Hay algunas señales de prosperidad en este período; la basura de las viviendas contiene trozos de objetos de cristal y herramientas de bronce. En el siglo VII, el villorrio se redujo a unas cinco o seis chozas y hacia el 700 quedó abandonado. No hay dudas de que la aldea se extendió más allá de la zona que se puede investigar, porque se ha descubierto una cabaña similar en una pequeña perforación que está a menos de 30 m hacia el norte del grupo principal; no sabemos cuánto se extendía la ocupación, pero en ningún sector de la zona excavada podría describirse como densa. En contra de lo presumible, la dieta de los habitantes de Brebières casi no incluía carnes de caza –ciervos, aves o conejos– sino de cerdo y algo de vacuno, probablemente de su propio ganado.

Todas las estructuras que se encontraron en Brebières eran cabañas de suelo cavado. Al norte de Colonia, en Gladbach, la excavación de un sector de una aldea del siglo VII desenterró más de 20 chozas de esa clase, media docena de las cuales formaba un círculo en torno a una casa importante, de madera, de unos 7,5 por 6 m, que los excavadores reconstruyeron, con bastante optimismo, como una vivienda rústica de cinco habitaciones. Algo más al norte, junto al Rin, en una explotación de arena de Wittenhorst, las excavaciones descubrieron una sección de un caserío de los francos, datado hacia fines del siglo VII o principios del VIII y formado por varias cabañas de suelo cavado, quizá un cobertizo para telares y dos grandes salas de madera que miden unos 12 por 6 m. En este asentamiento hay testimonios de actividad comercial: la cerámica incluía piezas antiguas de productos fechados en el siglo VIII y procedentes de la industria renana. Sólo uno de los puntos investigados hasta el presente en esa zona de Westfalia, el de Warendorf, a orillas del río Ems, muestra la misma densidad de ocupación y niveles superpuestos de edificación, similares a los de los *terpen* de la costa del Mar del Norte. En Warendorf se han desenterrado cerca de 200 estructuras, pertenecientes a un mínimo de cuatro aldeas sucesivas, ocupadas aproximadamente entre los años 650 y 800. A causa de la ausencia virtual de un estudio estratigráfico, la interpretación del plano del asentamiento es sólo una conjetura, hasta cierto punto. Las estructuras configuran racimos, cuyos centros son una amplia sala rectangular de hasta 27 m de largo; a su alrededor había una o más construcciones rectangulares menores –algunas de ellas serían graneros– y grupos de cabañas de suelo cavado. Varias hileras de pozos destinados a postes se han interpretado como las bases de cobertizos para carros y para heniles elevados, del tipo que aún hoy se ve en Renania. Este poblado, que todavía no se excavó en toda su extensión, es de una complejidad y de una amplitud que lo diferencian de los asentamientos francos conocidos, situados hacia occidente de este punto, y su cerámica no procede del Rin sino de la costa del Mar del Norte. Al parecer, esta importante aldea estaba en la periferia de esos centros septentrionales agrupados y su fundación se asoció con una expansión sajona hacia tierra adentro. En el año 800 poco más o menos se produjo su abandono, que verosímilmente se interpreta como resultado de la conquista carolingia de Sajonia.

Campesinos y nobles en los reinos bárbaros. Por capital que sea la investigación de los poblados para nuestra comprensión del modo de vida del pueblo, los resultados de estas excavaciones, y de otras semejantes, son demasiado parciales y los asentamientos demasiado dispersos para extraer conclusiones firmes acerca del nivel social de sus habitantes. Un testimonio más claro sobre la estructura de los poblados y de la sociedad bárbara proviene de los cementerios o, más bien, de los comparativamente escasos cementerios que se excavaron en su totalidad y cuyos datos se publicaron adecuadamente. Uno de los raros cementerios de gran extensión es la amplia necrópolis visigoda de Castiltierra, en Segovia, que sirvió a una población local de unos dos o tres mil habitantes. En general, se desconoce si se trataba de moradores de ciudades pequeñas o de numerosas aldeas esparcidas por la zona. Pero los cementerios corrientes, más pequeños, que por lo común presentan entre 50 y 300 enterramientos de un mismo siglo, han de haber pertenecido a no más de media docena de familias o de grupos emparentados. Sin duda, los habitantes de una única aldea pueden haber recurrido



Labriegos en sus tareas: iluminación de un manuscrito de principios del siglo XI (fechado en 1028) de la obra *Del Universo*, del arzobispo Raban Maur, una enciclopedia del siglo IX basada en fuentes clásicas y teológicas. Monte Cassino, Italia.

a más de un cementerio al mismo tiempo, pero en esas regiones en que se han descubierto muchos cementerios parece más probable que no haya sido así; además, es posible, por supuesto, que los moradores de varias granjas, alejadas unas de otras, usaran un único lugar de enterramiento. En este sentido, pues, los cementerios confirman lo que nos muestra la arqueología de los poblados: un cuadro de caseríos dispersos.

Son escasos los esqueletos que se hallan en los cementerios de cremación, a pesar de la normal combustión incompleta; por tanto, la mayor parte de nuestro conocimiento de los individuos mismos procede de las tumbas de inhumación. La media de vida era breve: el grupo más amplio está, por lo común, entre los 15 y los 30 años de edad y menos de una cuarta parte de la población alcanzaba los 50. Tampoco los nobles vivían mucho tiempo: el rey Clovis, como hemos visto, murió a los 45; Arengunda, la mujer de su hijo, según lo demuestra su esqueleto, también tenía alrededor de esa edad y una princesa franca anónima, enterrada en la catedral de Colonia, no contaba más de 30 años. Asimismo, el héroe Dagoberto, último de los grandes reyes merovingios, murió en el año 639 a los 36 de edad.

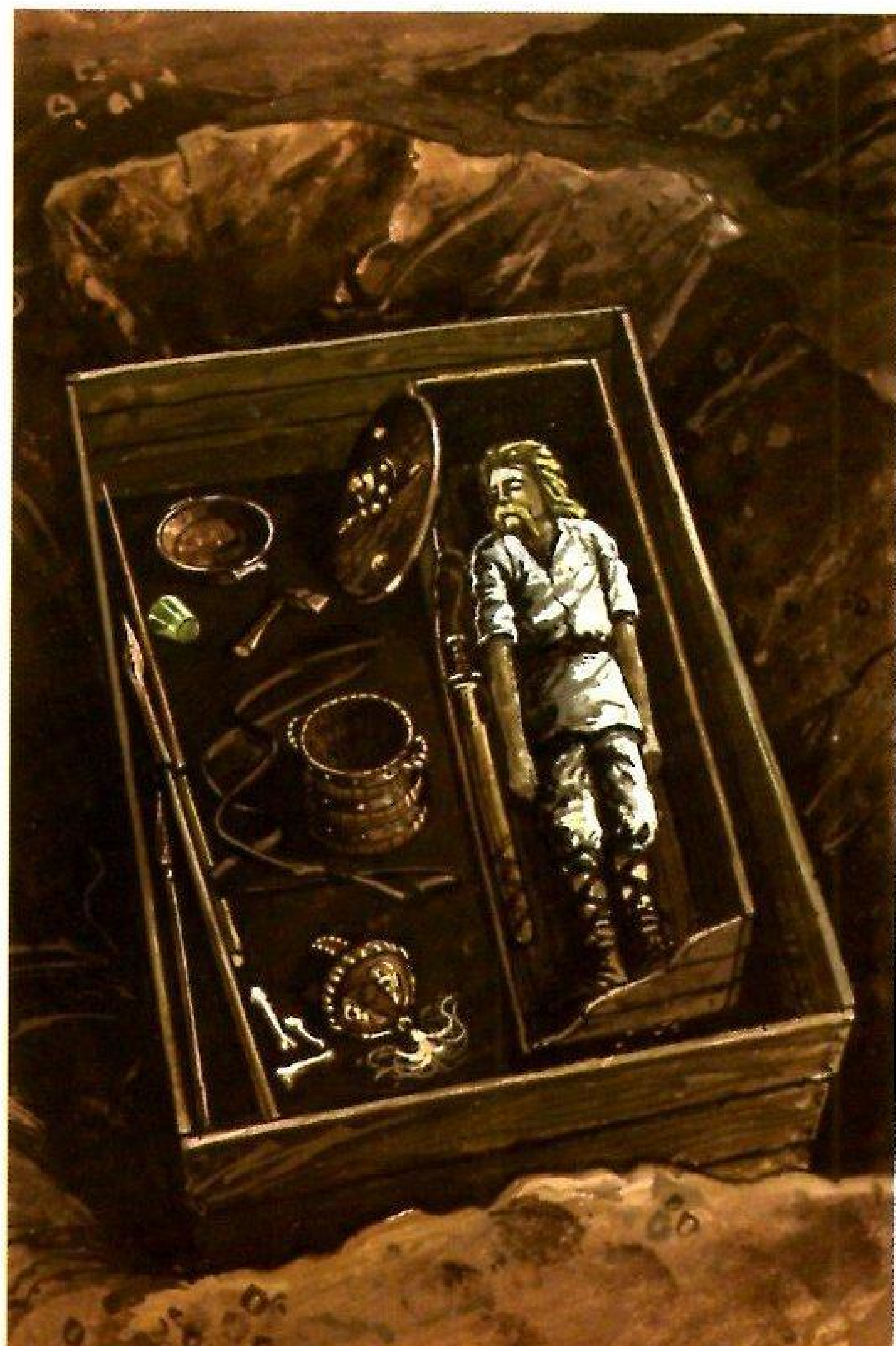
Durante los siglos VI y VII, a medida que se estabilizaban los diversos reinos, las leyes consuetudinarias germanas que habían regido a esos pueblos empezaron a codificarse y consignarse por escrito. Conservamos ciertos antiguos códigos visigodos (algunos actualizados y corregidos en los siglos VIII y IX); el más antiguo, datado en el siglo V y con modificaciones posteriores, es el de los fran-

cos (las leyes «salias» del siglo VI) y le siguen los de los lombardos (decenio de 640), frisios, bávaros, alamanes y los de los reyes anglosajones de Kent y Wessex, recopilaciones que se fechan en los siglos VI y VII. La mayoría de ellos están escritos en latín y gran parte de su pensamiento judicial deriva del Imperio y de la Iglesia y debe menos de lo que se piensa a las antiguas costumbres de los bárbaros. Pero aun así estas leyes nos dicen algo sobre la estructura social.

Se trataba de una organización ciertamente jerárquica, como queda muy claro en las distintas cantidades de dinero que se pagaba a modo de compensación a la víctima o a sus deudos por daños personales o muerte, y que tenían el fin de terminar con las venganzas posteriores a los ataques y asesinatos. Estas indemnizaciones se fijaban de dos formas. En primer lugar, según la gravedad del daño: la legislación del rey lombardo Rotario (siglo VII), por ejemplo, distingue entre lo que hay que pagar por la amputación de un dedo del pie o de la mano: en el caso de un hombre libre, desde 2 *solidi* (sueldos) por un dedo pequeño del pie hasta 17 por un índice. En segundo lugar, las cantidades variaban de acuerdo con la clase social de la víctima. Todos los códigos establecen una diferencia entre ciudadanos libres y no libres, y muchos mantienen una distinción entre romanos y germanos, hasta el punto de ofrecer un sistema legal separado para cada pueblo. No todos dicen de modo explícito cuáles son los niveles sociales reconocidos; pero todos debieron tener alguna vez unas tablas comparativas, para hacer los cálculos en los casos individuales. Por ejemplo, las leyes del rey Ethelbert de Kent nos dicen que por un daño personal inferido a un *subordinado* de un labrador (un *ceorl*), el culpable debía pagar 6 chelines; por el que se hiciera a un subordinado de un noble (un *eorl*), 12 chelines; por el que se ocasionara a un subordinado del rey, 50 chelines. En todas las secciones del código de Kent encontramos esta subdivisión de los siervos de los nobles en clases, valoradas entre 12 y 20 chelines. El homicidio resultaba más caro. En Wessex y Mercia, durante el siglo VII, el dinero pagado por hechos de sangre varía según sea la víctima un esclavo (en general, unos 50 chelines), un hombre libre (divididos en clases que van desde unos 60 hasta 200 chelines) o un noble (desde 300 hasta 1.200 chelines en el caso de un *thegn* o acompañante del rey).

De esas fuentes documentales obtenemos una mínima idea acerca del número de clases o de su valor proporcional dentro de sus sociedades. Algunas claves proceden de los cementerios excavados, donde la calidad y cantidad de enseres fúnebres enterrados indican la posición social del difunto. El código franco estipula el costo del equipo militar completo de un guerrero en el equivalente del precio de 20 bueyes –los que necesitaban para arar diez campesinos– y, en general, la posesión de una espada parece señalar a un hombre importante, porque un arma tan aristocrática (en la que la tecnología de los bárbaros alcanzó su nivel máximo) se encuentra en muy pocas tumbas. Por ejemplo, en el cementerio de Bifrons (Kent), que data del siglo VI, se excavaron unas 150 tumbas, pero sólo 63 contenían bienes fúnebres; de ellas, 8 eran de mujeres dueñas de ricos adornos y sólo 5 de hombres poseedores de espadas. En un cementerio semejante pero menor, de la localidad alemana de Hellmitzheim, en Nuremberg, en 31 enterramientos no había más que dos de hombres con espadas; en la misma zona está el cementerio de Kipfenberg, donde se encontraron unos 86 sepulcros: sin duda era una comunidad pobre, porque no había más que uno perteneciente a un hombre dueño de una espada; en los restantes se encontraron cuchillos de un solo filo, llamados *sax* o *scramasax*, o picas –armas mucho menos caras que una espada–, en una proporción de uno cada 3 o 6 hombres. Estas proporciones son distintas en tan pocos cementerios que, se supone, se trata de casos especiales: en Sarre, localidad de Kent, un amplio cementerio de más de 250 tumbas de hombres y mujeres, contaba con no me-

Cámara sepulcral de la iglesia franca de Morken, cerca de Colonia. Este guerrero del siglo VII está rodeado en su ataúd de armas y bienes funerarios. Según K. Böhner.





Yelmo de la tumba de Morken. Está hecho con placas de hierro remachadas, cubiertas con una estructura de bandas de bronce dorado; en la superficie se ven marcas de golpes de espada. La malla de protección del cuello es una reconstrucción. Principios del siglo VII.



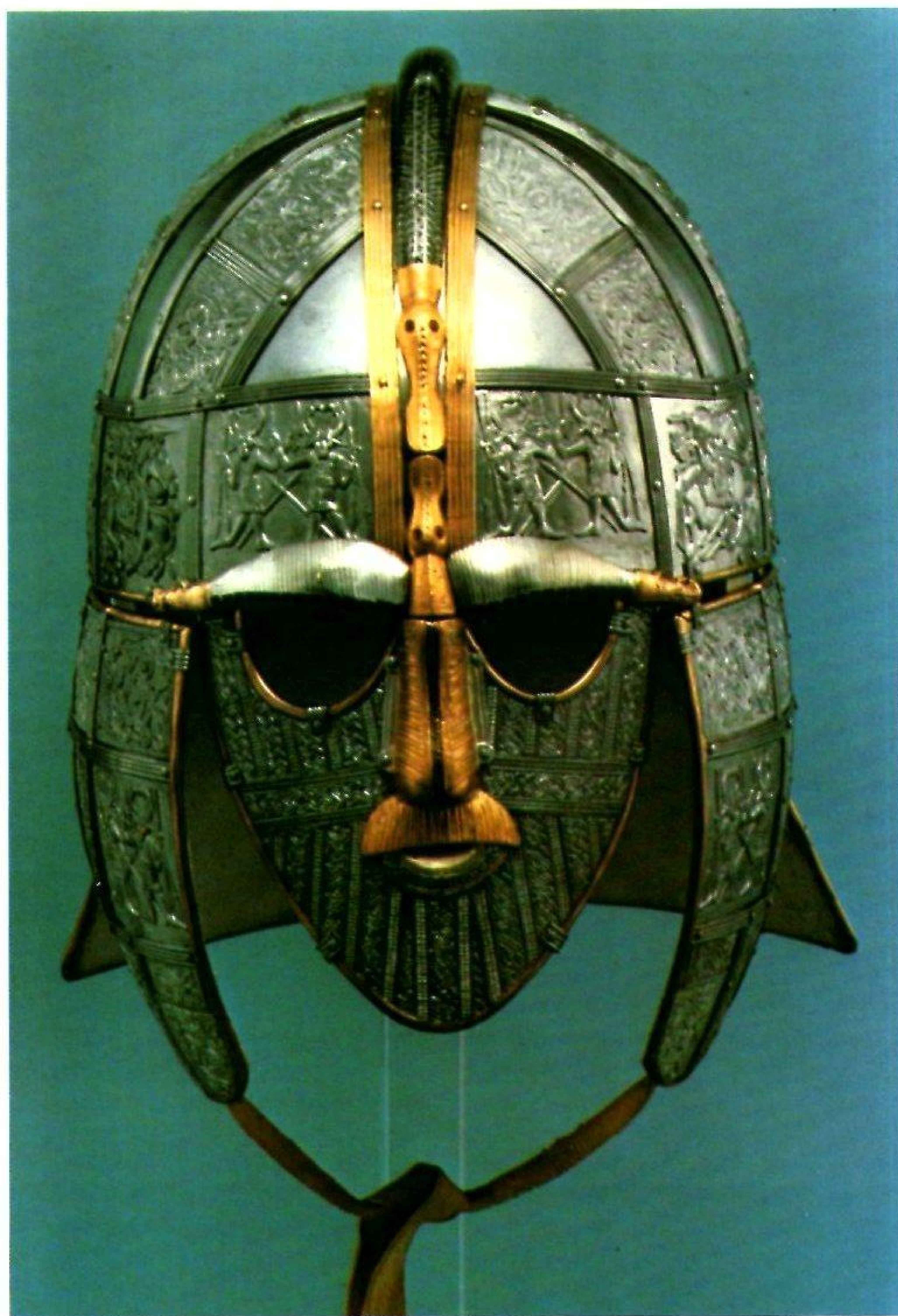


Anillo de sello y con granates engastados en *cloisonné*; perteneció a la reina Arnegunda (muerta h. 570) y se encontró en su tumba, en la iglesia de St. Denis, París.

nos de 26 espadas y 8 de los 12 hombres sepultados en el pequeño lugar de enterramiento franco de Gnotzheim tenían espadas. Sarre, junto al puente carretera que une la parte de tierra firme de Kent y la isla de Thanet, fue tal vez el lugar de los entierros de un puesto de guardia, en tanto que el de Gnotzheim estaba al lado del foso de un fuerte romano; en ambos casos es posible que se trate de una sociedad guerrera. En los cementerios corrientes, es tentador identificar los sepulcros que contienen espadas con los de quienes más tarde se llamarían «señores del feudo» y a las tumbas de mujeres con ricos atuendos como a las de sus subordinadas.

Unos pocos enterramientos destacan tanto por su riqueza que se ha pensado que podrían ser los de figuras de importancia nacional. Dentro de la iglesia de la aldea de Morken, cerca de Colonia, una excavación de rescate hecha en 1956 descubrió un sepulcro de comienzos del siglo VII; pertenecía a un hombre entre cuyos bienes funerarios había una espada, un escudo, una lanza, una pica y un hacha, un soberbio yelmo de bronce dorado, objetos de cristal y hebillas. Unos 40 km al norte, durante la prolongada investigación del gran cementerio de Krefeld-Gellep, los trabajadores hallaron en 1962 la tumba de un guerrero enterrado hacia 630 d. C., con objetos comparables a los de Morken, pero de una ornamentación de oro y granates aún más espléndida, entre los que había una cuchara de plata importada del Mediterráneo. Como en el caso de los enterramientos sencillos con espadas de las comunidades rurales, el número escaso de estos hallazgos indica la posición social: la tumba del «caudillo» de Krefeld-Gellep era la más rica entre los más de 2.000 sepulcros de ese cementerio; es probable que fuera un importante hacendado, quizá un conde de esa región.

En el extremo superior de la escala social, estos nobles apenas se distinguían de los integrantes de la casa real. En Inglaterra meridional, un enterramiento aristocrático de hacia el año 620, situado en Taplow, Buckinghamshire, y pésimamente excavado en 1882, contenía joyas bien elaboradas de oro y granates y una fuente mediterránea de bronce: es probable que fuera una tumba de uno de los régulos locales. En 1959 se encontraron, en los subsuelos de la catedral de Colonia, dos tumbas de mediados del siglo VI: una era la de una mujer de unos 30 años, que llevaba una diadema de oro, muchas joyas de oro y granates; además, el sepulcro contenía varias vasijas de bronce y de cristal; en la otra, se halló el cuerpo de un niño de unos seis años, enterrado con su equipo de guerrero: un yelmo en miniatura y, algo muy especial, un bastón de madera torneada que quizá fuera un cetro de juguete. Los contenidos de estas tumbas y su localización dentro de la





Reconstrucciones del yelmo *(izquierda)* y del cetro *(arriba)* del enterramiento de barco de Sutton Hoo, en Suffolk. El yelmo, de placas remachadas, está decorado con escenas semejantes a las que se encuentran en piezas suecas y se considera derivado de modelos romanos.

catedral, y no en el patio de tumbas descubierto, nos da la certeza de que se trataba de miembros de la familia real de Austrasia. Otro sepulcro real franco, excavado en 1958 en la iglesia parisiense de St. Denis, gracias a una inscripción se pudo identificar con exactitud como el de Arnegunda, una de las reinas de Clotario I de Soissons. La tumba es comparativamente sencilla y los únicos enseres funerarios, aparte de las ropas enjoyadas, son una botella de cristal y un elaborado conjunto de cinturón y correaje del traje de un hombre, tal vez un regalo fúnebre del propio Clotario o de uno de sus hijos; pero las joyas de plata, oro y granates de Arnegunda se comparan, por su estilo y factura con las de las tumbas reales de Colonia.

En la cúspide social estaba el rey. Aparte del tesoro de Childerico, hoy perdido en su casi totalidad, sólo la tumba de un único jefe parece lo bastante rica como para ser la del rey mismo: el anónimo enterramiento de barco excavado en 1939 en Sutton Hoo, Suffolk; datado, por las

monedas merovingias asociadas, hacia los años de principios del decenio de 620, se sitúa en un grupo de túmulos semejantes cerca de Rendlesham, un lugar que Beda describió como la ciudad de los reyes de Anglia Oriental. Unos poceros que trabajaban para un hacendado descubrieron el barco pocas semanas antes del estallido de la guerra; el registro y la recuperación del material estuvieron a cargo de un equipo de expertos reunido de prisa y el estudio de los objetos, pospuesto hasta después de la contienda, aún está en marcha. En la sección central del gran barco oceánico, se había acumulado un tesoro casi tan notable por el valor del oro y de la plata como por la delicadeza de su trabajo de orfebrería. Además del aristocrático equipo de guerra corriente –yelmo, espada de rica ornamentación, escudo, hacha, *scramasax* y picas– y de los cubos, cuernos para beber y calderos, había una colección de cuencos y platos de plata; uno de ellos era un gran plato estampado por los plateros del emperador bizantino Anastasio, más de un siglo antes del enterramiento.

Los otros objetos de metal muestran distintos influjos culturales, sobre todo escandinavos (tal vez manufactura sueca) y francos, aunque no hay muchas dudas acerca de que sea de fabricación local gran parte de las joyas, elaboradas con técnicas de engaste de granates en oro mediante celdillas más trabajadas que las de los tipos francos normales. Dos objetos se han considerado como específicamente regios: lo que en apariencia es un gran cetro hecho de piedra dura y una estructura de hierro alta que se puede considerar como una imitación bárbara de un estandarte militar romano (quizá parecido a esos estandartes que, cuenta Beda, en esos tiempos se portaban por delante del rey Edwin de Northumbria). Aunque el ritual de enterramiento en una nave y la acumulación pródiga de enseres funerarios son paganos por completo, un par de cucharas de plata, que llevan inscritos los nombres de «Saúl» y «Pablo», puede dar testimonio de una conversión, porque deben ser regalos de bautismo. Hay un rey que presenta pruebas de un conflicto religioso: Raedwald, muerto en 625 como rey de los anglos orientales y *Bretwalda* (tal vez «rey supremo») de todos los ingleses, convertido al cristianismo por los misioneros de Kent pero descarriado más tarde: se sabía que, junto al altar cristiano (y no en su lugar), colocaba el de sus antiguos dioses.

La arqueología puede establecer los rangos sociales que van desde el rey hasta el labriego demasiado pobre para tener enseres funerarios. Durante las invasiones mismas, los grupos bárbaros *pueden* haber sido bandas poco cohesionadas de guerreros que se distinguían sobre todos por sus hazañas. Pero una vez establecidos los reinos, e incluso antes de esto con toda probabilidad, las sociedades eran jerárquicas y estaban dominadas por la nobleza. Como ha dicho el historiador inglés H. P. R. Finberg: «Buscamos en vano una prueba decisiva de comunidades rurales independientes y autogobernadas». En un mundo en que cada hombre tenía su amo y sus responsabilidades, surgieron los reinos medievales del complejo marco de propiedad y deberes.



El rey y el campesino: las diferencias sociales en los vehículos de ruedas, según *Del Universo*, de Raban Maur. Monte Cassino, Italia, 1028.

Los últimos reyes merovingios. Los reinos gobernados por los descendientes de Clovis estaban subdivididos en territorios, en cada uno de los cuales ejercía la administración un único aristócrata, funcionario del rey. En la práctica, la extensión de esas comarcas variaba considerablemente; en el sur de Francia, por lo común, se correspondía con las diócesis eclesiásticas y en las tierras de origen franco eran mucho menores; sus fronteras no se fijaron, sino que se modificaban para seguir las necesidades cambiantes de los tiempos. En cada una de las comarcas, un conde ejercía funciones de delegado real, con poderes amplios: presidía los tribunales de justicia, informaba a los súbditos libres sobre los deseos del rey, recogía las tasas y tributos, empleaba los ingresos para hacer obras públicas y reunía y dirigía las tropas locales en caso de guerra. Mantenía el cargo si disfrutaba de la buena voluntad del soberano, pero el amparo del rey no le bastaba para cumplir con sus

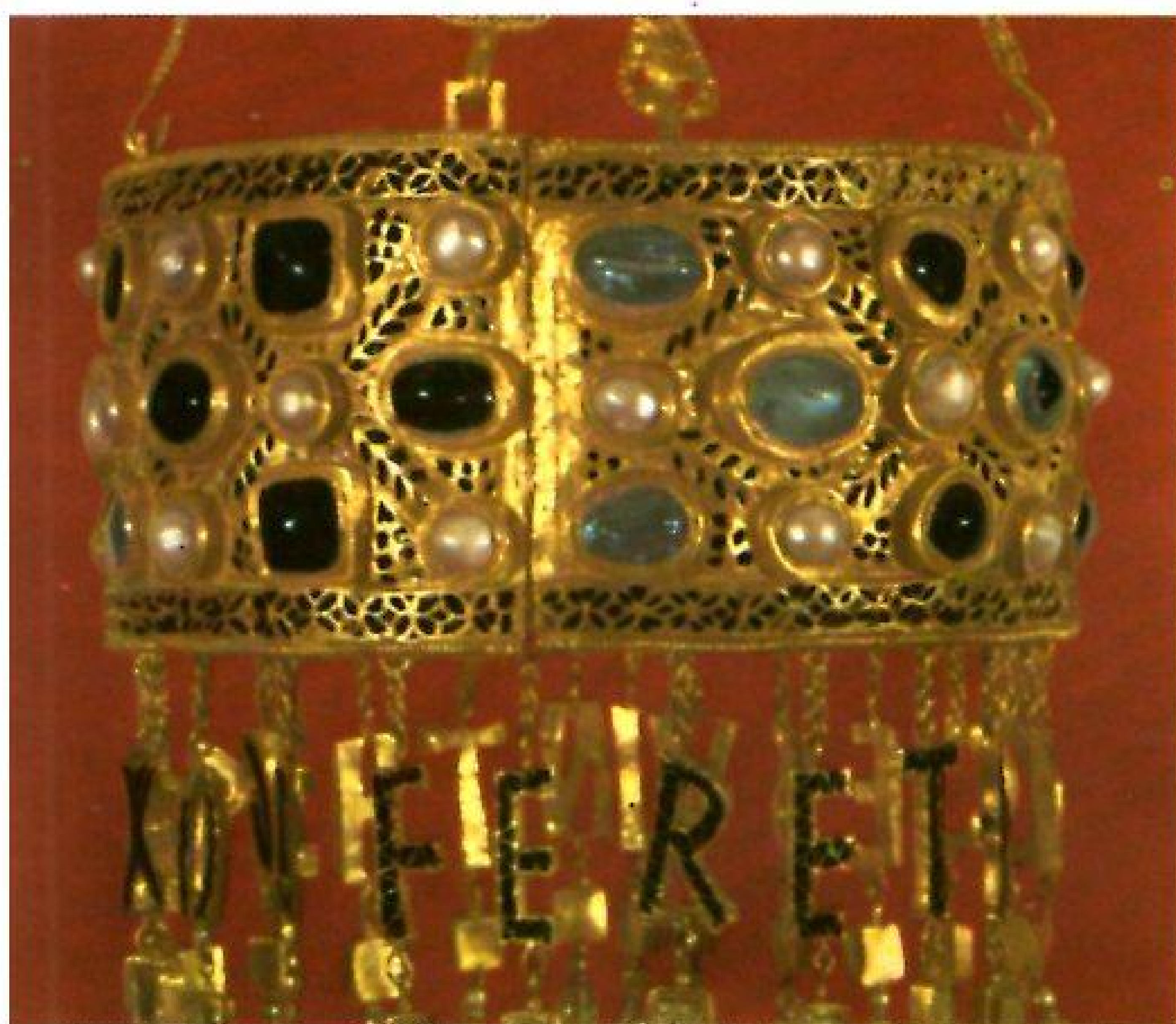
deberes y, por tanto, el conde se apoyaba en sus propios partidarios. Su lealtad recibía el premio de un presente oficial de tierras, por lo común una parte de las propiedades reales que había en el condado y sus ingresos se aumentaban con un tercio de las tasas locales y de las multas o compensaciones que se imponían en su tribunal de justicia.

En general, el conde cumplía sus funciones de por vida y, si lo hacía a satisfacción del monarca, podía esperar que su hijo, o al menos algún allegado, fuera su sucesor; por consiguiente, unas pocas docenas de familias nobles, cuyos miembros cubrían los más o menos doscientos condados, acumularon tierras y poder. Al principio adquirían poder a expensas de los labriegos de sus propiedades o de las tierras reales, que al cabo de poco tiempo apenas se diferenciaban de las del propio conde, porque el campesinado, con tasas, rentas y servicios, debía producir la plusvalía necesaria para mantener a nobles y cortesanos. Pero si en una comunidad crecía una familia noble y poderosa, el hecho también afectaba a los ciudadanos libres propietarios de parcelas menores; a lo largo de los siglos VII y VIII, fue corriente que estos hombres buscaran la protección del noble local y se sometiesen a él como vasallos: a cambio, esperaban que el señor los defendiera de los enemigos, incluidos otros nobles, y los protegiese en los malos tiempos. Los nobles ganaban mucho con esta situación, y no sólo prestigio: podían convocar a sus vasallos para el trabajo y para el servicio en sus cortes; además, la herencia de las tierras de un vasallo dependía de la voluntad del señor. Poco a poco las diferencias entre un labrador libre y un siervo se desdibujaron, a causa del debilitamiento de la posición de los hombres libres. Un sínodo eclesiástico de fines del siglo VIII discutió el problema y se quejó del empobrecimiento «de los llamados hombres libres que viven bajo el dominio de su señor».

El poder creciente de las familias nobles debilitó la posición del rey, bastante frágil después de la segunda mitad del siglo VI, cuando una serie de guerras civiles, seguidas por venganzas y asesinatos, contribuyó en mucho a minar la fuerza de la casa Merovingia. Pero la debilidad crucial era la disminución de los recursos. Generación tras generación, los reyes merovingios premiaron la lealtad de sus seguidores concediéndoles la exención de tasas o de servicios y la propiedad de tierras reales, o se aseguraron su propia salvación donando sus propiedades a las instituciones religiosas; así fue como se encontraron con que sus ingresos se agotaban y, por tanto, con que su supremacía se había erosionado. En el decenio de 630, Dagoberto, uno de los últimos reyes merovingios fuertes, se quejaba de que sus nobles le habían robado heredades y tierras en su reino. La crónica de Fredegario transmite el punto de vista de los dueños: Dagoberto «codiciaba las propiedades de la iglesia y los bienes de sus súbditos y, con avaricia, trataba de acumular nuevos tesoros». La decadencia se ve con claridad en la moneda de oro: hasta el siglo VII la acuñación era de buena calidad; después del 630, poco más o menos, hubo una rápida degradación de la pureza del metal. En esos momentos, cuando el reino ya no se expandía con nuevas conquistas, la riqueza de los merovingios se estaba acabando.

Einhard, amigo y biógrafo de Carlomagno, presenta la pintura más vívida de estos últimos descendientes de Clovis: «El rey ya no tenía más posibilidad que la de disfrutar de su título y de la satisfacción de ocupar su trono, con sus largos cabellos y su barba cerrada, asumiendo el papel de soberano». Einhard escribía unos ochenta años después del fin de la dinastía y exageraba: a pesar de su debilidad creciente, los Merovingios sobrevivieron a la pérdida de su riqueza durante más de un siglo. Pero el poder real estaba, cada vez más, en las manos de un pequeño grupo de aristócratas y la carrera de un rey enérgico podía ser muy breve: Dagoberto II, restaurado en el trono en 676, tras veinte años de exilio, murió al cabo de sólo tres años. Un obispo franco explicó que había sido asesinado porque era un destructor de ciudades que, desdeñoso del consejo de sus mayores y de la Iglesia, había impuesto tasas «humillando al pueblo con tributos». Tal ejercicio de la autoridad real no podía tolerarse y los potentados del reino ordenaron la eliminación del monarca.

A fines del siglo VII, se produjo el ascenso de una particular dinastía nobiliaria, la de los Arnulfingos, descendientes de san Arnulfo, consejero de Dagoberto I y obispo de Metz; tiempo más tarde, a causa de la frecuencia con que utilizaron el nombre cristiano Carlos, se les conoció como Carolingios. Unas pocas familias nobles, que prosperaban gracias al favor real, adquirieron gran importancia. En palabras de Einhard: «La riqueza y el poder del reino estaban bien sujetos por las manos de ciertos funcionarios dominantes de la corte, los Alcaldes de Palacio, que ostentaban la autoridad suprema». Esos *Maiores Domui*, un título que en su origen significó «mayordomos de la casa», eran grandes hacendados y controlaban la administración en los reinos separados de Francia, regiones que por entonces se iban independizando lentamente. Surgieron disputas acerca del control de las ricas zonas limítrofes de Austrasia y Neustria y, tras la muerte de Dagoberto I, a lo largo del medio siglo siguiente, las familias aristocráticas presentaron reclamaciones airadas sobre las propiedades de los alrededores de Reims, perturbando así la paz. Los Arnulfingos eran los mayores terratenientes del reino oriental y en 687, cuando Pipino de Herstal, duque de los austrasianos y nieto de san Arnulfo, derrotó en combate al Alcalde del palacio de Neustria, su victoria confirmó la preeminencia de Austrasia sobre los demás



Corona votiva del rey visigodo Recesvinto (653-672), dedicada como ofrenda religiosa. Es una pieza del tesoro de Guarrazar descubierto cerca de Toledo en 1859, quizá ocultado durante la conquista árabe.



Del reino católico al emirato árabe: vista del interior de la Gran Mezquita de Córdoba, España. La mezquita ocupa el emplazamiento de la catedral visigoda. Fines del siglo VIII. Los árabes ocuparon la mayor parte de España hacia el año 716.

reinos e hizo de la suya la familia más poderosa de Francia.

Los reyes continuaban en su puesto, pero habían perdido gran parte de sus funciones: Pipino en persona asumió uno de los deberes del soberano, el de defender el reino del ataque de sus vecinos frisios, bávaros y alamanes. Pipino murió en el año 714 y su hijo Grimoaldo fue asesinado casi de inmediato. Para desesperación de los Arnulfingos legítimos, Carlos –después apodado «Martel», es decir, Martillo–, hijo natural de Pipino, consiguió adueñarse de los partidarios, de las tierras y, poco después, de la posición misma de su padre. Como lo diría Einhard, un protegido de estos Carolingios: «Aplastó a los tiranos que reclamaban supremacía». Los fines de Carlos eran los de Pipino: proteger Francia o, más exactamente, las comarcas septentrionales de Austrasia, donde estaban sus tierras, de los ataques de los frisios, de los sajones *y también* de los neustrios. En tanto, por el sur aparecía un nuevo enemigo: el reino franco pronto se vería enfrentado con el islam.

La conquista de España. Los seguidores de Mahoma, un mercader de la ciudad árabe de La Meca, en la primera mitad del siglo VII hicieron una serie de rápidas conquistas: en 630 se apoderaron de La Meca, hacia el 640 se habían adueñado de Antioquía y de Jerusalén y habían absorbido el enorme Imperio persa y en el año 642 tomaron Alejandría. Hacia fines del siglo, los ejércitos árabes estaban junto a las murallas de Constantinopla y en el estrecho de Gibraltar tenían los ojos puestos en el reino visigodo de España.

A lo largo de casi cien años aquel reino había disfrutado de una relativa paz, al parecer. La prolongada disputa entre arrianos y católicos se resolvió en el año 589 con la conversión al catolicismo del rey Recaredo y, exceptuados algunos estallidos de sentimientos antisemitas, en la nación no había problemas religiosos. El último baluarte de la provincia bizantina de Justiniano quedó absorbido en el decenio de 620. Desde ese momento, son escasas las fuentes conservadas, entre ellas las actas de los concilios periódicos de Toledo, los registros eclesiásticos que sólo aluden vagamente a usurpaciones y revueltas, un rasgo habital de la historia visigoda y que parecen inspiradas en meras rivalidades entre nobles. Existen testimonios de interferencias de los francos en los asuntos de España: en el año 631, el rey Dagoberto I, estimulado con el soborno de un plato de oro que pesaba más de 225 kg, según se decía, intervino con su ejército para apoyar la usurpación de un noble visigodo; hasta mediados del siglo, hubo edictos referidos a emigrados rebeldes que contaban con el apoyo de poderes extranjeros. Los disturbios aumentaron a fines del siglo; en 673 se promulgó la ley de ejército del rey Wamba, que imponía penas a quienes eludían sus deberes de defensa del reino: esta ley presenta un cuadro de decadencia notable, porque ya la mayoría del ejército no estaba constituida por labriegos libres sino por siervos reclutados; además, una ley posterior del rey Egica implica que existían cuerpos numerosos integrados por esclavos fugitivos.

Las rivalidades internas endémicas apresuraron el fin



Caballería carolingia: algunos soldados llevan armaduras y todos, estribos y lanzas, en un salterio del siglo IX, procedente del monasterio de St. Gall, Suiza.

del reino visigodo. En el año 710, después de un reinado próspero, moría el rey Vitiza y, según un cronista del siglo VIII, un usurpador llamado Rodrigo ocupaba su trono. Durante la consiguiente lucha, el gobernador árabe de África envió un ejército que derrotó y mató a Rodrigo (711). Una a una cayeron las ciudades hispanas y, hacia el 716, los árabes eran dueños de la mayor parte de España y de los territorios visigodos del sur de Galia. Al parecer, el grueso de la población mostró poco interés en el conflicto: existen relatos que hablan de un apoyo activo a los árabes por parte de los judíos y otros grupos minoritarios marginales. La nobleza visigoda se retiró a las montañas del norte, donde fundaron el reino de Asturias, pequeño pero independiente, y planearon la recuperación de sus tierras.

Carlos Martel. Mientras España caía ante los ejércitos árabes, los primeros años del reinado de Carlos Martel, «el Martillo», transcurrieron entre las luchas contra los enemigos internos de Francia y los pueblos germanos vecinos en las fronteras orientales. Los fondos seguían siendo un problema: las propiedades reales de los merovingios habían desaparecido mucho tiempo atrás y Carlos se veía obligado a mantener sus tropas confiscando y adquiriendo las tierras de otros. Algunas de sus campañas, como las que dirigió contra los habitantes de las prósperas comarcas de Borgoña, Aquitania y Provenza, le proporcionaron el tan necesario botín; además, no tuvo más posibilidad que la de requisar parte de las vastas tierras de la Iglesia, que por entonces tal vez constituían un tercio de las tierras de labranza del reino. No hay registros precisos de la extensión de lo requisado, pero esas confiscaciones abarcaron grandes superficies, al parecer. No se trataba de una política anticlerical sino, más bien, de algo necesario para defender de sus enemigos al reino y a la Iglesia, que aceptó las pérdidas, aunque a disgusto, «por las actuales amenazas de los sarracenos, los sajones y los frisios», como escribió el papa Zacarías.

Se establecieron compensaciones reduciendo los impuestos y, hacia el año 755 al menos, los arrendatarios de las antiguas haciendas eclesiásticas se vieron obligados a entregar un quinto de su producción a los anteriores propietarios. Pero el efecto de la redistribución fue considerable, porque las tierras confiscadas se dieron a vasallos francos, a condición de que sirviesen en el ejército. La creación de ese grupo privilegiado, al que se entregaban las propiedades para que lucharan con ahínco, acentuó la división ya existente entre hacendados nobles y campesinos. El resultado pudo ser mucho más importante aún, porque entre los historiadores se suele aceptar que las reformas de Carlos Martel dieron inicio en Europa al sistema feudal, esas relaciones de propiedad y sociales entre rey, señor y vasallo que dominaron la Edad Media.

Lynn White, historiador americano de la tecnología, incluso ha relacionado este cambio con la invención de nuevas tácticas de batalla: a principios del siglo VIII se introducía el estribo en Europa y, por primera vez, los guerreros montados podían arrojar sus lanzas con todo su impulso y la seguridad de que no serían desmontados en la carga. Así aumentaba la importancia de la caballería en la batalla; sin embargo, los caballos eran caros y las innovaciones en armas y armaduras elevaron el costo del equipo de un caballero, que ya no estuvo al alcance de los guerreros-campesinos del antiguo sistema. De esto nacieron las confiscaciones de Carlos Martel, que necesitaba crear un cuerpo nuevo en el ejército franco. No obstante, no está muy claro que fuese real la existencia de un ejército de campesinos en cualquiera de los reinos bárbaros y esta notable teoría no está probada, porque no se sabe con exactitud en qué momento se introdujo el estribo en Europa.

Se supone que los cambios –que sin duda se produjeron– fueron graduales y en el decenio de 730, poco después de que se iniciaran las confiscaciones, los francos aún tenían un ejército de infantería. A la vez, los jinetes árabes, que para algunos fueron el catalizador de las tácticas nuevas, no eran mucho más que una infantería montada,

hasta después de las guerras contra Carlos Martel: bien pudo ser que la caballería árabe surgiera de la imitación de la de los francos. En cualquier caso, los desarrollos estratégicos observados en los ejércitos de los sucesores de Martel, incluida la utilización de caballeros, se fundaron en la existencia de una clase de hacendados militares, enriquecida por la cesión de tierras, aun cuando esos presentes no hubieran pretendido nada más sutil que pagar a los seguidores leales, para quienes el tesoro ya no tenía dinero suficiente; según las palabras que Notker el Tartamudo atribuyó a Carlomagno: «Con esta propiedad... puedo convertir en un buen vasallo a cualquier subordinado leal, tan bueno como cualquiera de mis condes u obispos».

Las primeras confiscaciones registradas se hicieron en las tierras del obispo de Orleans en 732. Durante la siguiente temporada de campaña, Charles Martel enfrentó y destruyó a una numerosa tropa árabe en las cercanías de Poitiers; lejos de allí, en Northumbria, Beda incluía en el capítulo final de su *Historia* una nota en la que decía que los infieles habían sufrido su merecido castigo. La batalla puso fin a la expansión árabe en Europa occidental y, al menos hasta los tiempos de Gibbon (siglo XVIII), se vio como un hito esencial en la historia europea. Es indudable que fortaleció la reputación militar de Carlos Martel, pero la retirada final de las fuerzas árabes al otro lado de los Pirineos se debía, en gran medida, a las crisis internas de España; a su vez, la imposibilidad del avance posterior hacia Francia fue resultado de los cambios que se producían en el corazón del imperio sarraceno. En Oriente, las clases altas persas, con su nuevo aire árabe, se levantaban para dominar el mundo de sus conquistadores y los jefes expansionistas de las tropas beduinas de choque, impuestos por Mahoma, perdían su poder. Bajo el mando de la dinastía persa Abasida (con su centro en la nueva ciudad de Bagdad y sus intereses comerciales puestos en India y China), el Imperio árabe dio espaldas al Mediterráneo. Al cabo de pocos años, la invasión árabe de Europa había llegado a su fin y la España mora se convirtió en un remanso, donde la población cristiana –los *mozárabes* («arabizados»)–, con sus propias leyes y condes, disfrutó de la considerable tolerancia de sus emires árabes.

La sucesión carolingia. En el año 737, Teodorico IV, monarca nominal de todo el reino, después de unos 17 años de mando en los que no desempeñó ningún papel conocido, murió sin heredero y durante casi siete años el trono estuvo vacío. Carlos Martel seguía gobernando sin oposición y a su muerte (741), según la costumbre, dividió sus territorios entre sus hijos: Carlomán obtuvo el este (Austrasia y Alamania) y Pipino «el Breve», el oeste (Neustria y Borgoña). Ambos tuvieron que enfrentarse con una inmediata rebelión en las dependencias de los francos y quizá a causa de los disturbios decidieron aplacar a los realistas sacando de entre las sombras a otro merovingio, Childerico III, hijo de Chilperico II, el monje que más de veinte años antes se vio arrancado de su retiro para ocupar el trono durante unos pocos meses. Después de gobernar en Austrasia durante seis años, «encendido del amor por la vida contemplativa», según Einhard, Carlomán abdicó y se retiró al monasterio benedictino de Monte Cassino, refundado tras su destrucción a manos de los lombardos.



Cáliz de Tassilo, dedicado por Tassilo III, duque de Baviera (748-788). El dibujo figurativo y la filigrana parecen de origen inglés y el cáliz tal vez proceda de Northumbria. Convento de Kremsmünster, Austria.

Así fue como Pipino se convirtió en rey único de Francia y pronto puso fin a las pretensiones constitucionales. En 750 envió delegados al papa Zacarías para preguntarle «si era o no bueno que los llamados reyes no tuvieran poder para gobernar». Siempre temeroso de la expansión lombarda y enzarzado en una agria disputa religiosa con Constantinopla, el papa necesitaba aliados poderosos y no se podía permitir estar a mal con los Arnulfingos, de modo que respondió que el título debía pertenecer a quien ejerciese el poder, una respuesta acorde con la doctrina: como había dicho san Agustín, «un rey [*rex*] se llama así porque reina [*a regendo*]». Fue depuesto el último

descendiente real de Clovis, Childerico, al que se tonsuró y confinó en un monasterio, junto a su hijo. Para reemplazarlo y como candidato más apto para el cargo, Pipino fue elegido rey en noviembre del año 751; según una antigua y ya poco usual costumbre de los francos, los obispos lo ungieron con los santos óleos, una novedad que tal vez pretendía recordar a los reyes del Antiguo Testamento y cuyo fin habrá sido liberarlo del pecado de perjurio, ya que al subir al trono Pipino quebrantaba su fidelidad a los merovingios.

Pronto se hizo necesaria la ayuda del nuevo rey. Los lombardos tomaron Rávena y los territorios bizantinos circundantes y se prepararon para marchar contra el propio estado papal. En el invierno de 753-754, el papa Esteban abandonó Roma y atravesó Francia, «agotado por el hielo y la nieve», decía, para entrevistarse con Pipino en su villa real a orillas del Marne. En una ceremonia celebrada en la iglesia de la abadía merovingia de St. Denis de París, Pipino y su hijo fueron ungidos con los santos óleos, esta vez por el papa en persona; durante los siguientes dos años, el rey franco comandó las invasiones del norte de Italia en apoyo del papa. En 756, Aistulfo, rey de los lombardos, sitiado en Pavía y sin esperanzas de ningún auxilio, entregó un tercio de su tesoro, juró que jamás se rebelaría contra los francos y devolvió al papa una serie de ciudades y fortalezas fronterizas.

Esta intervención en territorio italiano benefició a ambos aliados. El Estado papal se libró durante un tiempo del peligro lombardo y los francos regresaron con el botín suficiente como para captar la voluntad de los nobles más reacios (algunos de los cuales habían amenazado abiertamente con desertar) con el nuevo papel internacional de su soberano. Al defender al papa, Pipino asumía una responsabilidad de la que, desde entonces, quedaba eximido el ejército bizantino y el cambio de posición de su país se reconoció en los misales, donde las habituales oraciones por el emperador y el imperio quedaron sustituidas por plegarias en las que se pedía por el rey de los francos y su Estado. En palabras del historiador inglés Donald Bullough: «El Dios del Antiguo Testamento y del Nuevo tenía así un nuevo Pueblo elegido».

Las actividades de los últimos años de Pipino estuvieron acordes con la tradición de los francos: ayudado por los visigodos supervivientes, a fines del decenio de 750 arrojó a los pocos habitantes árabes del suroeste de Francia y recuperó Narbona. A lo largo del decenio siguiente, hubo campañas casi anuales contra el independentismo tenaz de Aquitania, cuyo duque se había alarmado al ver que Pipino conquistaba los territorios lindantes con el suyo. En el año 768, en la etapa final de la guerra de Aquitania, murió Pipino, pocos días después de dividir sus tierras, tal como lo había hecho su padre Carlos, entre sus dos hijos, el joven Carlomán y Carlos, al que las generaciones posteriores llamarían *Carolus Magnus*, Carlos el Grande, Carlomagno.

Guerra sin cuartel. No tardó en surgir el desacuerdo entre los dos hermanos y, en el año 769, Carlos se vio obligado a aplacar otra rebelión aquitana sin la ayuda de Carlomán. Pero en 771, antes de que llegara a producirse un conflicto serio, moría Carlomán a los 21 años de edad –«de cierta enfermedad», dice vagamente Einhard, el amigo de Carlomagno– y su familia corría a refugiarse en la corte lombarda. Carlomagno ignoró a sus sobrinos, niños apenas, y se hizo cargo de todo el reino; poco después iniciaba la primera de esas campañas contra los sajones, los sarracenos y los lombardos que iban a ocupar los cuarenta y tres años de su mandato absoluto.

Las guerras empezaron bien: el ejército de Carlos tomó la fortaleza sajona de Eresburg (772) y destruyó el santuario del *Irminsul*, el tótem del árbol sagrado que sustentaba el firmamento; los sajones entregaron rehenes. Entre tanto, los lombardos ponían en peligro una vez más a los Estados papales y, en el año 773, con cierta reticencia, Carlomagno conducía al ejército contra Italia. Desiderio, rey de los lombardos y hasta poco antes suegro de Carlos, sufrió en Pavía un sitio de nueve meses. Durante el asedio, muchos potentados lombardos cambiaron de bando y, cuando cayó la ciudad (julio de 774), Carlos se apoderó del tesoro real y adoptó el título de «rey de los francos y de los lombardos y Patricio de los romanos», título otorgado a Pipino y a él mismo, veinte años antes, por el papa Esteban. Como los merovingios, Desiderio y su hijo fueron encerrados en un monasterio y Carlomagno dejó en su nuevo reino un botín enorme y un buen número de obispos y potentados como garantía de la obediencia de los nobles lombardos.

Ausentes el rey y su ejército, los sajones se habían rebelado; al regresar a Francia, Carlomagno envió partidas militares en represalia. Al año siguiente (775), dirigió un ejército que estableció guarniciones en dos de los fuertes sajones capturados; pero mientras estaba en Sajonia, estalló una insurrección en Italia y, una vez más, a fin de ese mismo año Carlos se vio obligado a marchar hacia el sur. Volvió en 776, con un botín importante y nuevos rehenes, y se encontró con otra sublevación sajona, un alzamiento grave al que respondió construyendo fortalezas y (con menos acierto) obligando a los rebeldes a aceptar el bautismo.

Mientras Carlos se aprestaba a emprender esas acciones, Suleimán, gobernador de Barcelona, se puso en contacto con él y le pidió que interviniera en las luchas dinásticas árabes. El enemigo de Suleimán, emir de Córdoba y gobernante de toda España, pertenecía a la antigua dinas-



Relicario fabricado para contener la tierra empapada en la sangre de san Esteban. Madera revestida de oro y plata dorada, con adorno de perlas y piedras semipreciosas engastadas en cabujón. Principios del siglo IX, escuela carolingia (?).

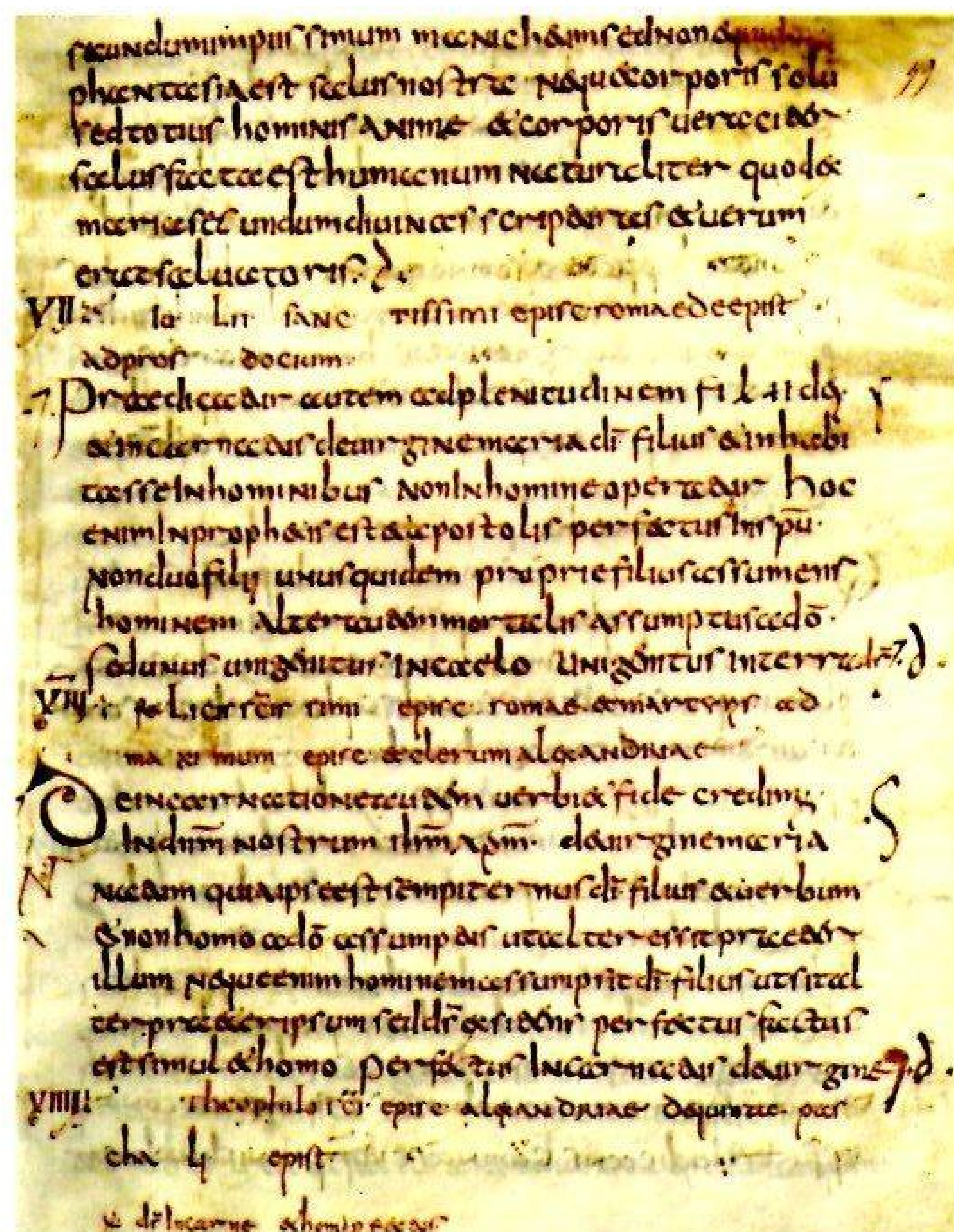
tía Omeya, suplantada en el resto del Imperio árabe por los Abasidas persas. Los enviados de Suleimán aseguraron a Carlos que los enemigos árabes de África y los simpatizantes de España se unirían para atacar al emir. Quizá sobre todo con la idea de obtener un gran botín, los ejércitos francos atravesaron los Pirineos (778) para encontrarse con muy pocos aliados: los españoles cristianos no cooperaron, los ejércitos africanos acudieron pero no se pusieron de acuerdo con Suleimán y permanecieron inactivos y las ciudades estaban demasiado fortificadas para tomarlas sin asedio, para lo que Carlos no se había preparado. Los francos se retiraron a los Pirineos, llevándose todo el botín que podían y en un paso –según la tradición el de Roncesvalles– el ejército coronó la desastrosa campaña cayendo en una emboscada que le tendieron las partidas armadas de los vascos. La retaguardia franca quedó despedazada; entre los comandantes muertos estaba Roldán, duque de las Marcas de Bretaña.

Las crónicas oficiales eliminaron este desastre de los Pirineos, pero más tarde hubo escritores con menos tacto y el relato, magnificado hasta lo irreconocible por la transmisión oral, sobrevive en la gran *Chanson de Roland*, el más alto de los poemas épicos medievales. Los contemporáneos tampoco ignoraron tal revés y el prestigio de Carlos disminuyó: los sajones volvieron a rebelarse; el papa pidió ayuda nuevamente contra las presiones de los lombardos asentados en el sur de Italia; por su parte, los francos, que sufrían las penurias de una mala cosecha, agravadas quizá por la larga ausencia de tantos hombres como habían ido a España, estaban tan inquietos que en 779 Carlos tuvo que prohibir la formación de ejércitos privados. A pesar de los diez años de esfuerzos casi siempre victoriosos, la posición del rey no estaba segura aún.

El esquema de campañas anuales y de movimientos casi incesantes, establecido en el primer decenio del reinado de Carlomagno, continuaría durante toda la larga vida del emperador: más de 50 campañas importantes en 47 años, unas 30 de ellas comandadas por el propio rey; hacia el final de su vida, dejó la dirección de las batallas a otros, en general a sus hijos. La relación entre el papado y los ducados lombardos del sur (supervivientes del reino lombardo) siempre podía generar problemas y la presión sarracena en las marcas hispánicas exigía atención de cuando en cuando, en especial en el decenio de 790, durante la guerra santa iniciada por el nuevo emir de Córdoba, hijo del antiguo contrincante de Carlos. Pero los problemas mayores eran los del este: las victorias de los francos sobre los bávaros condujeron al enfrentamiento directo con los nómadas ávaros y, además, los sajones paganos eran una amenaza para las prósperas tierras renanas, corazón del reino carolingio. En el curso de treinta y tres años, hubo dieciocho campañas de gran magnitud y las represalias de Carlos fueron cada vez más severas, desde el bautismo obligado hasta la ejecución o la deportación de miles y miles de prisioneros. Según dice Einhard, «ninguna de las guerras emprendidas por los francos fue más prolongada, estuvo más llena de atrocidades ni exigió un esfuerzo mayor».

A diferencia de los lombardos, los sajones no tenían un Estado único cuyo destino se decidiera según la suerte de su rey. Sajonia estaba controlada por tribus independientes, preparadas para combatir en campañas de guerrillas, en esos bosques y pantanos que tanto mortificaron a las legiones romanas imperiales. Con la continuación de guerras y represalias, nació algo semejante a un sentimiento nacional, anticristiano y antifranco. El caudillo sajón, un noble llamado Widukind, sobrevivió a una serie de reveses retirándose de Sajonia a Jutlandia, cuando resultaba





Arriba: La poco elegante escritura del reinado merovingio. Página de un manuscrito de principios del siglo VIII; se trata de la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours.

Abajo: Ejemplo de la grafía clara que se desarrolló en la escuela de la corte de Carlomagno. Página de las actas del Concilio de Éfeso, con anotaciones de la mano de Alcuino. Fines del siglo VIII.

demasiado peligroso enfrentarse a los ejércitos francos. Cada vez que las tropas de Carlos recibían su licencia tras la temporada bélica, Widukind volvía a atacar las guarniciones de las fortalezas francas y a quemar los monasterios. En esta guerra de emboscadas, las bajas francas fueron tan serias que, en 784, Carlos consideró necesario mantener a sus fuerzas en armas (toda una hazaña de persuasión y de organización del abastecimiento) y pasó el invierno de 784-785 en Sajonia, en la fortaleza de Eresburg.

Widukind, que estaba a salvo en Dinamarca, tal vez advirtiera que una resistencia era inútil mientras el ejército franco permaneciese en Sajonia, dueño de las futuras cosechas. En la primavera de 785, se convenció de que debía volver y rendirse ante Carlos; se le dispensó una acogida cortés y su bautismo se celebró con bastante publicidad: el papa León decretó tres días de acción de gracias en todo el Occidente cristiano y Carlomagno fue el padrino. Entre los tesoros del Museo Estatal de Berlín hay un relicario procedente del monasterio de Enger, un cofre de oro y plata dorada, del que se dice que fue uno de los regalos de bautismo que Carlomagno hizo al jefe sajón. Esas celebraciones fueron prematuras, porque en el año 793 se producía otra insurrección sajona. Pero para entonces las tribus estaban divididas y muchas habían seguido a Widukind en la aceptación del cristianismo y de la obediencia a los francos. Carlos resolvió el problema del sometimiento de la comarca hacia fines del decenio de 790, tras la deportación en masa de sajones a Francia y la fundación de colonias de francos en Sajonia.

La Iglesia en el este. Por detrás de los ejércitos francos, y con el estímulo y ayuda del rey, llegaban los obispos y sacerdotes francos, para convertir los territorios conquistados en pacíficos reinos cristianos. Esos eclesiásticos carolingios eran los sucesores de un buen número de misioneros que, durante más de un siglo, habían trabajado en tierras aún hostiles y cuya acción unió la Iglesia continental con la de la Inglaterra anglosajona.

Los reinos paganos ingleses que, como hemos visto, hacia fines del siglo VI se adueñaron de las tierras de los príncipes britanos no siguieron siendo gentiles durante mucho tiempo. En el año 597, el papa Gregorio el Grande, quien a menudo había sostenido la idea de que él mismo debía convertir a los ingleses, envió a san Agustín, abad del monasterio de San Andrés de Roma, al reino de Kent. La esposa de Ethelbert de Kent, Berta, hija del rey



Los filósofos discuten mientras un escriba, con un tintero de cuerno en la mano, hace anotaciones. De la obra *Del Universo*, de Raban Maur, que fue una figura importante dentro del círculo cortesano. Monte Cassino, 1028.

merovingio y católico Cariberto, preparó a su marido para que adoptara la nueva religión y la misión tuvo éxito. Northumbria, que por entonces se acercaba a la cúspide de su poderío, se convirtió en 626, gracias a la prédica de Paulino, sucesor de Agustín; incluso el reino central de Mercia, que hasta entonces mantuviera con fiereza su paganismo bajo el mando del enérgico rey Penda, sucumbió a los misioneros irlandeses a mediados del siglo VII. Hacia el año 700, sólo quedaban en los territorios ingleses unos pocos espacios paganos y, a pesar de las guerras continuas entre reinos, la Iglesia en sí estaba unida bajo el mando del arzobispo de Canterbury.

La Iglesia celta, en tiempos preeminente en el norte, quedó abandonada a favor de la doctrina romana en el año 664; una verdadera multitud de peregrinos ingleses (entre ellos cuatro reyes) atravesó Europa durante los siglos VII y VIII, para acudir a Roma en busca de reliquias, libros y apoyo espiritual en el santuario de San Pedro. Esta práctica, excesiva, recibió censuras: san Benedicto había criticado a los monjes que estaban «vagando siempre y nunca se quedaban en su sitio». En el siglo VIII, san Bonifacio expresó su deseo de prohibir el peregrinaje de las inglesas a Roma: la mayoría de ellas perdía la virtud durante el viaje. Pero ese movimiento atrajo la atención de los clérigos ingleses hacia el estado de los que vivían como gentiles en sus tierras patrias de Sajonia y Frisia.

En 678, Wilfrid, el valiente obispo de Northumbria, de camino hacia Roma, donde debía defenderse ante el papa, predicó el Evangelio a los frisios. El resultado fue transitorio, pero una nueva región se había abierto para los misioneros y doce años después se enviaría a Willibrord, un nortumbrio que había estudiado en el monasterio de Ripon, en Yorkshire, bajo la dirección de Wilfrid. El monje, llegado poco después de que el Arnulfingo Pipino de Herstal se apoderara de parte de Frisia, inició su tarea con el apoyo decidido del conquistador. La misión de san Agustín había establecido entre la Iglesia inglesa y el papado una relación muy distinta a la que había entre Roma y la Iglesia franca, independiente en tiempos de los merovingios. Los viajes de Willibrord a Roma –en 690

para pedir la bendición papal y en 695, a instancias de Pipino, para ser consagrado obispo– unieron al papa y a un rey de la dinastía carolingia en la alianza que mantuvieron los descendientes de Pipino.

Se otorgó a Willibrord como sede de su catedral la fortaleza romana de Utrecht que, como los otros *castra* romanos, era una posesión real; por Utrecht pasó una corriente de monjes que llevaron el cristianismo a frisios y sajones. En las comarcas dominadas por los francos hubo señales de progreso pero, más allá de las fronteras del reino, la tarea era difícil y peligrosa. Dos de los misioneros enviados al comienzo por Willibrord murieron mar-



Derecha: Restauración de lo romano: dibujo de un lado de un relicario de madera, hoy perdido, revestido de plata y con forma de arco de triunfo romano; en tiempos, estuvo en la Abadía de Maastricht. La inscripción, dentro de un marco clásico poco elaborado, señala que el donante fue Einhard, biógrafo de Carlomagno. Principios del siglo IX.

Abajo: La puerta y puesto de guardia independiente en el patio exterior de la Abadía de Lorsch, cerca de Worms. Recuerda el diseño de los arcos triunfales romanos exentos, pero su antecedente inmediato fue quizá el arco de tres vanos de la antigua iglesia de San Pedro romana, una combinación de ideas clásicas y católicas reflejadas en la literatura de la corte carolingia. Probablemente h. 805.





Mapa del Imperio de Carlomagno a su muerte (814); muestra los territorios conquistados.

tirizados por los sajones y el sucesor y amigo de este obispo, san Bonifacio, murió junto a todos sus feligreses en 754, a manos de una banda de ladrones, tras casi cuarenta años de labor evangélica en Frisia. Se ha excavado el lugar de su martirio, señalado por un túmulo cubierto de hierba y una capilla recordatoria, en la plaza del mercado de la ciudad de Dokkum, cerca de la costa Frisia, en una comarca que en aquellos tiempos estaba nominalmente en poder de los francos. A pesar de los años de esfuerzos, el avance fue lento y la conversión de los sajones se lograría sólo cuando las conquistas de Carlomagno abrieran la región para misiones más pacíficas. Pero los evangelizadores anglosajones, por muy parcial que haya sido su éxito entre los paganos, tuvieron un efecto perdurable en la situación de la Iglesia franca.

El renacimiento carolingio. El estudio y la enseñanza de la cultura del mundo clásico, aún vivo en el siglo VI en la Galia de Gregorio de Tours casi desaparecieron a lo largo de los siguientes doscientos años. Al cabo de este lapso, muy pocos eran los seglares letrados e incluso los sacerdotes solían ser ignorantes. Un sermón de esta época, conservado en manuscritos que se guardan en el Museo Británico y en Zurich, ataca las prácticas paganas en el latín bárbaro del reino merovingio; gran parte de las ideas de este texto se derivan de escritores antiguos, pero el autor hace una contribución personal: ataca a Venus en términos que muestran que cree que esa diosa era un dios. La ignorancia debilitaba la estabilidad de la Iglesia y abría la puerta a las supersticiones que habitualmente los recién convertidos no abandonaban por entero. La doctrina católica, en la que era fundamental la observancia exacta de las formas establecidas, y en la que la línea divisoria entre ortodoxia y herejía era bastante tenue, podía descomponerse con facilidad a causa de una enseñanza inexacta o aviesa. Incluso las personas instruidas podían errar: los resultados de la conversión de los godos a la herejía arriana fue una advertencia para los prelados católicos, quienes en ocasiones podían tener dudas acerca de lo que era heréti-



Carlos el Calvo, hijo menor de Luis el Piadoso, en un manuscrito de mediados del siglo IX. La mano de Dios destaca su derecho divino.

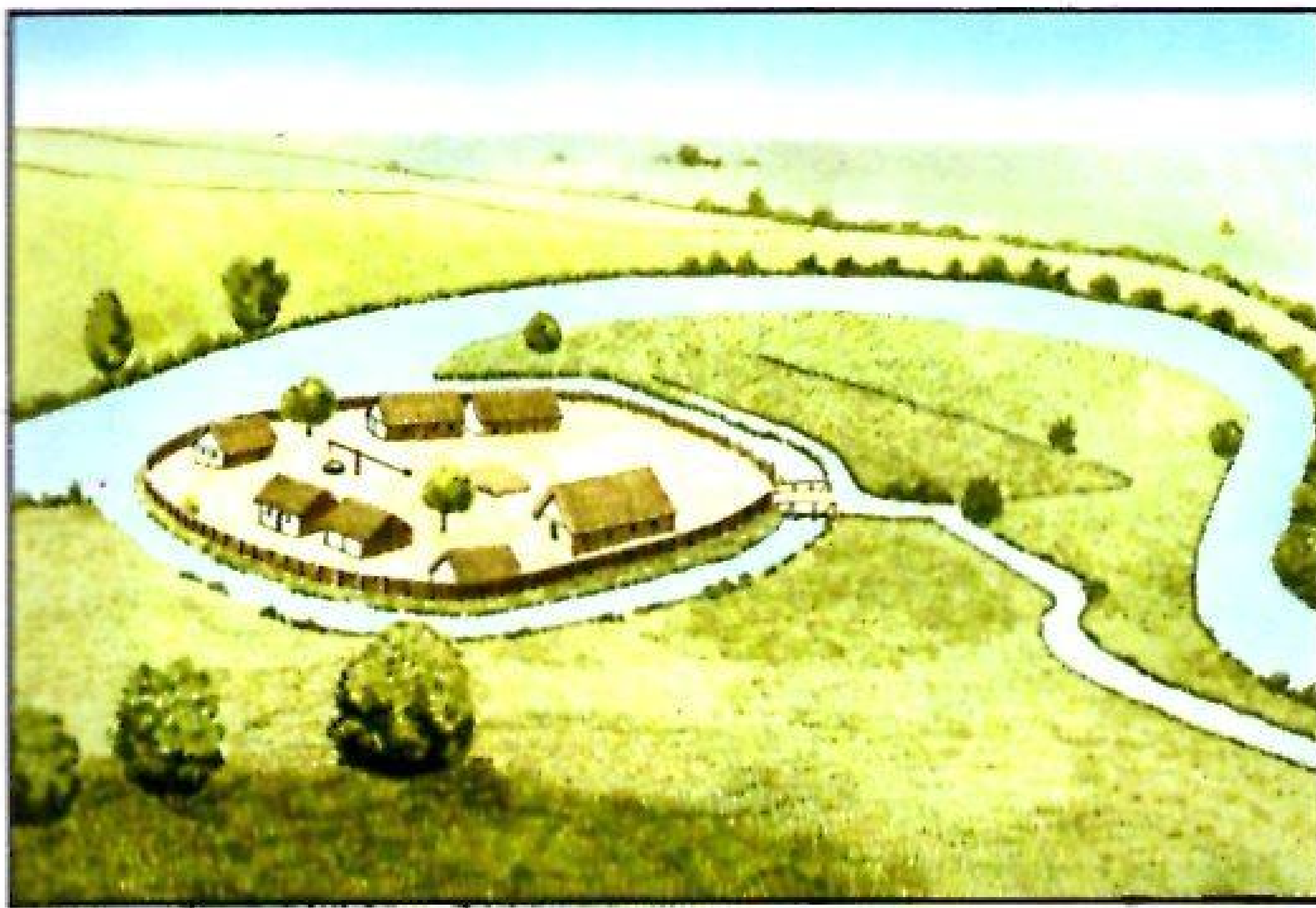
co o no. Cuando un sacerdote bávaro del siglo VIII confundió la fórmula bautismal (sustituyó las palabras latinas que significan «Padre e Hijo» por «Patria» e «Hija»), san Bonifacio ordenó que se volviera a administrar el sacramento pero el papa estuvo en desacuerdo: el sacerdote no era hereje sino ignorante.

También se echaba en falta una formación adecuada de los clérigos. Necesitaban textos precisos y, sobre todo, normalizados para consulta. En nuestro mundo, posterior a la invención de la imprenta (fines de la época medieval) y a la consiguiente difusión del conocimiento, no es fácil concebir un ámbito en el que las Biblias y los libros del ritual eran tan raros que cualquier ejemplar debía pedirse a Roma, y recorría toda Europa ante de llegar a los monasterios de Northumbria, y en el que la entrega de un volumen determinado podía demorarse porque «con este frío invernal la mano del escriba es lenta». Las dificultades aumentaban por los errores del copista, la mala lectura o la omisión de palabras que a veces podían alterar el significado un pasaje u ocasionar malas interpretaciones.

Durante el período de decadencia de la alfabetización en la Iglesia franca, en la Inglaterra anglosajona surgieron escuelas notables, gracias a las estrechas relaciones establecidas con Roma: en el decenio de 680, Canterbury, que estaba bajo la influencia de Teodoro de Tarso, arzobispo del este; a fines del siglo VIII, York, donde enseñaban los discípulos de Beda. Se envió a los misioneros de Frisia una gran cantidad de libros ingleses y en los monasterios de Francia se copiaron volúmenes de origen italiano o irlandés, por influencia inglesa.

Esta restauración de la enseñanza tuvo el apoyo entusiasta de Carlomagno en parte, sin duda, por su valor intrínseco: en las biografías y en la correspondencia contemporánea hay escenas de la corte real ocupada en discusiones eruditas, ejercicios de elocución y de versificación latina. Mayor importancia tuvo la educación de los clérigos. En una advertencia dirigida a todo el reino, Carlos ordenaba que se observara la «verdadera fe» y que se corrigieran los errores en los libros sagrados «ya que a menudo los hombres quieren dirigirse a Dios, pero lo hacen mal porque los libros son incorrectos». En su corte, Carlos reunió a algunos de los eruditos europeos más notables: el maestro nortumbrio Alcuino, que antes fue profesor de la escuela de York y más tarde estuvo a cargo de la escuela de palacio franca; Teodulfo, el teólogo visigodo, y los italianos Pedro de Pisa, Paulino, más tarde patriarca de Aquilea, y Pablo el Diácono, un lombardo educado en la corte de Pavía que tiempo después sería el historiador de su reino de origen. El papel de estos hombres no era sólo el de educadores de los sacerdotes. Los hijos de los nobles debían estudiar para que, cuando llegaran a posiciones de responsabilidad, no necesitaran que un clérigo les leyese los decretos o instrucciones reales ni les interpretara cédulas y códigos en los tribunales de sus condados o ducados.

La restauración del Imperio romano. A lo largo del último decenio del siglo VIII, bajo la influencia del círculo cortesano franco, fueron cambiando las actitudes respecto del reino. La palabra *Imperium*, usada en occidente para aludir al Imperio romano, se había utilizado a menudo como sinónimo de «reino» al describir a los reinos sucesores de Inglaterra o de Galia, en tiempos en que, fuera de Bizancio, no existía una unidad política mayor a la que se pudiese denominar «imperio». En las cartas escritas por Alcuino a fines del decenio de 790, los dominios carolingios en expansión comienzan a recibir el nombre de *Imperium Christianum*, brazo secular de la Santa Iglesia, y se definen como un «reino imperial». Para un inglés como Alcuino se trataba de una idea familiar: los territorios de Carlomagno eran algo más que un simple reino y tenían virreyes como Luis de Aquitania y Pipino de Italia, hijos del soberano. Tanto entre los sajones como entre los irlandeses, se reconocía que un monarca de esa importancia era un rey supremo, superior a los régulos que gobernaban a sus propios pueblos.



Husterknupp, una finca fortificada de Renania, edificada en el siglo IX. Las excavaciones demostraron que este sencillo recinto creció durante los doscientos años siguientes a su construcción, junto a la independencia de sus propietarios, hasta que llegó a convertirse en un poderoso castillo feudal. Según A. Herrnbrodt.

Hasta esos tiempos, el imperio era una cuestión de terminología. Las disputas papales dieron valor político a la idea imperial. En el otoño de 800, Carlos acudió a Roma para presidir una asamblea que debía investigar serias acusaciones de mala conducta hechas contra el papa León. Los acusadores, a quienes al parecer intimidó el protocolo del procedimiento, se negaron a presentar pruebas de lo que tal vez fueran cargos infundados y, para evitar que magistrados seglares juzgaran al papa, se permitió que León se declarara inocente por juramento. Dos días después, en la Navidad del año 800, mientras Carlos rezaba ante el altar de San Pedro, el papa se acercó a él y puso una corona en su cabeza; mientras León rendía obediencia al rey, los bien adoctrinados circunstantes proclamaban a Carlos «Augusto» y «Emperador».

No están claros los motivos de quienes participaron en esto: el papa, que acababa de escapar de un juicio y a quien el rey de los francos había restaurado en su silla, quizá quería reafirmar su autoridad convirtiendo a ese mismo rey en emperador. Según el «Legado de Constantino», un documento papal redactado quizá en el decenio de 750, el primer emperador romano convertido al cristianismo había entregado su corona y su poder al obispo de Roma, el papa Silvestre I, en reconocimiento por haber sido curado de la lepra. El papa León devolvía, pues, la corona a Carlomagno. Se dice que Carlos había aceptado la dignidad imperial un día antes, pero Einhard nos asegura que se mostró reacio al recibirla. Puede que fuera sólo una modestia convencional, o quizá una objeción al papel que desempeñaba León en la ceremonia, porque tal vez Carlos quisiera llevar la corona imperial, pero no recibirla como un presente del papa, en una ceremonia semejante a la de entrega y devolución de tierras que convertía a un ciudadano franco en vasallo de un señor. Carlos era el apoyo del papado y, al mismo tiempo, se convertía en un hombre del papa.

La corte de Constantinopla, más tradicionalista en su actitud ante el imperio, se sintió ultrajada y llamó usurpador a Carlos. Pero los bizantinos estaban en una posición débil, porque la emperatriz Irene, regente hasta el año 797, había mandado asesinar al heredero, su propio hijo, y ejercía el poder; en occidente no habían reconocido a Irene y consideraban que, cuando Carlomagno se convirtió en emperador, el trono estaba vacante. Esta situación ficticia no podía mantenerse ya en 802, una vez depuesta Irene; no obstante, Carlos continuaba usando el título de «Emperador», había incluido en su sello la leyenda «Restauración del Imperio romano» y, sin duda, creía que esa dignidad era mucho más valiosa de lo que pensaron los historiadores modernos para quienes este asunto no fue más que una intriga muy elaborada. Por otra parte, el monarca estaba decidido a gastar tiempo y dinero en negociaciones. Después de doce años de contactos diplomáticos, el emperador oriental Miguel I accedió a reconocer el derecho de Carlos al título de «Emperador», a cambio de que los francos dejaran de reclamar la posesión de Venecia y Dalmacia, en el norte del Adriático, y siempre que se entendiera que el imperio carolingio era el de los territorios occidentales y no los orientales.

La coronación imperial no produjo grandes diferencias administrativas, ni tampoco en la estabilidad del nuevo imperio, que aún carecía de un servicio civil, de un ejército regular y de un sistema legal unificado. Pero está claro que la corte de los francos se tomó el asunto en serio y sustentó la idea imperial: ya existía en territorios francos una capital del imperio, Aquisgrán, donde desde 789 Carlomagno estaba construyendo el mayor complejo palaciego que existía al norte de los Alpes desde el fin del Imperio romano. El modelo de Aquisgrán fue, casi con certeza, la antigua capital imperial, Rávena, e incluso en las obras de arte menores que se producían en el reino franco se advierte el mismo intento de imitar los restos supervivientes del viejo imperio. Sin embargo, el renacimiento carolingio, entendido hoy como sus productos materiales –manuscritos iluminados y escritos en una nueva, bella y evolucionada grafía, las obras de arte y de arquitectura–, era sólo una parte de la buscada renovación de la sociedad de los francos, una regeneración que se lograría a través de una adhesión más estricta a la ley eclesiástica y secular y de un control más severo de la jurisdicción de los condes, a través de la supervisión de comisionados regios especiales.

En sus últimos años, Carlomagno pasó cada vez temporadas más largas en Aquisgrán, cazando, disfrutando de las aguas termales, reformando y publicando los distintos

códigos legales de sus naciones súbditas y promulgando gran cantidad de edictos administrativos. Allí murió, en enero de 814, y fue enterrado en la capilla de su palacio, con una inscripción muy sencilla: «En esta tumba yace el cuerpo de Carlos, el grande y ortodoxo emperador, que noblemente extendió el reino de los francos y reinó prósperamente durante cuarenta y siete años. Murió a los setenta años en 814...».

El legado de Carlomagno. La mitología que iba a transformar a Carlos el Grande en el Carlomagno de la *Chanson de Roland* (siglo XI), en ese representante de Dios cuya fuerza seguía intacta a pesar de su edad, «doscientos años y más», ya estaba bien desarrollada a fines del siglo IX y reforzada por el contraste entre los recuerdos exagerados de la augusta y gloriosa época de Carlomagno y la declinación visible del poder de sus sucesores. La leyenda no hace justicia a los herederos de Carlomagno, porque las presiones que los dañaron ya existían en tiempos de Carlos: el comienzo de los movimientos bárbaros contra las fronteras, el crecimiento gradual del poder de la nobleza cuyos antepasados se habían engrandecido por obra de los primeros reyes carolingios y la fragmentación de un imperio en comarcas cuyos límites –en algunos casos– eran más antiguos aún que el reino franco. Durante casi setenta años, de 771 a 840, el mundo de los francos estuvo en manos de sólo dos monarcas. Pero esto no era más que el resultado de una larga vida, porque la división de su reino entre sus herederos varones fue para Carlomagno tan natural como lo había sido para sus abuelos o, antes todavía, para los merovingios. Las divisiones y las consiguientes guerras civiles del siglo IX, que derruyeron el imperio de Carlomagno y dejaron abiertas las puertas de Europa a los ataques de nuevas olas de bárbaros, habrían sido familiares para Gregorio de Tours.

La desintegración del imperio carolingio. Los competentes hijos mayores de Carlomagno –Carlos, que era su segundo, y Pipino, rey de Italia– murieron antes que su padre, lo que imposibilitó la planeada división consuetudinaria del reino; en 813, cuando flaqueó su salud, Carlomagno mandó llamar a su único hijo vivo, Luis, que gobernaba en el reino secundario de Aquitania, y lo coronó como su sucesor tanto en el reino como en el imperio. Luis había pasado la mayor parte de su vida en Aquitania y no veía con buenos ojos a varios de los consejeros de su padre. La corte de Aquisgrán pasó por una purga y los reformadores que por un tiempo fueron consejeros del nuevo monarca propugnaron la idea de un imperio que fuese a la vez universal y cristiano. Poco después de subir al trono, abandonó los antiguos títulos de «rey de los francos y rey de los lombardos»; en adelante, pasaba a ser «Emperador» y «Augusto». Quizá esto demuestre cierta incapacidad para apreciar la realidad del poder, porque –tal como su padre– Luis era emperador sólo porque era rey de los francos: también él dependía del apoyo de sus potentados y seguidores francos y, por tanto, necesitaba tierras para recompensarlos. En este sentido, en Aquitania había aplicado una generosidad incauta y, una vez en Aquisgrán, no tardó en reducir sus propiedades con extensas donaciones a la Iglesia mientras, irónicamente, su indulgencia con el papado animó a varios papas a desarrollar políticas propias e independientes: con razón recibió el apodo de «el Piadoso» (también se le conoce como Ludovico Pío).

Poco después de que Luis subiera al trono, estallaba una crisis de sucesión que debilitaría al reino. En el año 817, Luis nombró coemperador a su hijo mayor, Lotario, y entregó Aquitania y Baviera a sus hijos Pipino y Luis (el Germánico). Bernardo, hijo de Pipino y nieto de Carlomagno, recibió Italia. El arreglo se rompió de inmediato: disgustado por algo, Bernardo se rebeló, fue cegado como castigo y en el año 818 murió a causa de esas heridas. No mucho después Luis volvió a casarse y, aguijoneado por su nueva mujer y sus seguidores, pasó casi veinte años tratando de cambiar el reparto de 817 en favor de su nuevo hijo, Carlos. Los del decenio de 820, pues, fueron años de desorden creciente: las disputas que se desarrollaban entre Luis el Piadoso y sus hijos mayores se sumaron a los problemas ocasionados por las malas cosechas, las derrotas en la frontera y las quejas que ocasionaban los abusos de los potentados. El sentimiento de opresión subió hasta tal punto que, en 829, Luis desterró a Lotario a Italia y entregó parte de Alamania a su hijo Carlos, que apenas era un niño.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez: los hijos mayores se unieron contra el padre y lo obligaron a restaurar a Lotario. Durante el invierno siguiente, Luis convocó a asamblea a los francos y se modificó la decisión; cuando sus hijos se rebelaron, nombró a Carlos rey de Aquitania en lugar de Pipino; pero, como era incapaz de imponer el cumplimiento de su voluntad, lo único que consiguió fue dividir la lealtad de los aquitanos. En el año 833, se enfrentó al ejército unido de sus tres hijos mayores, que contaba con el apoyo papal. Luis tuvo que rendirse y permaneció confinado durante un año. La unión de los hermanos sobrevivió poco tiempo y el emperador pactó con sus hijos Pipino y Luis el Germánico; no obstante, sus esfuerzos continuos por dejar una parte del imperio a su hijo Carlos llevaron, en 838, a nuevas luchas con Luis el Germánico y a la muerte de Pipino, a raíz de unas refriegas entre los vasallos aquitanos que apoyaban a Carlos y los partidarios de su hijo, Pipino II.

Poco antes de su muerte, en 840, Luis procuró hacer otra división: dejaba para Carlos Aquitania y Francia oc-



El Sacro Emperador Romano recibe culto de adoración. Díptico de marfil que muestra las figuras arrodilladas de Otón II y la princesa bizantina Teofanu con su hijo, el futuro emperador Otón III, flanqueados por san Mauricio y santa María. Hacia 980.

cidental; para Luis el Germánico, Baviera y el Oriente y para Lotario, Italia y una amplia franja de tierra en Francia oriental. La rivalidad de tantos años de guerra no se olvidó con facilidad; tras la muerte del padre, los hermanos se volvieron uno contra otro. El único resultado de otros tres años de guerra civil fue un punto muerto y se llegó en Verdún (843) al acuerdo de que cada uno conservara el territorio que tenía al detener la lucha. Lotario se quedó con Italia y un corredor que iba de los Alpes hasta las tierras de los alrededores de Aquisgrán, es decir, que dividía las tierras germanas de Luis del reino occidental de Carlos, territorio que pronto se conoció por el nombre de «reino de Lotario», *Lotharingia*, la actual Lorena. Esta división reforzaba la separación creciente del este y el oeste de Francia, que había sido visible desde los tiempos de los merovingios. Hacia esta época ambas comarcas habían desarrollado dos lenguas propias, una situación reconocida por el texto bilingüe del tratado de 842 entre Carlos y su hermano Luis. Al cabo de poco, en el siglo siguiente, el rey de Germania y el duque de los francos occidentales recurrían a un intérprete para comunicarse.

Aunque nominalmente aún era emperador, Lotario no tenía mando sobre sus hermanos y a sus tres hijos, que se dividieron las tierras paternas en 855, les faltó la ocasión para establecer su autoridad: los hijos menores, Lotario II de Lotaringia y Carlos de Provenza, sucumbieron a la ambición de sus tíos; el hijo mayor de Lotario I, el emperador Luis II, ya no era más que rey de Italia y empleó sus fuerzas en defender su reino de los sarracenos. Cuando sus hermanos murieron, no pudo evitar que sus tíos se anexionaran Provenza (863) y Lotaringia (868) y cuando él mismo murió (875), su tío Carlos (que por entonces ya merecía el apodo de «el Calvo») se apoderó de su trono y del título imperial. Tal vez animado por este éxito, cuando murió su hermano Luis el Germánico (876), Carlos intentó apoderarse del reino oriental, pero se lo impidieron los hijos de Luis, Luis el Joven, Carlomán de Baviera y Carlos el Gordo, que dividieron entre sí el reino paterno. El reino de Carlos el Calvo pasó en 877 a su hijo Luis el Tartamudo, de corta vida, cuya acción principal fue la de entregar Italia, ya que no podía controlarla, a Carlomán de Baviera a cambio de Lotaringia que –creía él– podría dominar. En el año 879, su territorio se dividió entre sus hijos, Luis III y Carlomán de Francia. En 885 ambos habían muerto ya y sus reinos caían en manos del primo de su padre, Carlos el Gordo, último hijo superviviente de Luis el Germánico y único carolingio que tenía el trono.

Durante dos años tormentosos, Carlos el Gordo fue el gobernante nominal del imperio de Carlomagno, pero las posesiones por las que él y sus familiares habían luchado a lo largo de medio siglo ya casi no tenían poder. En el sur de Italia tenía el mando el duque Guido de Spoleto; el duque Bosón de Provenza, que por un tiempo usurpara el trono de Aquitania, aún era dueño de la zona del Ródano central y en 887 dejaba a su hijo Luis, rey de Provenza; Bretaña y sus marcas quedaron en poder de los bretones; Hugo el Grande, duque de los francos, era vasallo de Luis pero, en la práctica, ejercía el poder en las tierras que se extendían entre el Loira y el Sena; la propia ciudad de París prefería obedecer a su conde Odón y, como veremos, en las costas se enseñoreaban las bandas de piratas sin encontrar resistencia. Carlos, impotente para ejercer su autoridad, sufrió una revuelta y a fines de 887 fue depuesto por sus vasallos.

La desintegración continuaba: el conde Odón de París recibió de la facción dominante el trono occidental; el reino de oriente cayó en poder de Arnulfo, nieto ilegítimo de Luis el Germánico; Guido de Spoleto exigió, y obtuvo, el trono de Italia, pero tuvo que enfrentarse con su antiguo aliado, el rey Arnulfo, y durante un tiempo también con la hostilidad del papado. El título imperial

pasó a Guido (891-893) y después a Arnulfo (894-899), sin que ello variara demasiado las respectivas posiciones y sin que ninguno recibiera el reconocimiento de los otros reyes francos. Luis el Niño, hijo de Arnulfo, sucedió a su padre en 899, cuando sólo tenía seis años; moriría en 911, a los dieciocho, y en ese momento el reino franco oriental se había dividido en ducados virtualmente independientes: Baviera, Suevia, Franconia, Sajonia y Lorena; con excepción del último, los demás correspondían a los territorios anexados por los antiguos arnulfingos. Por entonces sólo uno de los reyes era carolingio, Carlos el Simple, rey de Francia occidental, hijo menor de Luis el Tartamudo, nieto de Carlos el Calvo y tataranieto de Carlomagno, hombre que por su juventud fue ignorado en el decenio de 880, a la muerte de sus hermanos Carlomán y Luis III, y al que poco antes las facciones legitimistas habían elegido para suceder a Odón de París. A su vez, tras muchas vicisitudes, Carlos terminó encarcelado por Radulfo, duque de Borgoña, que usurpó su poder en 923 y su trono a la muerte del monarca (929), aunque estableció una línea real que sobrevivió en la zona central de Francia a lo largo de tres generaciones cada vez menos poderosas, hasta la muerte de Luis V en 987.

Entre tanto, en Alemania, Enrique I el Cazador (o el Pajarero), que por línea materna descendía del emperador Arnulfo, establecía una dinastía sajona poderosa entre 919 y 936. Su hijo Otón I el Grande quien, según nos dicen, hablaba eslavo y francés, aunque normalmente utilizaba su dialecto sajón, expandió su reino hacia el este hasta los territorios eslavos, intervino en la política de Lorena y Borgoña y, en nombre de su mujer (viuda de un antiguo rey de Italia), conquistó gran parte de Lombardía. El poder de Otón siguió creciendo: en 962 fue coronado emperador en Roma y poco antes de su muerte consiguió que Constantinopla reconociera su posición y enviara a una de las princesas bizantinas para que se casara con su hijo. Otón fue el primer soberano no carolingio que estableció una dinastía imperial y al morir, en 973, transmitió el título y un reino poderoso a su hijo y a su nieto.

Hacia el 962, el imperio de Carlomagno se había disuelto en sus partes integrantes y los últimos soberanos carolingios, Lotario y su hijo Luis V, gobernaron durante poco más de dos decenios en una atmósfera de intrigas. Hugo Capeto, duque de los francos, era el más poderoso de los magnates occidentales y, en el hundido reino occidental, tenía una posición similar a la de los duques arnulfingos en tiempos de los últimos merovingios. En 985, el cortesano Gerberto, después arzobispo de Reims, escribía lo que se podría haber dicho de los antepasados de Carlomagno: «Lotario es rey de Francia sólo de nombre; Hugo, es verdad, no es rey de nombre, pero lo es de hecho y obra». Sin embargo, a diferencia de los arnulfingos, en el momento en que sucedió a Luis V, muerto sin descendientes, Hugo no tenía vastas tierras que engrosaran los bienes reales y premiaran la lealtad. Tanto él como sus descendientes, los Capeto, que durante siglos gobernaron el fragmento de Galia que fue el reino medieval de Francia, fueron reyes de un enclave pequeño en torno a la ciudad de París, rodeado por ducados poderosos que eran parte del reino en teoría pero, en la práctica, mantenían su independencia y, con frecuencia, se mostraban hostiles entre sí.

Imperialistas y nobles. Quien se concentre en el ideal imperial del círculo de Carlomagno o en el de imperio cristiano universal de Luis el Piadoso exagerará la dimensión de la caída. El imperio de Carlomagno era personal. Al parecer, hasta una fecha tan tardía como la de 806, no tuvo intención de pasar el título a sus hijos o quizá creyera que la de emperador, a diferencia del reino, era una dignidad que se ganaba y no se recibía. Sin embargo, los territorios que gobernaba debían dividirse entre sus hijos, según la antigua costumbre de los francos, y la sucesión eventual de Luis el Piadoso como emperador único fue un accidente de mortalidad. Luis heredó poco más que nombre y tierras y no podía esperar el acatamiento que por el venerable Carlomagno sentía una población cuya expectativa de vida no llegaba a la mitad de los años del emperador. El reino ya había llegado a los límites de una expansión fácil y sin el botín de las tierras nuevas ni la confiscación de las propiedades de la Iglesia (siempre impopular y para Luis un recurso impensable), él y sus descendientes, como los merovingios, no tenían más alternativa que aumentar la riqueza de sus vasallos desprendiéndose de sus propios recursos, enajenando las posesiones reales. Además, aunque los carolingios fueron rápidos para unirse contra los extraños –la usurpación de Aquitania por obra del duque Bosón llevó contra él a las tropas unidas de todos los hijos de Luis–, consumieron sus bienes en las rivalidades familiares. Sus discrepancias incrementaron los sentimientos separatistas de las partes componentes del imperio, oscurecidos pero no eliminados en vida de Carlomagno, y multiplicaron el poder de los vasallos reales, duques y condes, cuya lealtad continuada era esencial para la supervivencia del rey, pero que ahora tenían el poder suficiente como para ofrecer sus servicios a uno u otro miembro de la casa real.

Los sarracenos, los eslavos, los magiares. La decadencia del imperio y la ruptura de los esquemas tradicionales de lealtad a la autoridad carolingia central eran una provocación para los bárbaros de fuera del imperio y su presión empeoró la caída. En el sur, la poderosa Marca Hispana controló con eficacia a los sarracenos de la España omeya, pero la costa del sur de Francia e Italia era vulnerable

a los piratas árabes. Desde su base establecida en la segura fortaleza de St. Tropez, sobre la costa, entre Marsella y Niza, esos bandoleros impidieron el comercio y los viajes por tierra y por mar hasta muy avanzado el siglo X. El Mediterráneo central sufrió las expediciones del Emirato de Túnez. En el decenio de 820, los desembarcos tunecinos en Sicilia occidental iniciaron una serie de duras campañas que duraron hasta la caída de Taormina (902), el último centro bizantino de la isla. Italia meridional estaba abierta a la invasión y desde el decenio de 840 sufrió las invasiones y el pillaje de las flotas sarracenas. La propia Roma sufrió un saqueo en 846 y rechazó con grandes dificultades un segundo intento (849).

Durante esos años sombríos, Luis II, hijo, segundo y eventual sucesor del emperador Lotario, procuró solucionar los conflictos existentes entre los que poseían los antiguos ducados lombardos y sus disputas con las autoridades bizantinas que aún sobrevivían. También intentó unir a todos contra los sarracenos y logró reconquistar Benevento; las ciudades napolitanas formaron una fuerte alianza defensiva, pero la base sarracena instalada en la fortaleza costera de Bari resistió otros veinte años, hasta 871. Antes de su muerte (875), el emperador Luis II había restablecido el control de los francos sobre Italia meridional, pero sus preocupaciones por el sur, que le impedían desempeñar un papel eficaz en Francia, separaron aún más el título imperial del gobierno de los reinos de Francia y de Germania.

Las fronteras surorientales de Austrasia se movieron a la vez que los ávaros, nómadas asiáticos que a fines del siglo VI habían tomado el lugar de los lombardos en las llanuras del Danubio central. En una serie de campañas desarrollada entre 791 y 796, Carlomagno y su hijo Pipino se apoderaron de la mitad occidental del territorio de los ávaros y durante buena parte del siglo siguiente los reyes de Francia oriental sostuvieron guerras contra los más o menos indefinidos principados de los eslavos, en acciones fronterizas que ampliaron los límites de las tierras francas y cambiaron la terminología de la servidumbre: la palabra latina esclavo (*servus*) nombraba, desde tiempo atrás, tanto al labriego como al hombre que sufría esclavitud: ambos eran siervos. Los prisioneros eslavos de la frontera oriental fueron los suficientes como para introducir en Europa un nuevo término para el concepto antiguo, *slave* («esclavo», en inglés), derivado del nombre de ese pueblo. La amenaza oriental crecía hacia fines del siglo IX, a medida que los nuevos avances de hordas nómadas seguían el camino de los hunos y de los ávaros hacia Europa. Los recién llegados magiares (probablemente, como sus antecesores, una confederación de nómadas asiáticos de distintas tribus) durante más de un siglo vivieron en los límites europeos, entre el Volga y el Dniéper, hasta que la expansión de las tribus turcas que llegaban del Mar Caspio los empujó hacia el oeste. A comienzos del siglo X, los magiares se habían establecido en Hungría y se mezclaban con los descendientes de los antiguos nómadas, los ávaros y los hunos. Temibles sobre todo por su comparación con los hunos de Atila, la «maldición de Dios», hecha por los eclesiásticos de la época, resistieron durante dos generaciones a todos los esfuerzos con que se pretendió detener sus incursiones en suelo de Alemania, Italia y Francia.

Los reyes francos de oriente consideraron imprescindible establecer señoríos de marcas a quienes se encomendaba la defensa de las fronteras. Uno de ellos, el ducado de Sajonia oriental, se fortaleció hasta convertirse en rival del poder del propio rey y, como hemos visto, su duque Enrique el Cazador, en el año 919, fundó su dinastía, la sucesor de los carolingios germánicos. Ante la amenaza de los magiares, Enrique y su hijo, el futuro emperador Otón I, apelaron a un recurso que muestra los problemas que enfrentaba el reino: la construcción de una serie notable de fuertes situados en las cimas de las montañas, refugios defensivos en los que podía buscar amparo la población local cuando se producían los ataques magiares. Tras medio siglo de guerra, el ejército de Otón aplastó a los invasores en la batalla de Lechfeld (955) y restauró un grado de estabilidad en los reinos europeos orientales. La victoria hizo que una familia sajona, hasta entonces casi insignificante, llegara a primer plano en Europa y en Roma. En San Pedro, el día de su coronación (962) Otón llevaba una corona cuyo arco era lo bastante alto como para cubrir una mitra, con lo que se simbolizaba el poder de la Iglesia y del Estado en un Imperio cristiano. La dinastía sajona se consideraba heredera del antiguo imperio y, a fines del siglo, Otón III, nieto de Otón I, había convertido a Roma en su capital y al lema de Carlomagno en el suyo propio: *Renovatio Imperii Romanorum*, «renovación del [Sacro] Imperio Romano».

Los palacios reales

Los jefes guerreros germanos, que condujeron a sus hombres por Europa en el curso del siglo V, se encontraron con tierras donde la especialización funcional de las casas era normal. Sin duda, todos ellos tenían que estar familiarizados con las diferencias entre ricos y pobres, pero los grandes edificios administrativos (que en épocas avanzadas del imperio se habían convertido en la morada de los gobernadores y sus ayudantes) les habrán parecido bastante peculiares. En algunos casos las primeras generaciones de reyes adaptaron las estructuras a los nuevos usos: las excavaciones hechas en Colonia sugirieron que la residencia oficial del gobernador se transformó, después de una serie de cambios, en un palacio franco.

En Constantinopla, donde se crió, Teodorico el Grande aprendió a conocer el espíritu del ritual cortesano. En sus mosaicos de Rávena hizo representar su gran palacio clásico y a sí mismo con su corte, dispuesta según el estilo bizantino ante la fachada. Una generación posterior intolerante abominó de su recuerdo y borró su imagen de la composición. En Toulouse, la corte visigoda de la Galia suroriental deslumbraba aun a los galorromanos, pero nada sabemos de sus palacios.

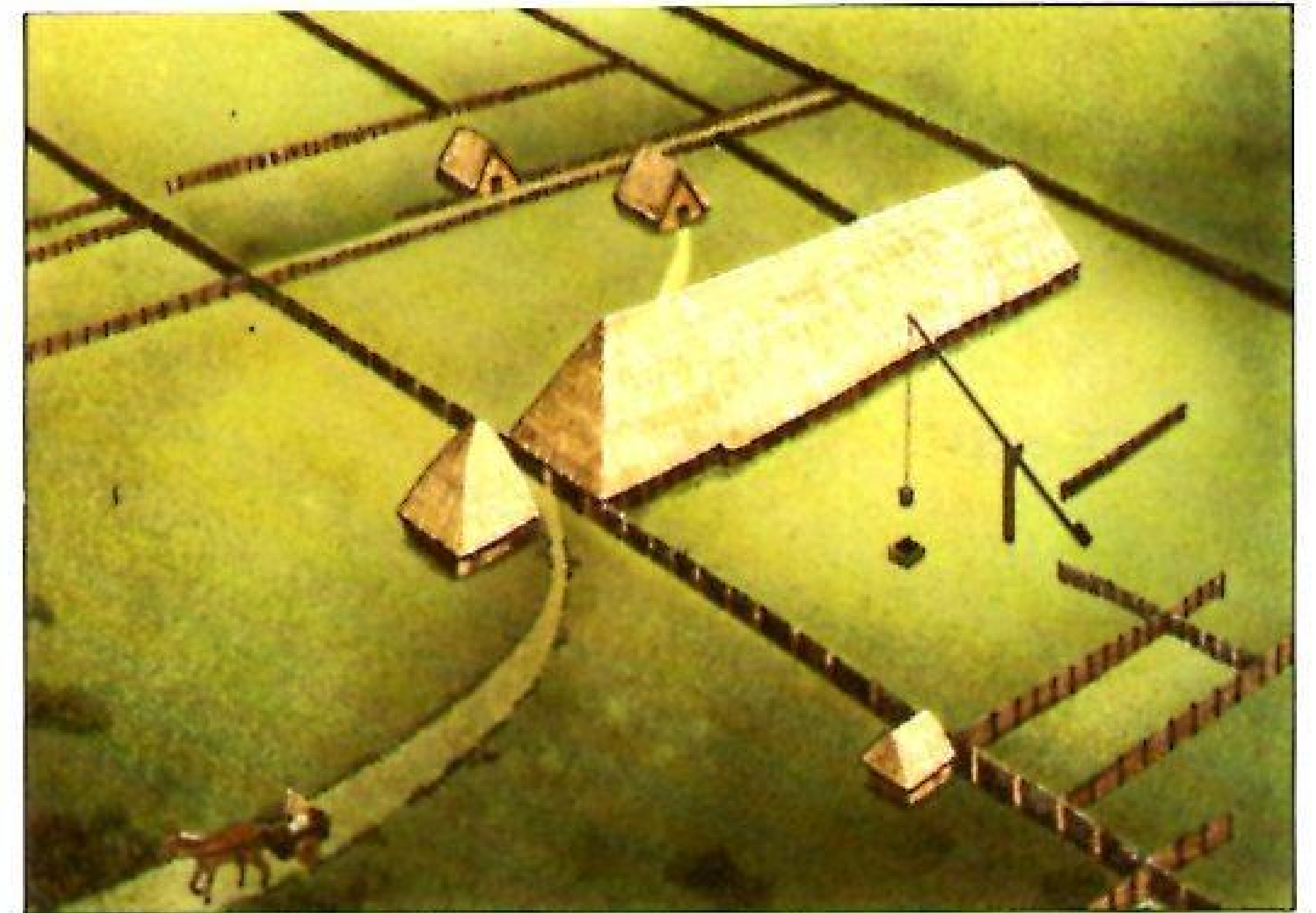
Antes de las migraciones, los jefes tribales tal vez no ocupaban más que una única habitación en sus pequeñas propiedades. Cuando estos jefes se convirtieron en soberanos de los reinos posteriores, pasaron a ser propietarios de una serie de heredades, en muchas de las cuales se alzaban las importantes fincas o *villae* de los antiguos funcionarios. Hasta fines de la



Edad Media se mantuvo la costumbre de que los gobernantes visitaran sus dominios en viaje oficial y las bien diseminadas propiedades reales –tanto como los sectores destinados al hospedaje en los monasterios– eran útiles para dar posada al rey y a su séquito. Puede ser engañoso establecer una distinción entre un palacio y una propiedad rústica: un rey se trasladaba llevando consigo su corte y su «palacio».

No obstante, dos formas de residencia real se desarrollaron en la etapa de las migraciones. La primera, la mansión rural común, poco se diferenciaba de la comparativa falta de refinamiento de las casas de la nobleza. La segunda, el centro establecido para la administración urbana y real, era menos frecuente y, cuando apareció en los reinos bárbaros, fue más bien un reflejo de los modos bizantinos contemporáneos.



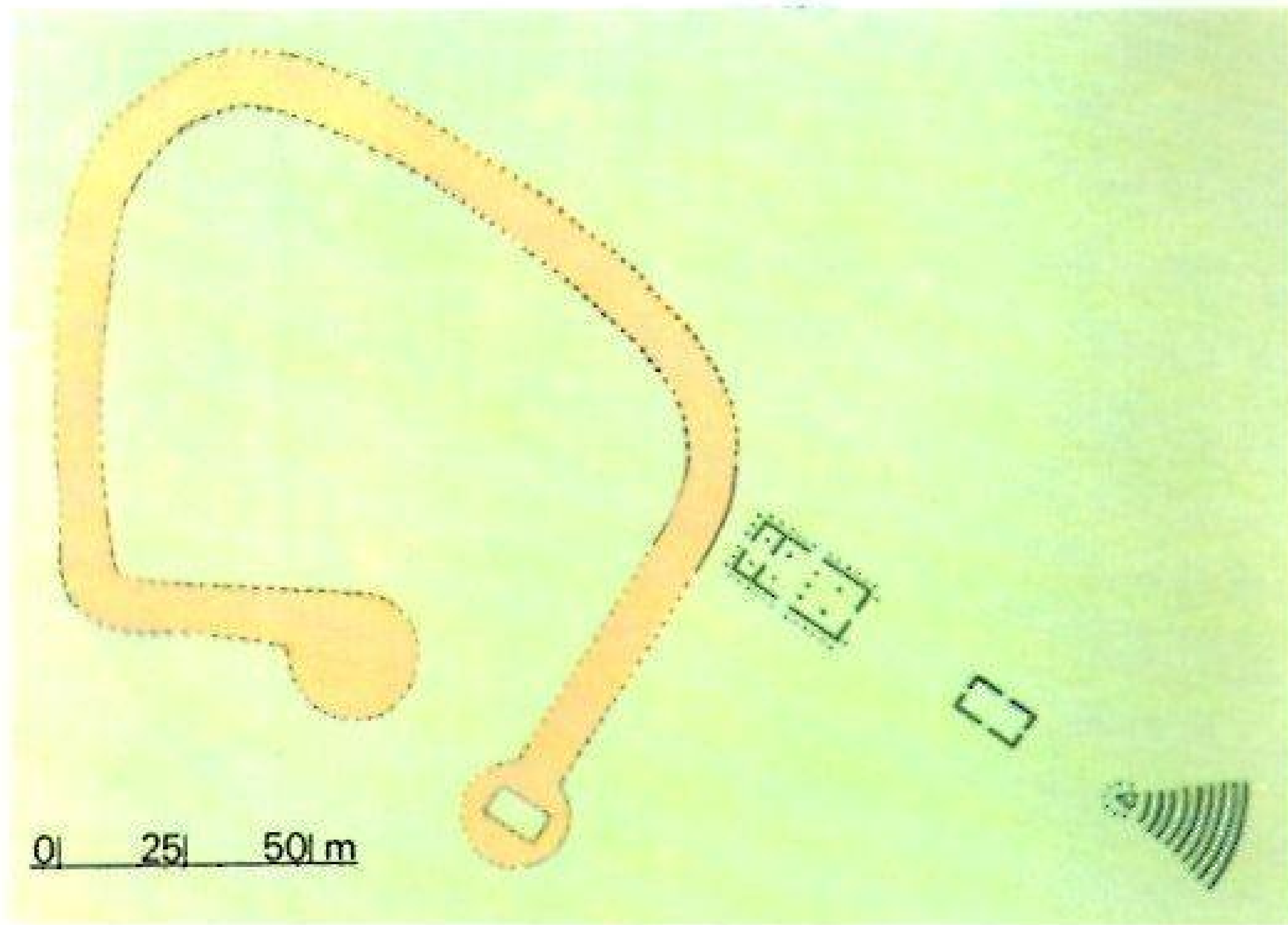


Arriba: A lo largo del período migratorio, las mansiones rurales continuaron construyéndose según los estilos conocidos. El reconstruido palacio de Lojstra, en Gotland, Suecia, datado hacia fines del siglo X, por su construcción hace pensar en las granjas de las cercanías de Vallhagar, fechadas hacia la Edad del Hierro romana; es un edificio de tres alas, de unos 27 m de largo por unos 10,5 de ancho, cuyo techo descansa sobre muros de piedra bajos; tal vez estuviera embellecido por relieves y pinturas. Quizá, como la gran sala de madera Heorot del poema épico *Beowulf,* «el rico salón de banquetes brillaba revestido en oro».

Abajo: El mejor ejemplo de la antigua casa de un jefe guerrero procede de las excavaciones del centro de Fochteloo, en Drenthe, Holanda, datado en la Edad del Hierro romana. Un amplio edificio, con su planta normal dividida en alas, se alza dentro de su propio patio amurallado, a poca distancia de un conjunto contemporáneo de tres casas menores que se asociaban con pequeñas chozas y graneros. Es difícil interpretar la gran edificación aislada como algo distinto de la casa de un noble y el grupo de edificaciones menores como las viviendas de sus seguidores. La reconstrucción (según A. E. van Giffen) muestra la casa principal dentro de su muralla, con los cobertizos y corrales correspondientes.



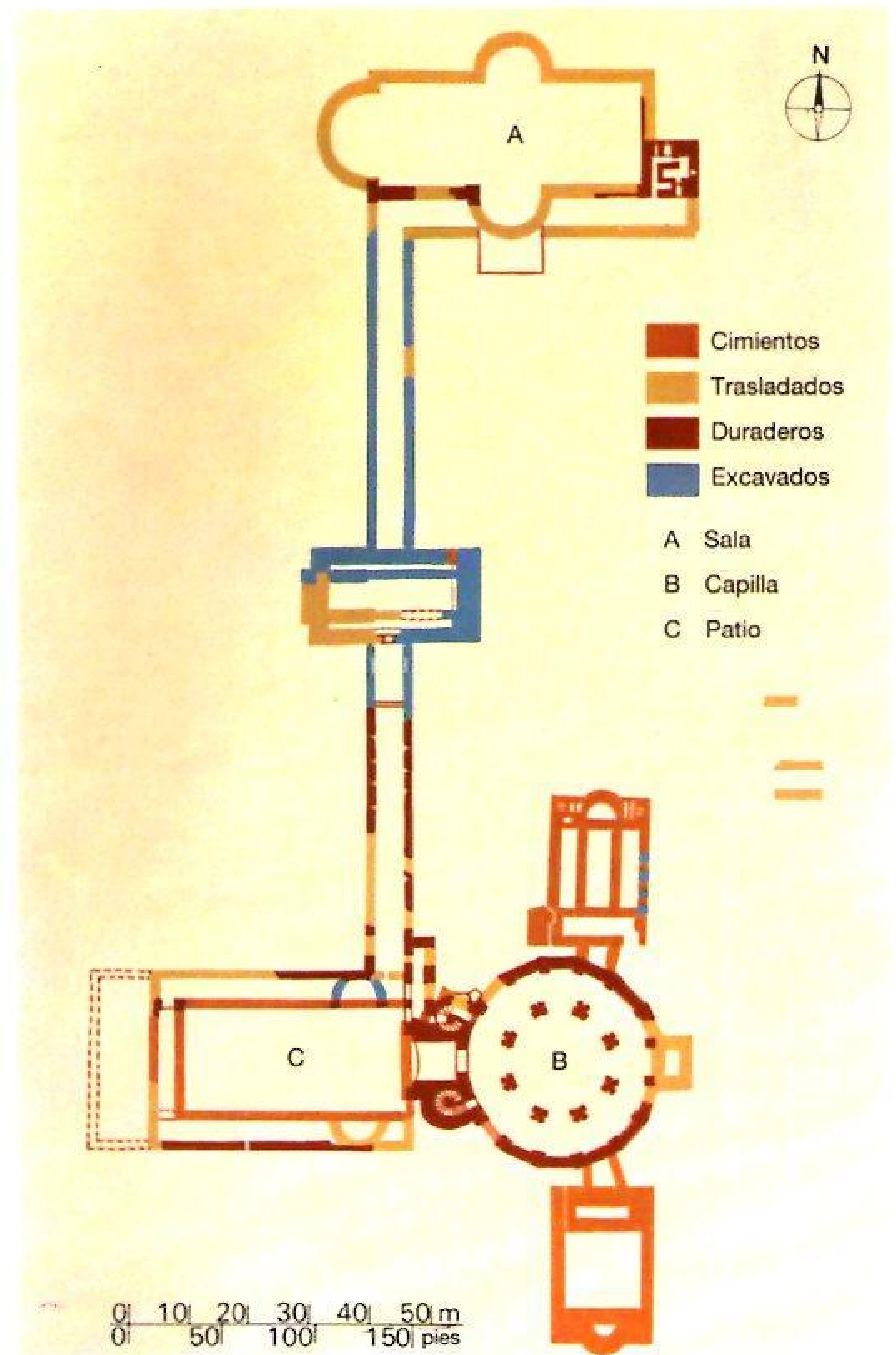
Izquierda: La historia de Teudelinda, reina del rey lombardo Agilulfo, pintada por los hermanos Zavattari (1444) en la catedral de Monza. Cada época reconstruye en los entornos su propia imagen y los palacios pintados (como éste) normalmente reproducen los edificios contemporáneos del pintor.



Una fotografía aérea de Yeavering, en Northumberland, tomada por el doctor St. Joseph en 1949 *(abajo)* reveló los contornos de lo que Beda llamaba la *villa regalis ad Gefrin,* la casa real de los reyes nortumbrios. Las excavaciones que se hicieron entre 1953 y 1957 desenterraron una serie de edificios complejos, algunos de los cuales se muestran en el plano (*izquierda,* según B. Hope-Taylor): fuera de un amplio fuerte de madera de fines del siglo VI, se alzaban un edificio rectangular imponente (reconstruido seis veces), una estructura identificada como una tribuna de madera *(abajo, derecha)* y (no se ve en la foto aérea) un grupo de edificios auxiliares, quizá vivienda de los servidores. Después de su utilización durante unas tres generaciones, el emplazamiento fue abandonado h. 685. La movilidad era una característica de los reyes bárbaros.



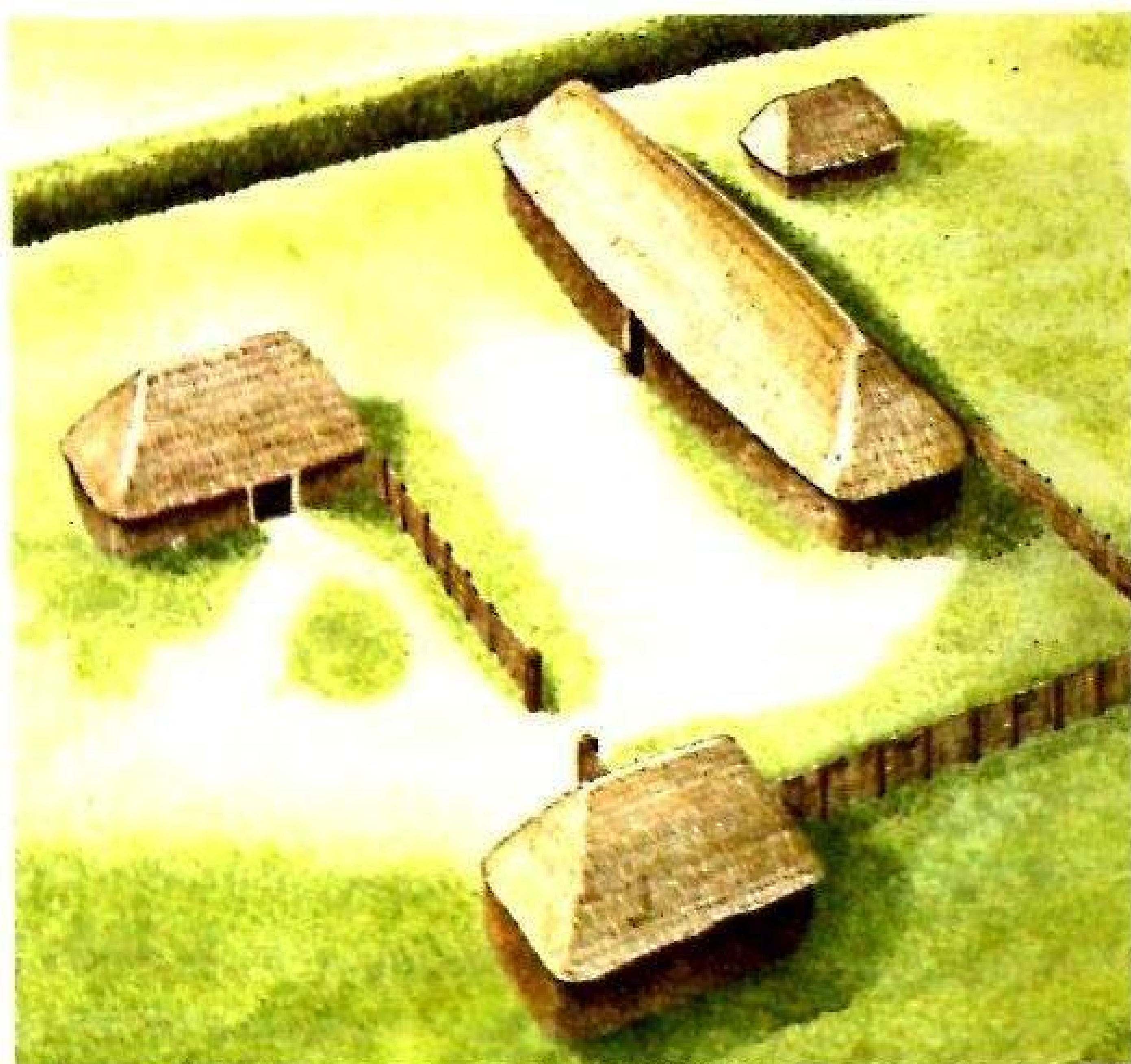




Pocos monarcas viajaron tanto como Carlomagno, en sus campañas anuales y visitas oficiales a toda Francia, pero la idea de una residencia real estable, toda una novedad al norte de los Alpes, fue a él a quien primero se le ocurrió. Además de los baños termales de Aquisgrán, a comienzos del decenio de 790, Carlomagno empezó a construir un gran palacio.

Arriba, derecha (según F. Kreusch): al norte del asentamiento se alza el muy restaurado edificio principal (A), una construcción maciza de piedra con un salón del trono en forma de ábside en su planta superior y espacio para vivienda debajo. Al sur está la capilla (B). El presbiterio original, cuadrado y pequeño, se reemplazó con un coro gótico amplio, pero el octógono voluminoso y la imponente fachada oeste están casi intactos *(abajo, derecha)*. Al norte y al sur del octógono había anexos parcialmente descubiertos en las excavaciones. El edificio principal y la capilla están comunicados por un corredor bien elaborado, de dos plantas, interrumpido por una puerta sobre la que, en la planta alta, se abría una sala. La segunda planta del corredor llevaba a la parte superior de la *Westwerk* de la capilla, donde estaba el trono de Carlomagno, enfrentado al altar. Fuera de la *Westwerk* había un patio (C) donde los súbditos podían apiñarse para ver a su rey. La ceremonia era semejante al ritual cortesano de Constantinopla y la arquitectura de Aquisgrán recuerda ciertos rasgos imperiales. El modelo de la capilla fue la iglesia bizantina de San Vitale, situada en Rávena y fechada en el siglo VI; del palacio de Teodorico en Rávena proceden las columnas de mármol usadas en el octógono. Sus capiteles, a pesar de su puro estilo corintio clásico, son de piedra de la zona. Para reforzar su posición, en 801 el nuevo emperador llevó desde Rávena una estatua ecuestre que, según se creía, era la de Teodorico el Grande y la instaló ante su palacio. El programa de edificación, ambicioso y caro, pretendía dar énfasis a un criterio político.

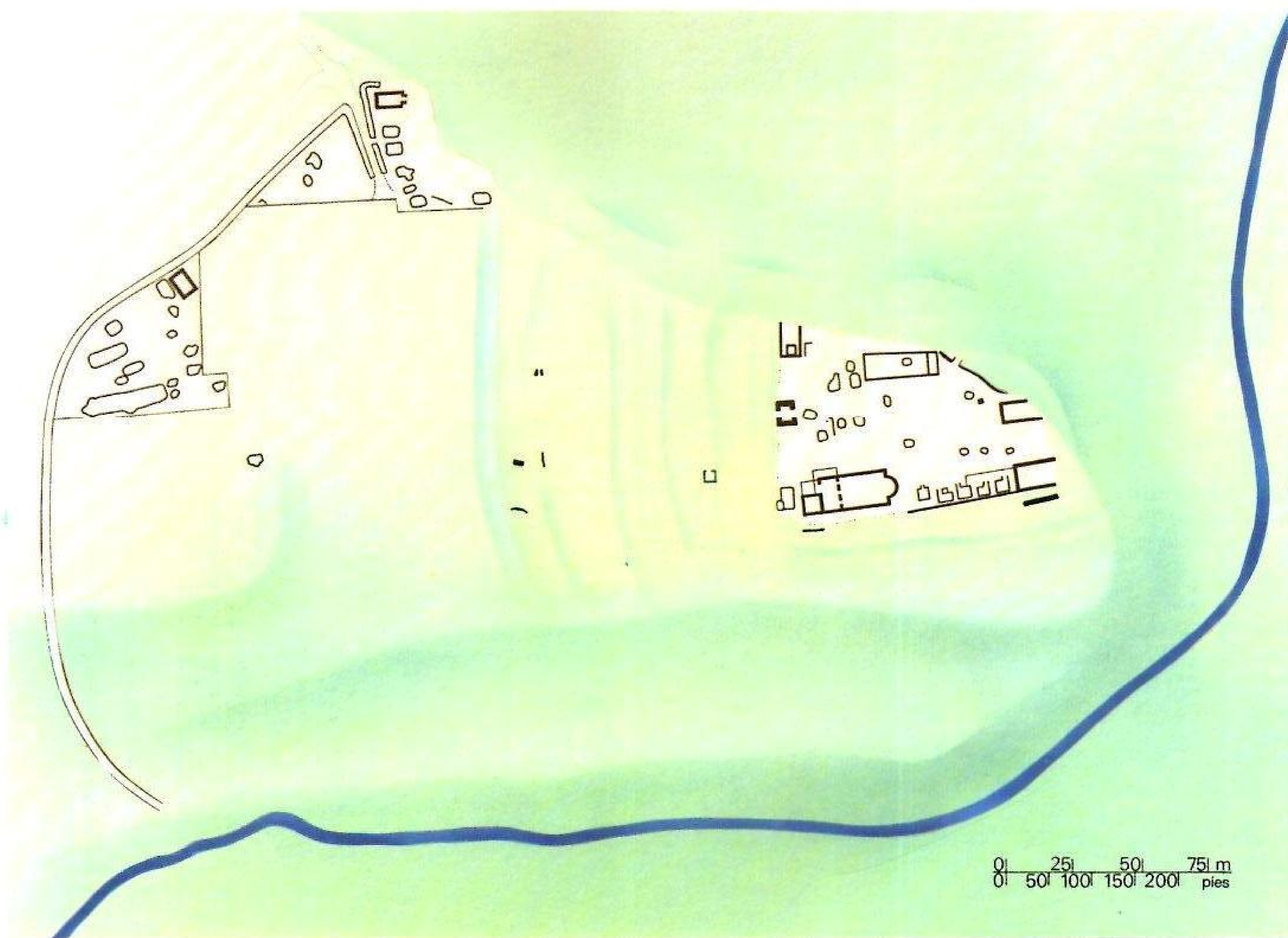




Arriba: Según dibujo de P. A. Rahtz. El gran palacio de piedra de Aquisgrán fue único fuera de Italia y los reyes de los siglos IX y X pasaron gran parte de sus vidas en edificios de madera. Las excavaciones que se hicieron en Cheddar, localidad de Somerset, desenterraron una de esas mansiones rurales, el *palatio regis* de los sucesores de Alfredo, reyes de Wessex y de Inglaterra. En el período inicial (siglo IX), no hubo más que un sencillo grupo de construcciones de madera, un edificio mayor, que tal vez haya tenido dos plantas, y tres estructuras pequeñas (una de las cuales quizá fuera una cámara privada) dentro de un pequeño cercado.

Abajo: El palacio real de Tilleda, en Alemania, era una de las heredades de los emperadores sajones de los siglos X y XI. Los trabajos de excavación demostraron que en la ciudadela, datada h. 1000, había una iglesia unida a una pequeña torre fortificada, tal vez las habitaciones privadas del rey (A). Al otro lado del patio se alzaba un gran edificio de madera (B) destinado a las ceremonias. Los otros edificios de la ciudadela pueden haber sido viviendas de los servidores reales. En la parte inferior de la muralla un largo pasaje de entrada (C) discurría delante de hileras de cabañas de suelo cavado. La ocupación era densa en las zonas investigadas.

Derecha: La «iglesia» de Santa María del Naranco, cerca de Oviedo, al norte de España, se construyó como edificio para ceremonias en el decenio de 840. La fotografía muestra el extremo oeste del edificio. Su planta inferior abovedada tenía una capilla, que dedicó en 848 Ramiro I, rey de Asturias; su planta superior es una sala de bóveda alta, que recibe luz a través de grandes aberturas y está decorada con relieves; ambas eran lo fundamental del edificio. Con la excepción de una parte de la capilla real originaria, los otros edificios del palacio han desaparecido.





Capítulo sexto: Los vikingos y la época posterior



En 789, cuando el reinado de Carlomagno aún tenía veinticinco años por delante y Offa el Grande, el más poderoso de los soberanos ingleses, había sido rey de Mercia durante treinta y dos, tres barcos procedentes de Noruega llegaron a Wessex y tocaron tierra en Portland, sobre la costa sur cercana a Dorchester, en Dorset. Un magistrado del rey Beorhtric de Wessex, al saber de ese arribo, cabalgó hasta allí con unos pocos hombres y dijo a los noruegos que acudieran a la presencia del rey, tal vez para que los interrogaran. El funcionario pensó que los recién llegados eran mercaderes, «porque no sabía qué eran y los hombres lo degollaron». El resto del relato está omitido en las dos fuentes principales de la historia de este período, la *Anglo-Saxon Chronicle* y en la narración del siglo X escrita por el noble Ethelweard, pero ambos textos coinciden en que este incidente fue «la primera aparición de los hombres del norte en Inglaterra».

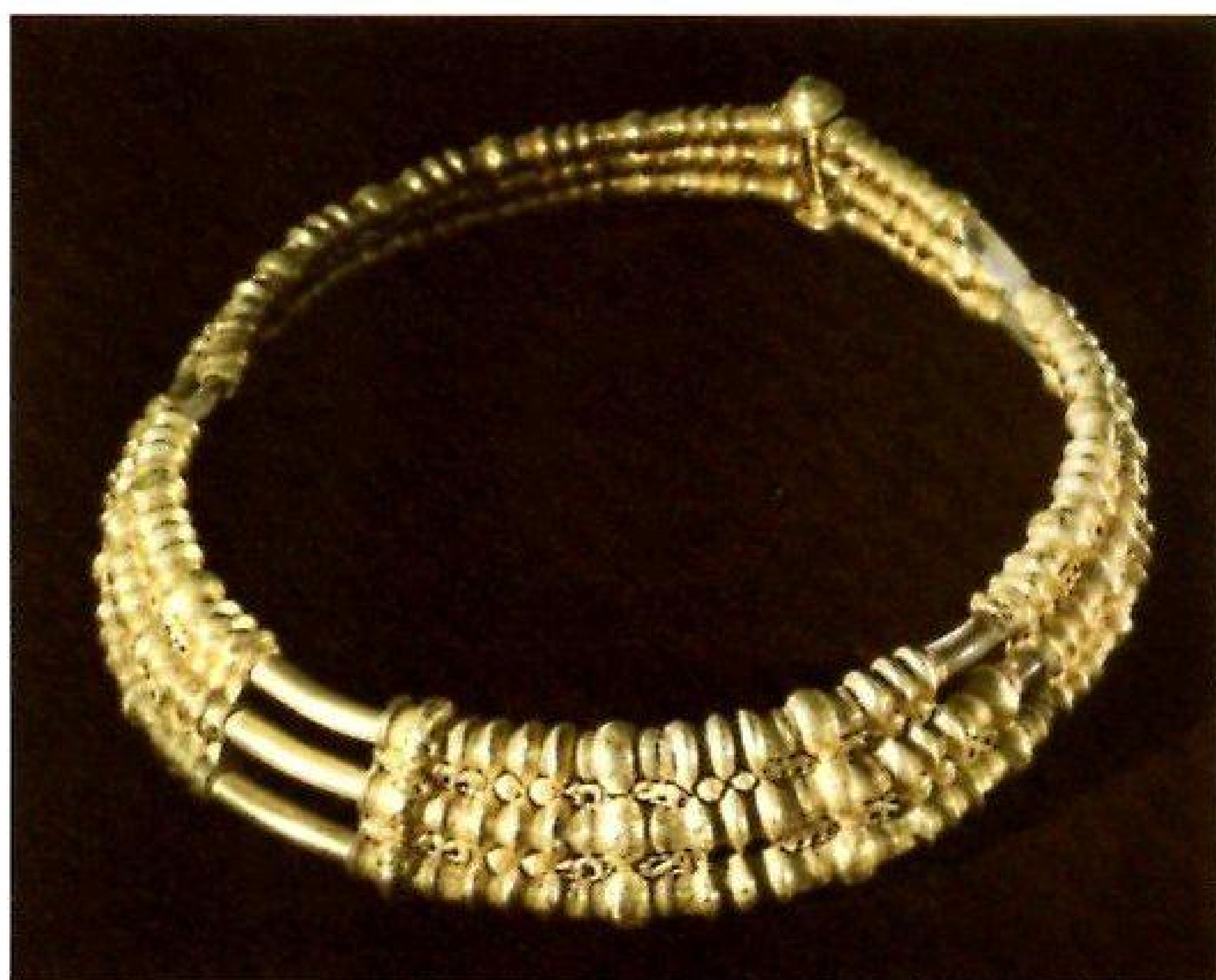
En el año 793, un grupo invasor, precedido –según se dijo– de un vendaval, rayos y dragones feroces en el cielo, desembarcó en la isla Sacra, sobre la costa de Northumbria, y «destruyó» el monasterio de Lindisfarne. Las noticias sobre la suerte de los monjes espantaron a su coterráneo Alcuino, que por entonces estaba a punto de partir hacia la corte de Carlomagno para hacerse cargo de la abadía de San Martín de Tours. Alcuino escribió: «Durante casi 350 años, nosotros y nuestros padres vivimos en esta hermosa tierra y nunca antes hubo en Britania la amenaza terrorífica que ahora sufrimos por la presencia de un pueblo pagano, ni se había pensado que tal ataque llegado del mar fuera posible». Después, continuaron las incursiones: en el año 794 se rechazó un ataque contra un monasterio nortumbrio, tal vez el de Jarrow, y al año siguiente se registraron desembarcos en el mar occidental, en Iona y en una isla cercana a la costa irlandesa. Hacia fines del decenio de 790, los invasores que llegaban por mar asolaban la costa de Aquitania. Los vikingos (nombre de origen oscuro pero de significado claro, «piratas») se habían arrojado sobre el mundo de las civilizadas naciones europeas.

Que las agresiones resultaran inesperadas, sólo se debió a la ignorancia. Los estudiosos y los clérigos de los reinos occidentales, ocupados en los estudios bíblicos o históricos de sus propias naciones, habían prestado poca atención a las actividades de los pueblos asentados en torno al Báltico y, si se toma como guía la vaguedad de las referencias incidentales (a guerras entre daneses y noruegos o a conflictos tribales en Suecia), pocos habían sido los contactos recientes entre las cortes del mundo cristiano y las tribus paganas del norte, cuya localización misma se desconocía. Sólo tras un siglo de agresiones vikingas, el rey Alfredo de Wessex pensó que merecía la pena registrar algunos detalles elementales de la geografía del Báltico, anotados durante una conversación con dos marinos que habían navegado por esa zona. Por tanto, para nosotros la historia escandinava anterior al siglo IX es parte de la prehistoria y es comprensible, si es que lo es, sólo por los resultados de la investigación arqueológica.

Página opuesta: Artesanía vikinga en madera. El poste principal «Académico» del enterramiento de barco de Oseberg, cerca de Oslo, originalmente quizá parte de una silla. Fines del siglo IX.

Escandinavia antes de los vikingos. Los pueblos germánicos, godos, vándalos, burgundos, lombardos y otros, cuyas tradiciones situaban sus tierras patrias en la «isla» de Escandia, hacia el siglo V dejaron atrás las costas del Báltico y empezaron a desarrollar reinos poderosos y unificados en Europa central y meridional. Las tribus que permanecieron en el norte, separadas por montañas y brazos de mar, continuaron dispersas durante siglos. Sus culturas materiales muestran contactos con los talleres germanos: los broches cruciformes de Angeln, norte de Germania e Inglaterra son comunes en Noruega y la renovación de los estilos de la cerámica escandinava –ornamentación con líneas curvas descendentes («festones») y estampaciones– tiene, al parecer, un origen meridional semejante. Los calderos de bronce distintivos, de perfil angular con salientes triangulares en los bordes, atribuidos a las factorías francas de Renania, se exportaban a Suiza, Inglaterra y Noruega. Los objetos de cristal del norte de Galia o de Renania seguían llegando hasta el norte, como en los tiempos de los romanos. Muchas de esas piezas se desenterraron en Noruega.

El norte prosperaba a todas luces en el siglo V, en los años en que, en medio de fuertes presiones, se derrumbaba el Imperio romano de Occidente. Desde mediados del siglo, una corriente de monedas de la época romana tardía y de Bizancio llegaban a las islas bálticas, Gotland, Öland y Bornholm. El mayor número de monedas orientales data del decenio de 460; hacia fines del siglo, son comunes los ejemplares occidentales. La fuente habrán sido los enormes rescates pagados a los reyes bárbaros –como los 432.000 *solidi* de oro que Teodosio II pagó a Atila en el año 443– y el esquema variable corresponde a los movimientos de los ostrogodos, desde 454 hasta 487 al servicio de Constantinopla y después, en tiempos de Teodorico el Grande, amos de Italia. Las rutas comerciales importantes, desde Panonia, en Europa central (durante largo tiempo la patria de los ostrogodos), hasta el Báltico, a través del Oder y del Vístula, son las vías probables por las que fluyó el oro imperial. El motivo por el que llegó hasta Escandinavia no está muy claro. Una parte habrá servido, en el siglo VI, para



Collar de oro; ornamentación hecha con un hilo de oro trabajado (filigrana), que forma animales agazapados y vistos de espaldas; procedente de Alleberg, Västergötland. Pieza de una serie de grandes collares hallados en Suecia central y meridional.

pagar a los mercenarios o como subsidio entregado a principillos; pero el comercio, tal vez de pieles, es el agente más probable, porque las monedas se encuentran casi exclusivamente en las islas Bálticas. En especial Öland parece haber sido un centro de distribución o el mercado de los abastecedores y compradores de mercancías y las monedas pueden haber circulado en estas islas como tales.

Si esas islas se enriquecieron, no se pondrá en duda dónde vivían los beneficiarios de esos intercambios. En la zona vecina de la península escandinava casi no se encuentran monedas de esa época: allí la riqueza se medía en objetos manufacturados quizá con el oro de las monedas, brazaletes, gargantillas y collares, amuletos y colgantes y simples barras de oro sólido. Estos bienes están distribuidos por el sur de Suecia y Noruega, pero un importante centro de poder parece haber sido el de Uppland, sobre la llanura costera que se extiende al norte de la actual Estocolmo, un territorio dominado por la tribu de los suiones o svear, quienes dieron al país su nombre moderno. En la parte antigua de Uppsala, en un vasto cementerio de túmulos pequeños y cremaciones sin señales, se alzan cuatro montículos importantes, de cerca de 12 m de altura; son los enterramientos de reyes de la zona central de Suecia que vivieron a lo largo de los siglos V y VI. Las excavaciones hechas allí no han dado mucho: en comparación con los enterramientos ricamente adornados de la época vikinga tardía, los enseres funerarios eran sencillos y poco informativos. Al parecer, la simplicidad era la costumbre generalizada, porque la cremación era la práctica funeraria habitual y, aunque algunas cenizas estaban depositadas en calderos de bronce muy costosos, otras, en cambio, estaban en agujeros poco profundos. Es posible que los bienes funerarios de mayor valor se hayan perdido: las tumbas del período migratorio de la localidad de Valsgärde, cerca de Uppsala, fueron robadas en la antigüedad. Tanto en este lugar como en otros y tanto en Suecia como en Noruega, el motivo puede haber sido sólo la búsqueda de tesoros, pero también pudo haber una causa más sórdida: el profesor A. W. Brøgger, antiguo director del Museo de Barcos vikingos de Oslo, ha demostrado que los que profanaron el enterramiento de barco de Oseberg, lleno de enseres de gran riqueza, sólo pretendían robar el cuerpo de la reina y destruir su féretro. La finalidad, que ya aparece en la mitología, era hacer inhabitable la tumba y atacar a los difuntos poderosos, cuya influencia era tan grande en la muerte como en la vida.

A causa de las prácticas funerarias y de los pillajes, los hallazgos de oro y plata provienen casi por completo de tesoros, que por estar enterrados y no haber sido recuperados demuestran que, sin duda, había inestabilidad y peligros. Los tesoros de lingotes se pueden fechar sólo en términos muy vagos a los siglos V, VI o VII. Una exactitud mayor en la datación se consigue en los casos de las monedas encontradas en las islas. En Öland, en casi todos los casos, los tipos de monedas son anteriores a 491; la mayor parte de los tesoros contienen piezas acuñadas con la imagen de León I, sólo unas pocas continúan hasta los tiempos de Anastasio. En Bornholm, en cambio, las hay un poco posteriores y llegan hasta la época de Anastasio. La isla de Gotland tiene algún enterramiento aún más tardío, con grupos que proceden de la primera mitad del siglo VI e incluyen monedas de Justiniano. Por lo común, los tesoros contienen entre 20 y 30 *solidi* de oro (lo bastante, tal vez, como para comprar el trigo necesario para un año y los pares de bueyes que usarían para arar dos o tres fincas de labranza) y en cada caso el motivo de que se ocultaran las monedas parece haber sido la intención de salvar los ahorros familiares durante un ataque pirata.

La confirmación de esta inestabilidad proviene del estudio de los centros poblados. Gran número de casas en ruinas, edificios de paredes de piedra bajas, aún son visibles como ruinas de superficie en las islas; en Öland se estima que son unas 900 y en Gotland llegan hasta 1.400. Hasta hoy se han excavado menos de 1 de cada 30, pero todas corresponden al período migratorio y la mayoría muestran signos de destrucción y abandono que se fecha, aproximadamente, en la época en que se enterraban los tesoros. Además, las investigaciones hechas en Bornholm permitieron ver que dos atalayas estuvieron ocupadas (y tal vez fueron construidas) durante los desórdenes. La situación de Gotland todavía está poco clara, pero en Öland

algunos de los fuertes circulares de piedra son del período migratorio y muchos habrán servido como refugios temporales cuando los invasores saqueaban las aldeas de la costa, carentes de defensas. Esos desórdenes también se extendieron a tierra firme, como lo señala el amplio cinturón de esas fortalezas –a las que se considera una innovación del período migratorio– que se extiende por el centro de Suecia y el sur de Noruega.

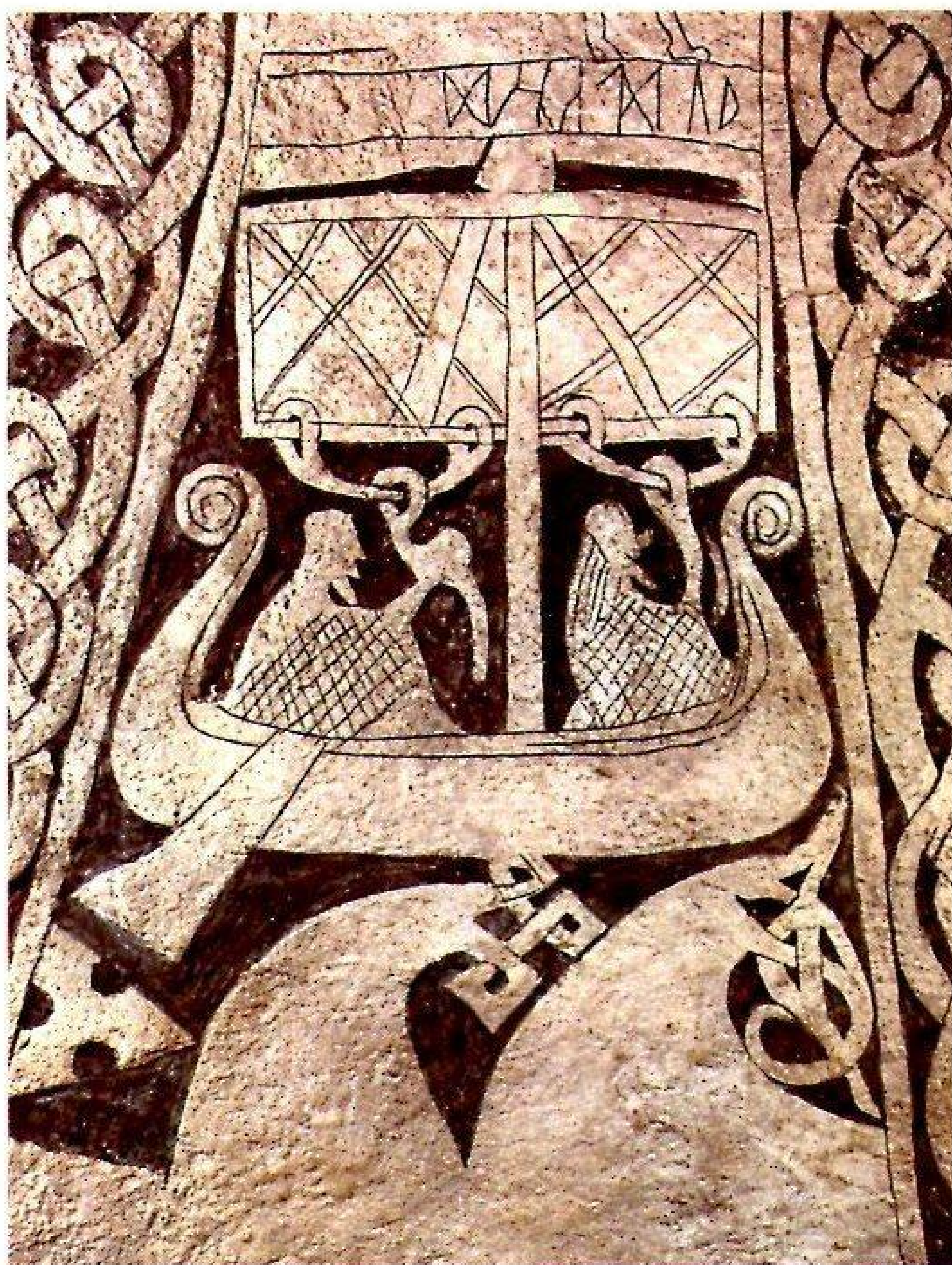
La estructura mejor estudiada de todas éstas, la fortaleza de Eketorp, en Öland, al parecer estuvo ocupada con continuidad desde aproximadamente el año 450 hasta principios del siglo VIII; hubo una reocupación en la etapa final de la era vikinga, pero pocos pobladores habrán podido vivir en esos grupos defensivos: el esquema típico de ocupación es el de conjuntos de entre tres y cinco edificios rodeados de tierras valladas que se destinaban a la labranza y a apacentar el ganado, rodeadas a la vez por más amplias extensiones de pastos. El poblado más amplio que se excavó, el caserío de Vallhagar de Gotland, se componía en total de 24 casas de tres alas, con los techos asentados por dentro en dos hileras de postes y en las paredes de piedra, bajas y gruesas. Cuatro de esas construcciones mostraban restos claros de la presencia de ganado en un extremo y la aldea estaba dividida en seis unidades separadas (casa, granero, almacén) que, según el excavador Mårten Stenberger, pudieron pertenecer a un grupo familiar amplio dirigido por un patriarca, dentro de un sistema semejante al que hubo en Gotland durante la Edad Media. El villorrio se fundó en el siglo II d. C. y alcanzó su máxima extensión en el siglo VI, poco antes de ser abandonado, en la época en que se enterraron tesoros en Gotland.

En otros puntos son más corrientes las fincas aisladas o haciendas, como las de Vallhagar, edificios del tipo «casa y establo», con una o dos construcciones auxiliares, dentro de vallas que cercan superficies que van de 1 a 10 Ha. Sólo en dos lugares, ambos de Noruega, se encontraron estructuras de distinta planta: en Rogaland, al suroeste, y en Nordland, junto al Círculo polar ártico. En ambas regiones hay poblados compuestos de grupos de casas dispuestas en forma radial en torno a un espacio abierto, con sus hastiales de madera mirando al centro y el resto de las paredes de piedra. Los techos se apoyaban, como siempre, en dos hileras de postes, pero no eran casas establo y tampoco parece que hayan ocupado extensiones de tierras adyacentes. Por su estructura recuerdan la disposición interna de los edificios de una ciudadela de tipo anular como la de Eketorp y, tal vez, se hayan pensado para ser refugios defensivos, al menos parcialmente, quizá fechables en el período migratorio; sus habitantes no parecen haber tenido mucha conexión con la agricultura y es tentador pensar que eran mercaderes, que podían mercar pieles y marfil de morsa y se moverían en grupos, por razones de seguridad, entre las zonas de caza árticas y la región de su actividad comercial, en torno al fiordo Stavanger.



Yelmo de la tumba I de la localidad sueca de Vendel. La técnica de su manufactura y decoración recuerda a las del yelmo del enterramiento de Sutton Hoo, Suffolk. Siglo VII.

Los tesoros de monedas indican que la etapa de fines del V y del siglo VI fue insegura, pero la diferencia en la datación de esos enterramientos demuestra que no estamos sólo ante un horizonte de destrucción como el que podría derivarse de una única ola invasora, sino con una serie de perturbaciones, en Öland en los decenios de 480 y 490, en Bornholm poco después de 500 y en distintos puntos de Gotland durante la primera mitad del siglo VI. En los años siguientes, los países bálticos se apartaron aún más de Europa. Las causas del cambio no están definidas. Los sucesores de Teodorico en Italia tal vez no lograron mantener las relaciones con el norte y las escasas conexiones supervivientes quizá desaparecieron cuando los lombardos ocuparon el norte italiano. Para entonces, los escandinavos que se unieron a la colonización de Inglaterra habrían establecido ya su poder en las nuevas tierras y, con la posible excepción de los de Anglia oriental, se estaban convir-



Piedra pintada procedente de Lillbjars, Gotland; muestra al difunto envuelto en su sudario mientras hace el último viaje en una barca. Siglo VIII.

tiendo en los anglosajones insulares. La piratería que revelan los enterramientos de tesoros quizá se derivara de un aumento del comercio; pudo ser un síntoma del colapso general de la autoridad de una aristocracia establecida o, por supuesto, una respuesta de mercenarios ya pagados cuyos servicios no se requerían en sus tierras de origen. En cualquier caso, unos contactos a tal distancia serían difíciles de mantener. Fueran cuales fuesen los motivos, desde el siglo VI el idioma de los escandinavos se diferenció con rapidez de la lengua germánica de los germanos meridionales. Dentro de la propia Escandinavia, hasta los siglos XI o XII se reconocía un idioma común, *vox danica*, el danés que, a pesar de las variantes regionales, era comprensible en toda la región y casi incomprensible para los germanos del continente. Los estilos artísticos, con motivo y técnicas en un principio tomados en préstamo de una tradición compartida de metalurgia, empezaron a desarrollarse según unas líneas puramente escandinavas, que sustituyeron la ornamentación geométrica y de estilizaciones zoomorfas por diseños sinuosos y entrelazados.

A lo largo de esta etapa en que las diversas comarcas escandinavas generaban sus propias culturas independientes, los señores svear de Uppland conservaban sus riquezas. La importancia de estos caudillos se revela en dos ricos cementerios que están a pocos kilómetros al norte de Uppsala, el de Vendel (que ha dado su nombre a la cultura previkinga de Suecia) y el de Valsgärde. Ambos se usaron desde el siglo VII hasta el X o el XI y fueron, al parecer, el lugar de enterramiento de dos familias de estos señores. Las tumbas contienen espadas, y sus fundas, de ornamentación espléndida, y yelmos, junto a objetos de cristal de importación y huesos de animales sacrificados. Más significativo que esto es que, en 26 de esas tumbas, el cuerpo del guerrero se había depositado sobre la popa de un barco de tamaño medio (unos 9 m de longitud), con los bienes funerarios dispuestos en la parte central de la nave. El enterramiento de barco se conoce por unos pocos ejemplos de cremación y de inhumación noruegos fechados en el siglo VI. Pero como uso habitual, estos enterramientos del período Vendl son una novedad y su evidente relación con el mundo de la marinería puede explicar la prosperidad continuada de la nobleza de Uppland a pesar de los desórdenes que había en el Báltico: es posible que esos mismos nobles fuesen los causantes de los disturbios.

La influencia sueca se expandió más allá de Escandinavia en el período Vendel, porque la espada y el escudo, enterrados hacia 625 o algo después, en la gran nave de Sutton Hoo, en Anglia oriental, tal vez sean de manufactura sueca y el yelmo de este enterramiento es muy semejante a uno de Vendel. Con toda probabilidad, la conexión puede ser dinástica, un matrimonio o la herencia de un trono inglés; asimismo, el interés anglosajón en la zona, que no es posterior al siglo VIII, está probado por la localización en Suecia del antiguo poema épico inglés *Beowulf*. Sin embargo, el héroe del poema no es svear sino geato, es decir, nativo de una tribu sueca de las de Gotland y las genealogía reales de Anglia oriental contienen nombres semejantes a los de la familia real de los geatos. El estilo Vendel de las piezas de metal de Sutton Hoo no establece necesariamente un nexo con Uppland, porque es muy poco lo que se sabe de los enterramientos de Suecia meridional y el estilo Vendel se expandió más allá del territorio político de los svear.

Las naves vikingas. Los caudillos de Uppland no eran los únicos escandinavos interesados en la navegación. En el siglo IX, Ermoldus Nigellus consideraba que los daneses «vivían en el mar» y la relación de este pueblo con la mar, aun después de la muerte, se comprobó en las excavaciones del gran cementerio de Lindholm Høje, junto a Aalborg, al norte de Jutlandia, donde las tumbas de los siglos



Barco de Oseberg, reconstruido en Oslo. La nave de Gokstad es de construcción similar, aunque menos ornamentada.

V y VI son simples fosas de cremación, algunas señaladas con piedras clavadas en tierra. Hacia el siglo VIII, los conjuntos de piedras ovales que cercan espacios de cremación se reemplazaron con un tipo de tumba que también se encontró en Suecia meridional: montones de pedruscos con forma de barco, con piedras más altas en cada extremo, que representan la proa y la popa de la nave. Estas embarcaciones simbólicas dan testimonio de la relación creciente de los escandinavos con la navegación. Nuestro conocimiento de los barcos mismos se basa en parte en los relieves en piedra del período vikingo (la mayoría procedentes de Suecia meridional), que muestran detalles de las jarcias y las velas, y en parte en el descubrimiento de restos de barcos en túmulos funerarios y puertos.

Las mejoras técnicas son evidentes: el barco más antiguo de los del período migratorio de los siglos IV y V procede del pantano de Nydam, cerca de Schleswig. Está hecho con bloques vitrificados, cada uno de los cuales tiene la longitud total de la nave y se superpone al de abajo y cuyos bordes están fijados con remaches de hierro. A pesar de su tamaño (una longitud de casi 24 m), la nave no tiene quilla, sino una ancha tabla de fondo, y no tiene base para un mástil. Sin quilla, el avance de ese barco sin un viento sostenido se vería obstaculizado por los movimientos laterales de las corrientes o del aire –la nave daría bandazos– y, por tanto, se ha dicho con razón que el barco de Nydam era una nave de remos. El mismo inconveniente se advierte en el barco de Sutton Hoo, una embarcación aún mayor (más de 26 m de longitud) fechada hacia 600 d. C. La construcción había mejorado –las planchas estaban hechas de tablas unidas y las líneas de la nave eran más suaves– pero seguía impulsada por los brazos de 38 remeros. Un barco de este tipo podía surcar el mar, porque botes de remo más pequeños habían cruzado el Atlántico aprovechándose de las corrientes, pero era más adecuado para viajes a lo largo de las costas.



Parte de las excavaciones del gran centro de mercaderes de Dorestad; en la foto, los restos de postes conservados en la arena húmeda.

En las naves de la época vikinga vemos diseños muy distintos. Las embarcaciones del siglo IX descubiertas en los túmulos funerarios de Gokstad y de Oseberg eran naves de vela muy perfeccionadas, con quillas completas y bases robustas para los mástiles; además, la fijación de las planchas inferiores a las tracas estaba hecha con cuerdas, de modo que con mar gruesa los barcos eran flexibles. La capacidad de estos barcos para navegar por el océano se puso a prueba: en 1893 una réplica de la nave de Gokstad zarpó de Bergen y llegó a Terranova en menos de un mes. El capitán informó que, gracias a la elasticidad del casco y su buena línea, con todo el velamen desplegado, llegó a una velocidad de más de 11 nudos.

Este desarrollo de barcos veloces capaces de surcar los océanos bien puede verse como un factor que favoreció los ataques vikingos contra Europa desde fines del siglo VIII. Sin embargo, existe cierta inexactitud, no siempre evitada, en la suposición de que estas mejoras desencadenaron, de alguna manera, las incursiones piratas. En este aspecto, es de gran valor una nave procedente de un pantano de Kvalsund, en Noruega; la embarcación tenía unos 18 m, es decir, algo menos que las de Oseberg y Gokstad y, como los ejemplares de Nydam y Sutton Hoo, se propulsaba con remos, pero su fondo muestra una quilla rudimentaria. Pero con esta nave no se encontraron objetos fechables y su datación en el siglo VII se basa en su localización tipológica a mitad de camino entre los barcos de Nydam y de Gokstad.

Sin duda es arriesgado suponer que las naves descubiertas hasta hoy están todas dentro de un único esquema evolutivo y que ese esquema mismo se puede datar (en parte por su propia tipología) con la precisión necesaria para demostrar en qué momento inventaron los vikingos un barco capaz de hacer viajes oceánicos. Si nos limitamos a los barcos de remo que navegaban cerca de las costas y a las naves adecuadas para los ritos funerarios, podríamos estar ignorando la existencia de embarcaciones menos llamativas, porque es notable que entre las naves de Nydam y de Gokstad esté ausente el velero mercante, que en todas las épocas tiene que haber sido el tipo más habitual. Aún no se ha podido establecer una cronología de estos buques mercantes, ya que hasta el presente sólo se descubrieron dos ejemplares, integrantes de un grupo de cinco naves de fines del siglo X o principios del XI, que se llenaron de bloques de piedra y se hundieron para bloquear el canal del fiordo de Roskilde, en la isla danesa de Sjaelland. Los hallazgos hechos en este lugar incluyen varios tipos de naves únicos. Una de las embarcaciones era un barco vikingo grande, un verdadero barco de guerra oceánico, modelo desarrollado en el siglo X. Aunque escasos, los restos de esta nave fueron suficientes para mostrar que era más largo y más estrecho que los ejemplares de Oseberg y de Gokstad. Los dos ejemplares mejor conservados eran un navío robusto de unos 16,5 m de largo por 4,5 de ancho (un buque mercante pesado) y otro menos fuerte de 13,5 m de largo y sólo 3,30 de manga, con más o menos un tercio de la capacidad de carga del mercante. Ambos podían propulsarse con unos pocos remos, tal vez en los puertos y ríos estrechos, pero eran sobre todo veleros. La embarcación más ligera quizá se destinara a la navegación por el Báltico y por los ríos. La nave mercante es el único ejemplar que tenemos del famoso tipo llamado *Knarr* y ha de ser un descendiente de las naves de gran calado con las que los escandinavos de los siglos IX y X cruzaron el Atlántico hasta las islas Faeroes, Islandia, Groenlandia y América y que, presumiblemente, se parecían al *Kogg* usado durante siglos por los mercaderes frisios, un tipo de embarcación de la que no se conoce mucho más que el nombre.

El papel que estas embarcaciones pesadas tuvieron en la expansión vikinga quizá se haya subestimado. Los escandinavos mismos tenían, de la capacidad marinera de sus barcos de guerra, una visión menos optimista que la que hoy autorizan los éxitos de los experimentos modernos. Según las palabras atribuidas al conde Haakon en la *Faereyinga Saga*, «los mares que rodean a las Faeroes son peligrosos, con fuertes oleajes, y los barcos largos no pueden abordar esas tierras». Es muy probable que los primeros corsarios vikingos llegaran en drakkars (la típica nave vikinga con proa en forma de dragón) muchos menos perfeccionados que esas embarcaciones de guerra, diseñadas por los constructores del período vikingo tardío. Después de todo, el magistrado Beauduheard no podría haber confundido a los noruegos de Portland con mercaderes, si los hubiese visto arribar en drakkars. A menudo se ha obser-



Comarca estéril y áspera, donde son más fáciles las comunicaciones por mar. Vista del fiordo noruego de Sogn.

vado que los vikingos siguieron rutas comerciales establecidas: es difícil que un pirata haga otra cosa. Pero la diferencia entre un vikingo y un mercader pudo haber sido pequeña –los piratas seguirían su voluntad y los mercaderes, su gusto– y muchos viajes habrán empezado con la obtención del botín en el extranjero y habrán terminado en la tierra propia, con una distribución pacífica y provechosa.

Ciudades y comercio. La expansión vikinga se produjo después de un cambio fundamental en la base de la economía regional del noroeste de Europa y las incursiones han de verse con el trasfondo de la restauración comercial y de las ciudades recién fundadas. A lo largo de los siglos VI y VII, la decadencia urbana que se produjo en los reinos posteriores al Imperio despobló las ciudades romanas noroccidentales. En Colonia, que en tiempos fue un centro administrativo de la zona del Bajo Rin, con una superficie amurallada de cerca de 100 Ha, el palacio real merovingio estaba rodeado por un pequeño poblado y tierras de pasto. En Bonn y en Xanten, los caseríos ignoraron los asentamientos romanos y se agruparon en torno a centros religiosos que se alzaban en cementerios romanos de extramuros. Sólo en España, Italia y sur de Francia se pueden reconocer la continuidad en la ocupación de los lugares, las defensas y la vida urbana. En todas partes, los puntos más importantes de las zonas rurales pasaron a ser las heredades y fincas del rey y de sus nobles. Muchas de ellas estaban alejadas de los antiguos centros romanos, como St. Denis, en las afueras de París, o los poblados campestres de Ingelheim, en Alemania, o Yeavering y Rendlesham, en Inglaterra. Otras se construyeron, como el palacio de Colonia, dentro de las murallas de antiguas ciudades cuya población había desaparecido. Tal como las nuevas sedes

episcopales y los monasterios recién establecidos, esas mansiones se convirtieron en focos de crecimiento urbano. Las excavaciones en la ciudad de Winchester, en Hampshire, dan testimonio de que los reyes de Wessex volvieron a ocupar esta capital regional, muy importante en otros tiempos, y que la ciudad medieval creció en torno al palacio real y a las catedrales. En Trier, a orillas del Rin, el centro de la nueva ciudad, que crecía dentro de la antigua urbe romana de 180 Ha de superficie, era la *Immunitas*, el espacio consagrado de la catedral; las mansiones francas se establecieron a cierta distancia, en el borde de la zona romana edificada y estaban unidas por una red de caminos que ignoraron el trazado ortogonal de las calles romanas. En Bonn y en Xanten, los espacios sacros de las catedrales se convirtieron en pequeños centros urbanos.

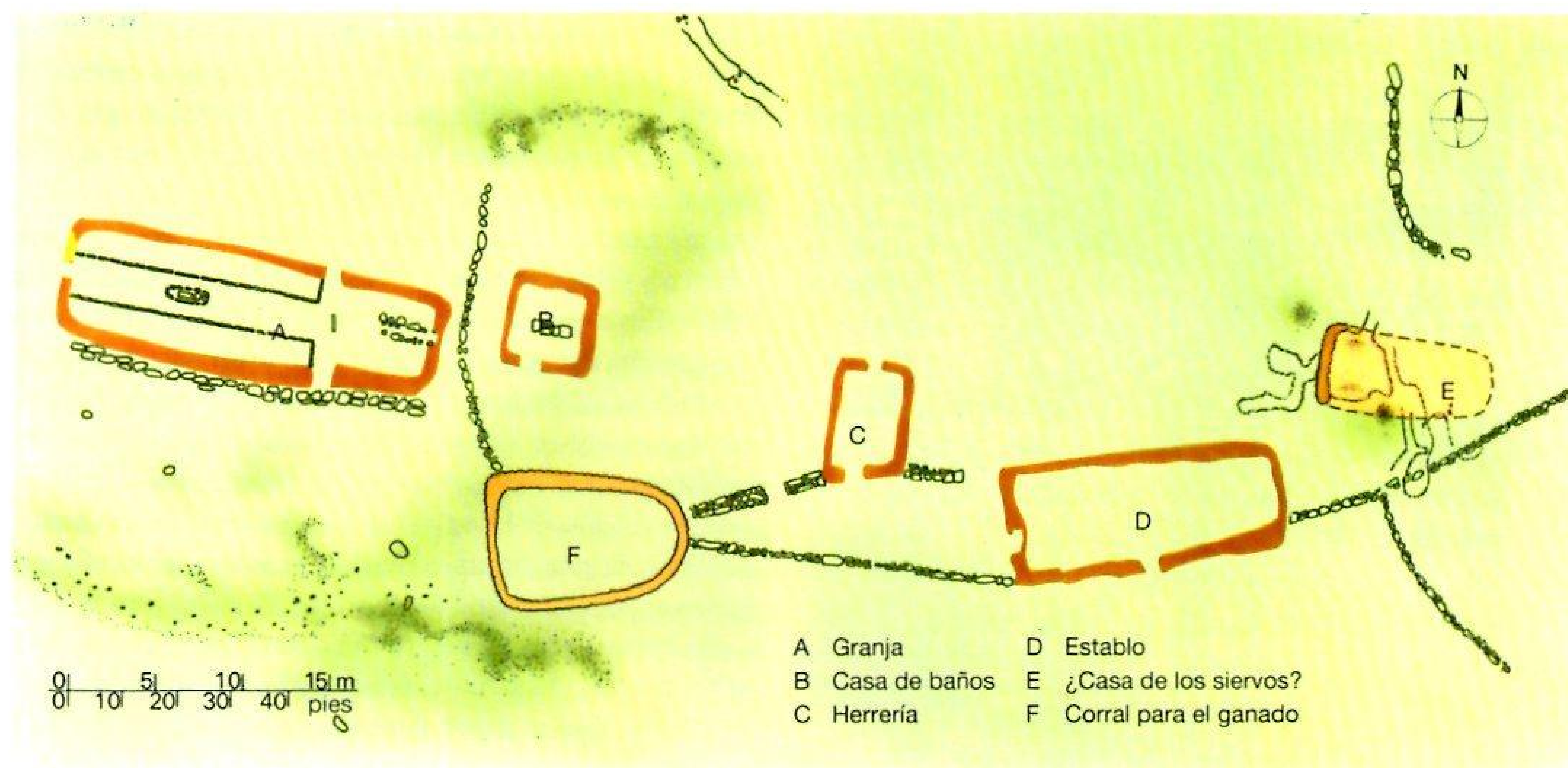
El origen de ese crecimiento fue el comercio, atraído por la riqueza y la seguridad de las mansiones y los monasterios. En Bonn una calle de casas de un único ámbito subía hacia la catedral; en Colonia y en Maguncia, en la parte baja de las correspondientes ciudades antiguas surgieron barrios de mercaderes a orillas del Rin; en Winchester se formó un mercado callejero, dentro de las murallas antiguas, junto a un extremo de los espacios asignados a la catedral y al palacio, todo un barrio que a fines del período sajón se volvería a trazar como una ciudad de estructura regular. Los grandes mercados abiertos al aire libre servían para reunir a los comerciantes. En 634, Dagoberto I otorgó al monasterio de St. Denis una licencia para que celebrara una reunión anual de esa clase; los mercaderes sajones y frisios se unieron prontamente a los francos para vender y comprar en ese mercado de las afueras parisienses. En Kent, la importación de piezas de metal francas precedió a la introducción del dinero franco (siglo VII) y de las versiones anglosajonas de las monedas; cuando se excavaron los antiguos fuertes romanos de Reculver y Richborough, donde se encontraron monedas acuñadas en esa época, también se descubrió lo que pudo ser un mercado abierto semejante al de St. Denis. Sin embargo, en Southampton, de Hampshire, las excavaciones recientes desenterraron parte de una ciudad comercial, tal vez el puerto de la real Winchester; la superficie total ocupada de este asentamiento, Hamwih, se calcula en unas 30 Ha, y los resultados sugieren que la ciudad se construyó hacia fines del siglo VII y según un trazado ortogonal. Se trataba del *mercimonium* de Hamwih, la «plaza del mercado», en la que en 720, Wilibaldo, familiar y biógrafo de san Bonifacio y más tarde obispo de Eichstätt, inició el viaje hacia el *mercimonium* de Rouen, sobre el Sena. En el mismo decenio, Beda describía a Londres como un «emporio de muchas personas que llegan por tierra y por mar»; en 716 y desde Londres, san Bonifacio zarpó hacia la más importante de las ciudades comerciales del continente, Dorestad, cerca de la desembocadura del Rin, en la actualidad la pequeña localidad holandesa de Wijk bij Duurstede.

Página opuesta: Dibujo (según J. R. C. Hamilton) del poblado de Jarlshof, siglo IX. La fotografía *(abajo, primer plano)* muestra la aldea de la Edad del Hierro y la torre erosionada por el mar y parcialmente cubierta por una casa medieval; *(derecha)* cimientos de casas de la Edad del Bronce; *(tierra adentro)* edificios de la época vikinga.

Las investigaciones del Servicio Arqueológico Estatal Holandés en Dorestad, que quizá sean hoy las excavaciones más extensas que se hayan hecho jamás en un solo paraje, se han desarrollado antes que la reurbanización del lugar desde 1967. Los informes preliminares sobre el trabajo (que hacia 1969 habían desenterrado una superficie de casi 20 Ha) registraron casas rectangulares y de paredes redondeadas de madera, algunas de ellas quizá haciendas rústicas, algunos posibles depósitos, astilleros y grandes cantidades de cerámica importada, buena parte de ella desde Renania, y casi toda de los siglos VIII y principios del IX.

Desde Dorestad, los mercaderes frisios se abrían camino por el Báltico, donde los centros de mercancías aumentaban de importancia. En lo que fuera la isla de Helgö, en el lago Mälar, ese gran brazo de mar que bordea la moderna Estocolmo y llega hasta Uppsala y al corazón de Svealand, las excavaciones han descubierto un poblado que constaba de una serie de casas rectangulares construidas a lo largo de la costa y sobre terrazas cavadas en la ladera montañosa. Este caserío, fundado en el siglo V, se expandió con rapidez en el siglo VII y a principios del VIII. El yacimiento era rico en materiales como cerámica, cristal y metales, en piezas importadas de Germania y del sur del Báltico; los fragmentos de moldes, escorias y material de desecho muestran el desarrollo industrial junto al mercado, en pequeños cobertizos adosados a algunas de las casas.

La expansión escandinava. A pesar de la falta de testimonios, parece seguro que en el siglo VIII Escandinavia era próspera, con un centro importante en Helgö, que abastecía a los ricos caudillos svear y, sin duda, con otros poblados semejantes en comarcas aún no identificadas. Hay algunos signos de una colonización interna del campo: en Dinamarca, sobre todo, se hicieron intentos para distinguir los poblados cuyos nombres originalmente terminaban en *-ing*, *-heimr* o en *-leif*, de las colonizaciones posteriores con topónimos cuyos sufijos son *-by* o *-thorp*, como Aaby, Kjaerby, Volstrup o Ajstrup. Se puede sospechar que hubiera una expansión hacia regiones más marginales, con la consiguiente sobrepoblación, pero aún no se ha podido demostrar. También es difícil de demostrar la teo-


N
A
B
C
D
E
F
0 5 10 15 m
0 10 20 30 40 pies
A Granja
B Casa de baños
C Herrería
D Establo
E ¿Casa de los siervos?
F Corral para el ganado





Empuñadura de una espada procedente de Dybeck, Skane; tiene una rica decoración de plata dorada y oro en estilo vikingo tardío. Quizá del sur de Suecia, con influencia de diseños ingleses. Fines del siglo x.

ría de que los emigrantes escandinavos tardíos partieron de sus tierras a causa de problemas políticos, consecuencia del poder creciente de los reyes y la nobleza. Los historiadores, dando por cierta la afirmación de que gran número de guerreros tomó parte en las invasiones vikingas de Europa, consideraron tiempo atrás que eran equivocadas las explicaciones de aumento demográfico y problemas políticos, pero el muy discutido trabajo del inglés Peter Sawyer aclaró algunos puntos. Este historiador señaló que nuestras fuentes, deseosas de agrandar la amenaza vikinga, exageraron la magnitud de las flotas piratas y apuntó que el vocablo *here*, normalmente usado para nombrar las fuerzas vikingas en Inglaterra, y habitualmente traducido como «ejército» o «huestes», da una idea errónea de número porque, según las leyes del rey Ine de Wessex (comienzos del siglo VIII), cualquier fuerza de más de 35 hombres (los que tripulaban una sola nave) se ha de denominar *here*. Por tanto, *micel here* no se debe entender como «el Gran Ejército» de miles de soldados, sino como una fuerza algo mayor que la corriente, es decir, unos pocos cientos de hombres. El efecto de una banda guerrera de esa clase podría ser importante: el «ejército» vikingo que en 866 saqueó el norte de Francia y derrotó a las «huestes» francas, comandadas por un marqués y tres condes, sólo contaba con 400 hombres. No todos están de acuerdo con Sawyer en los detalles, en especial cuando afirma que la emigración escandinava hacia las islas británicas fue muy limitada pero, incluso en sus cálculos más conservadores, los movimientos vikingos parecen menos extraordinarios. Según nos dice, hay que considerarlos simplemente como «una extensión de la actividad normal de la Edad Oscura, posibilitada por circunstancias especiales que también la hicieron provechosa».

Ya hemos visto el origen del provecho: el crecimiento sostenido del comercio a través del Mar del Norte y del Báltico tiene que haber aumentado las ocasiones para la piratería. Sin embargo, las circunstancias que hicieron posible la piratería son menos precisas. Es probable que, a fines del siglo VIII, las naves vikingas hayan estado mejor preparadas que antes para largos viajes, pero tampoco hay pruebas indiscutibles de esto, como hemos visto. Una causa más realista e inmediata de la expansión vikinga es la conquista carolingia de Frisia y Sajonia, porque hacia el año 800 los vecinos de Dinamarca habían perdido su poder marítimo y los francos no se preocuparon por suplantarlos. Cuando los piratas daneses del decenio de 830 navegaban hacia el sur y hacia el oeste, se movían sin encontrar oposición y atacaban a los reinos que ya tenían poca estabilidad y cuyas rivalidades internas eran una invitación para sus correrías. No fueron ellos los primeros en navegar hacia occidente, aunque la mayoría nunca lo supo. Una generación atrás, o tal vez antes, los noruegos necesitados de tierras, habían empezado a colonizar las islas septentrionales.

Los poblados noruegos. Después de las primeras incursiones noruegas en Inglaterra y las costas continentales, a fines del siglo VIII, nuestras fuentes ignoran por completo a los nórdicos durante casi cuarenta años. La aparente falta de actividad es engañosa, porque hay testimonios de viajes hacia fuera de los límites de la Europa letrada, en las islas del norte y en el oeste de Escocia, una colonización temprana que dejó pocos rastros incluso en las propias sagas escandinavas. Sin mucho fundamento, se han sugerido fechas de la segunda mitad del siglo VIII para los restos arqueológicos más antiguos en las islas septentrionales y es posible que los primeros ataques contra la nortumbria Lindisfarne y contra Irlanda fuesen sólo actividades mar-

ginales de una ola de colonización noruega en el norte de Britania.

Se han excavado casas y tumbas del período vikingo en las islas Orcadas, Shetland y Hébridas; por su importancia, van desde las de Birsay, en las Orcadas, hasta las alquerías de Escandinavia. El de Birsay es un extenso complejo de edificios amplios, entre los que están el palacio de los condes de las Orcadas y su catedral, en tanto que los caseríos escandinavos se componen de edificios de piedra agrupados. La naturaleza de estos antiguos poblados agrícolas se ve con gran claridad en la granja de Jarlshof, en Shetland, totalmente excavada. La primera de estas haciendas, fechada sin seguridad hacia principios del siglo IX, era una casa dividida en alas –una cocina y un sitio de estar amplio– y con construcciones exteriores complementarias, identificadas como un establo o granero independiente, una herrería, una casa para baños y una habitación para los siervos. Los huesos de los animales –ovejas, bueyes, algún cerdo y aves de corral– indican la actividad agrícola y ganadera, en tanto que de la caza y de la pesca dan testimonio los huesos de ciervos, focas, ballenas y bacalaos. El poblado sobrevivió hasta el siglo XIV, tal vez; las casas se repararon, reconstruyeron o trasladaron a medida que se ampliaba la aldea, quizá en respuesta a las necesidades de un grupo familiar en crecimiento; los hallazgos sugieren un aislamiento y una dependencia de la pesca cada vez mayores.

Desde las islas escocesas, los noruegos navegaron hasta Irlanda, donde los anales registran que en 841 se fortificó una base para sus barcos en Ath Cliath, lugar conocido tiempo después con el nombre de Black Pool (charca negra) o *Dubh Linn*, a orillas del río Liffey. En el siglo pasado, durante el curso de ciertos trabajos, se descubrió un gran cementerio del siglo IX en las afueras de Dublín, pero el sector más antiguo de la propia ciudad hasta el momento se ha librado de las investigaciones. Las colonizaciones estuvieron precedidas por ataques, registrados en los *Anales del Ulster* con fecha del año 820: «El Océano vomitó torrentes de intrusos sobre Erin y ningún puerto ni desembarcadero, ningún fuerte ni ciudadela estuvo libre de las flotas escandinavas y de los piratas». Al principio, la resistencia irlandesa fue fuerte y los vikingos daneses que llegaron en el año 850 se unieron en los ataques contra los noruegos. Sin embargo, en 853 los escandinavos se unificaron bajo el mando de un recién llegado, un príncipe noruego que, con el nombre de rey Olaf de Dublín, fundó un reino que abarcaba gran parte de la costa irlandesa, pero muy poco del interior del país.

Los vikingos daneses. Los colonos daneses de Irlanda eran parte de una gran ola de piratas daneses que, en los decenios posteriores al de 830, se desplazaron hacia el oeste hasta Inglaterra y Francia. Hacia principios del siglo IX, cuando la frontera del imperio de Carlomagno llegó hasta el río Elba, las hostilidades entre los francos y sus vecinos daneses eran inevitables. El primer rey danés que figura en los registros francos es Gottfrid, quien hacia el año 800 construyó un terraplén y un foso en la parte sur de la península de Jutlandia y, en 810, comandó una flota que se estrelló contra las defensas costeras de los francos. La crisis pasó, porque Gottfrid no tardó en ser asesinado y Carlomagno por entonces estaba demasiado débil como para pensar en un ataque directo contra Dinamarca. Después de 814, su hijo Luis el Piadoso se contentó con mantener los buques de guardia en la costa, con tan buen resultado que los siguientes ataques vikingos se registran en 820, sobre las playas de Flandes y en la desembocadura del Sena y, en ambos casos, se rechazó a los invasores. La tregua duró tanto como la estabilidad de la monarquía franca.

Tan pronto como los hijos de Luis se rebelaron contra su padre, los vikingos se aprovecharon de la ocasión: en 834, cuando Luis ya se había rendido ante Lotario y estaba encarcelado, una flota de naves danesas remontó el Rin y saqueó el gran centro comercial de Dorestad. Durante los cuarenta años siguientes, Frisia estuvo en poder de los vikingos y Dorestad, asaltada cuatro veces y abandonada por gran número de habitantes, perdió para siempre su importancia comercial. Desde Frisia, los daneses avanzaron hacia las costas de Inglaterra: en 835, «los paganos» devastaron Sheppey, localidad de la costa septentrional de Kent. Los reinos ingleses meridionales acababan de pasar a las manos de Egbert, rey de Wessex, cuyos territorios se extendían desde Cornwall hasta Kent y cuya supremacía reconocían los mercios (debilitados bajo el mando de los sucesores de Offa el Grande, que rivalizaban entre sí) e incluso los lejanos nortumbrios. Durante unos pocos años, Egbert y sus caudillos regionales (*ealdormen*) lucharon con éxito contra los invasores en la costa meridional de Inglaterra y los ataques vikingos se dirigieron hacia puntos del continente, más prometedores.

En Francia se multiplicaron las incursiones y los pillajes durante la guerra civil entre los hijos de Luis, más feroz quizá porque ambos bandos recurrieron a los mercenarios escandinavos. En 841 una flota entró en el Sena y saqueó Rouen; en 842 otra «arrasó hasta tal punto el puerto de Quentavic [sobre la costa francesa, cerca de Boulogne, y por entonces la principal ciudad que aún mantenía relaciones comerciales con Inglaterra] que no quedó nada más que los pocos edificios que se libraron del ataque». En 843 una tercera flota atacó la ciudad de Nantes, a orillas del Loira. Algunas de estas correrías pueden haber estado

a cargo de corsarios; sin embargo, otras fueron expediciones a gran escala, organizadas con la ayuda –y tal vez las instrucciones– de los reyes daneses. En 845 el rey Horek envió una flota, de la que se dijo que llegaba hasta las 600 naves, para que quemara Hamburgo. A principios de ese mismo año otra flota (se dijo que de 120 buques) navegó hacia el Sena bajo el mando de cierto Ragnar, que quizá era un familiar de los jefes frisios y de la familia real danesa; es posible que se trate de quien inspiró la figura semilegendaria de Ragnar Loðbrok («Calzas peludas»), cuya carrera de vikingo, con su valiente final en un pozo de víboras en York y la venganza de sus hijos fue el relato escandinavo favorito de toda la Edad Media. Su incursión por el Sena, de todos modos, resultaría bastante memorable: las naves avanzaron, a golpe de remo, hasta más allá de Rouen; hubo cautivos y pillaje en los monasterios y ciudades de ambas márgenes; a pesar de los esfuerzos de Carlos el Calvo, el día de Pascua de 845, los vikingos saquearon París y a continuación repararon sus naves con maderas arrancadas de la iglesia de St. Germain-des-Prés. Al retirarse no se llevaban sólo el botín sino también el primero de los *danegelds*, «impuestos daneses», un pago de 7.000 libras de plata entregado por Carlos para convencerlos de que debían marcharse.

La piratería era bastante grave pero los atacantes raras veces tardaban en irse. Una circunstancia más temible fue el establecimiento de bases permanentes fortificadas desde las cuales los vikingos podían sembrar el terror en las costas. La primera de la que se tenga noticias fue la de Noirmoutier, la gran isla de la desembocadura del Loira, en la que se asentaron los saqueadores de Nantes en el año 843, según dicen los anales francos «como si pensaran en quedarse para siempre». En Inglaterra, la *Crónica* registra el mismo fenómeno: en 850 «los paganos se quedaron por primera vez durante todo el invierno en Thanet». Por fin, el ejército de Wessex destruyó a este grupo, pero otros los reemplazaron: en 855, «los paganos» invernaron cerca de Londres, en la isla de Sheppey. En el decenio de 860, un nativo del Loira llamado Ermentarius pintaba un cuadro desconsolador: «El número de barcos crece. La corriente de vikingos nunca deja de aumentar...». Los autores de los anales de la época, cada uno de ellos preocupado por su propia comarca hasta casi ignorar a todas las demás, pintan los ataques como un verdadero caos.

Si se comparan las fechas de llegada y de partida de los grupos corsarios, surge la sospecha de que en muchos casos un único grupo pasó de una región a otra, de acuerdo con la cantidad probable de botín o la fuerza de la oposición que encontraban. Una banda que en 860 arribó inesperadamente y saqueó la ciudad de Winchester pudo ser la que por entonces, aunque contratada por Carlos el Calvo, estaba esperando su paga. En esos tiempos algunos piratas buscaban un botín mayor que el que podían encontrar en el sureste de Inglaterra y en las costas francesas. En 859, una poderosa flota de 62 barcos (quizá tripulados por hasta 2.000 hombres) zarpó del Loira y saquearon la costa de España. Después de algunos contratiempos allí y de los resultados inciertos de un ataque posterior en la costa africana, invernaron a orillas del Ródano y se entregaron al pillaje en la comarca, donde llegaron hasta Arles. Desde esta base, navegaron a lo largo de las costas de Italia y puede que hayan llegado hasta el Mediterráneo oriental. Las naves sarracenas, en esos momentos enfrentadas con los francos de Italia, de pronto mostraron una fuerza inesperada y, cuando la flota vikinga regresó al Loira, en 861, estaba reducida a 22 barcos.

La resistencia de los sarracenos tal vez desanimó a los probables imitadores de la hazaña y el Mediterráneo siguió siendo un mar árabe. Los vikingos pusieron su atención en otras regiones y creció su presión sobre Inglaterra. Aun en síntesis, la narración sobria de la *Crónica anglosajona* es una pintura notable de la decadencia de los reinos. En 865 una tropa numerosa, el «Gran Ejército», ocupó Anglia oriental, al parecer pacíficamente: los habitantes habían pagado, quizá, un rescate. Al año siguiente, reforzados tal vez por los vikingos del valle del Sena, los invasores, ahora a lomo de caballo, avanzaron hacia el norte y entraron en York. Las tropas de reclutas nortumbrios trataron de rechazarlos pero los vikingos, con una sola batalla, destruyeron el poder del reino; los sobrevivientes pagaron el impuesto danés. En 867, los vikingos avanzaron hacia el sur, hasta Mercia, se fortificaron en Nottingham y desde allí rechazaron a las huestes unidas de Mercia y Wessex, que al parecer no querían, después de la experiencia de los nortumbrios, asaltar aquellas defensas. Posiblemente, la paz que los mercios firmaron también se debió al pago de otro impuesto danés y el ejército se retiró otra vez a York. En 869 los daneses volvieron a Anglia oriental pero, en esta ocasión, los anglos procuraron resistir: el rey Edmundo se convirtió en santo y el reino quedó arrasado.

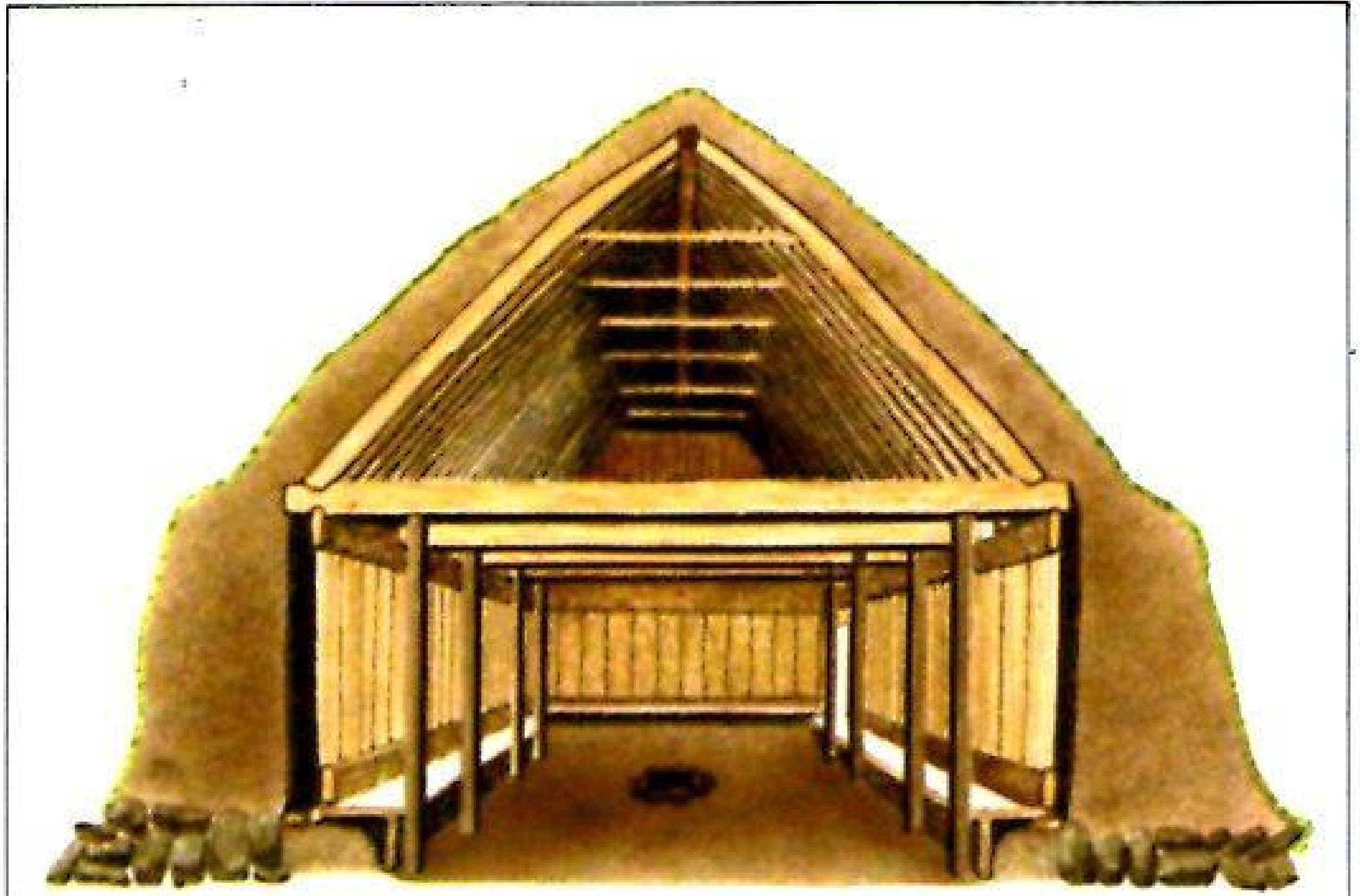
Tras un invierno entre las ruinas de Anglia oriental, los vikingos avanzaron hacia Wessex, donde las levas sajonas resistieron lo suficiente como para que los invasores se retiraran a Londres con otro impuesto danés, descrito en una cédula de la época como «el inmenso tributo a los bárbaros». Wessex se había mostrado muy difícil de tomar y el ejército se ocupó de la conquista de Mercia. Parte de las tropas se repartieron las tierras de los nortumbrios y se entregaron a la labranza. El resto avanzó hacia Cambridge en 875 y al año siguiente lanzaron un ataque sorpresivo contra Wessex, en coordinación con los vikingos de

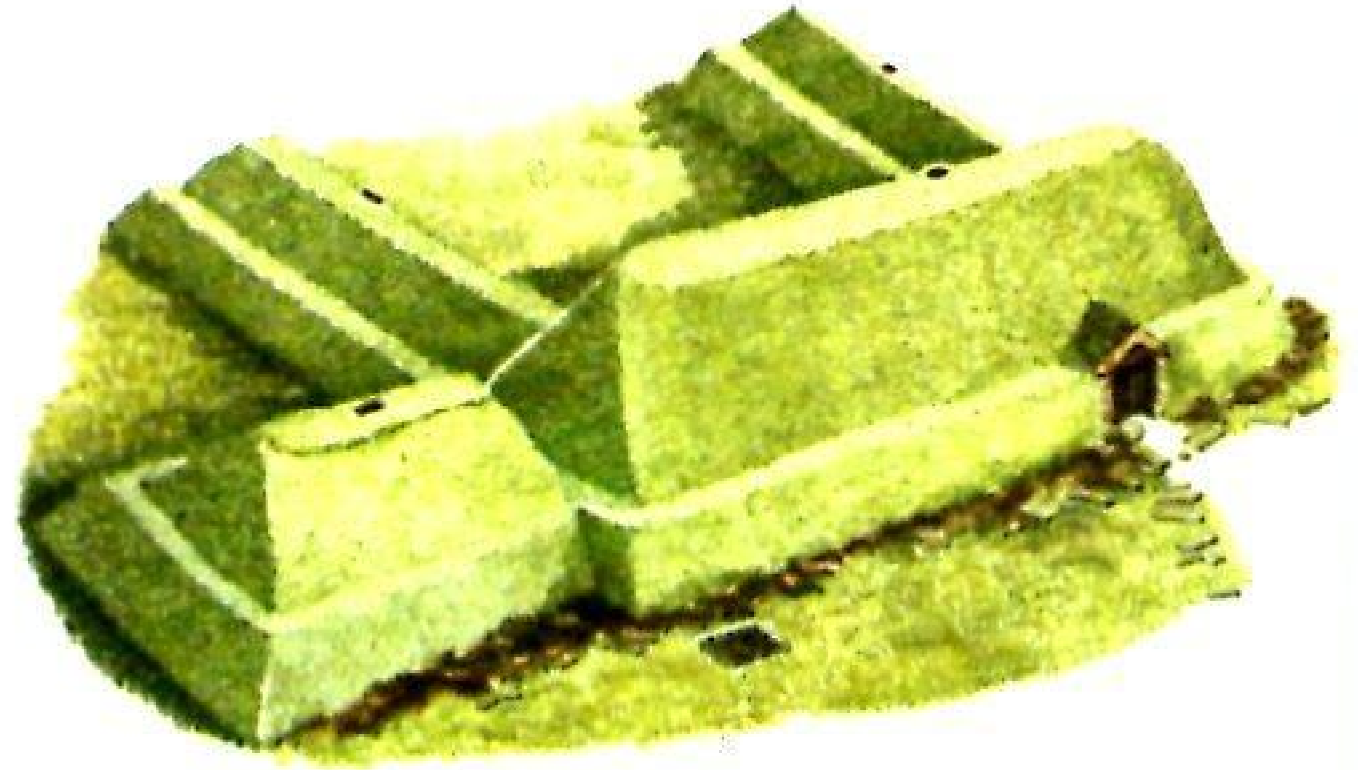
Irlanda. Alfredo el Grande, nuevo rey de Wessex, adelantó por el flanco al enemigo (que al parecer iba a caballo) y por fin contuvo a los vikingos en Exeter; establecida una tregua, los invasores volvieron a Mercia en 877, esperaron hasta el invierno y entonces asolaron Wessex. Alfredo escapó de la catástrofe y, desde los pantanos de Somerset, reunió a sus huestes, derrotó a los daneses en batalla e impuso un tratado gracias al cual su reino logró tranquilidad por un tiempo.

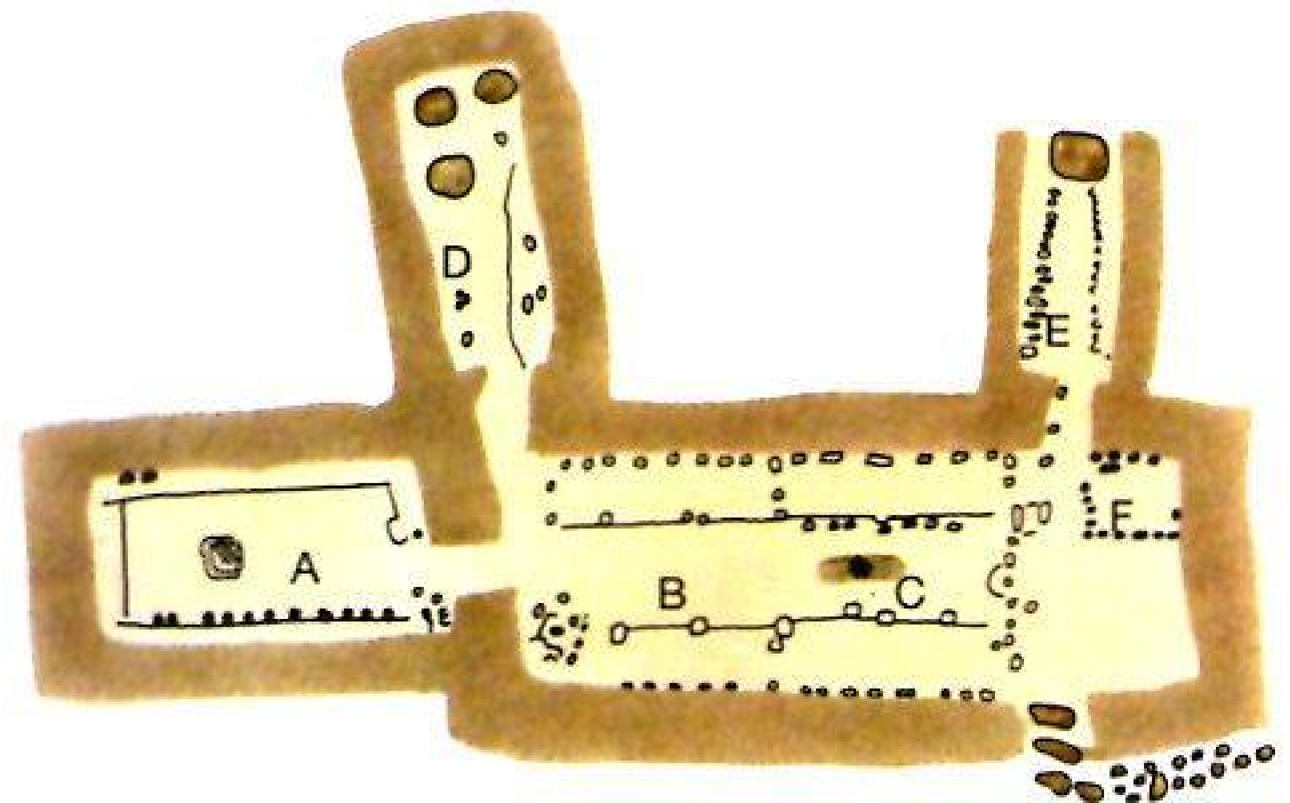
Derrotados, los vikingos se retiraron a Anglia oriental y en 879 se repartieron las tierras. Otra fuerza, asentada cerca de Londres desde 878, quizá atraída por el botín obtenido en Wessex, tomó noticia de la recuperación de Sajonia occidental y se retiró al continente, donde durante ocho años saqueó Flandes. En 885, una parte de ese ejército pasó a Inglaterra y sitió la ciudad de Rochester, en Kent; sin embargo, el avance de Alfredo los hizo volver junto a sus amigos del continente. El ataque contra Rochester parece haber sido una prueba de fuerza y la derrota de Inglaterra llevó la atención de los vikingos a Francia. Los francos fueron incapaces de detener la marcha invasora desde Amiens hacia el Sena y asediaron París. La prolongada y por fin victoriosa defensa de la ciudad aumentó la reputación de su gobernador, el conde Odón de París. El prestigio de Carlos el Gordo, incapaz de romper el sitio sin pagar el impuesto danés, decayó aún más en parte por sus consecuencias: el ejército vikingo marchó hacia el interior y emprendió acciones de pillaje que duraron hasta que, en 891, el emperador Arnulfo, hijo de Luis el Germánico, lo derrotó.

Según una estrategia que ya era familiar, escasas de abastecimientos, las tropas se retiraron a Boulogne en 892 y se embarcaron en busca de mejor suerte en Inglaterra. El rey Alfredo no logró mantener separados a estos invasores del ejército ya establecido en Anglia oriental, pero él y sus lugartenientes obtuvieron una serie de victorias en el sureste y en Mercia; los invasores no consiguieron hacerse con el botín que tanto necesitaban. En 896 el ejército danés se dividió: una parte se acantonó en Anglia oriental y en Northumbria «y los que no tenían recursos se embarcaron y surcaron el mar hasta el Sena». Los vikingos del Sena, al parecer establecidos allí desde 876, seguirían siendo molestos al menos durante una generación más. Muchos de ellos se asentaron en el curso inferior del Sena, donde interferían en la comunicación fluvial y desde donde hacían sus incursiones por el territorio francés. Hacia 911 Carlos el Simple estaba dispuesto a reconocer que los vikingos controlaban parte de su reino. Por el tratado de St Clair-sur-Epte, el caudillo vikingo Rollo (mencionado por primera vez 35 años antes) aceptó como regalo el territorio que ya ocupaba. Por presentes posteriores (924 y 933), se cedió a los vikingos toda la provincia metropolitana de Rouen, que en el curso del siglo X iba a convertirse en el ducado de Normandía, gobernado por los descendientes de Rollo, aunque a veces con dificultades.

Granja islandesa de Stöng, abandonada hacia 1104. Diseñada para un clima duro; los edificios que forman alas subsidiarias están unidos a la estructura principal. Otro edificio exterior o herrería y un establo se alzan por el lado este. Según Stenberger.







A Sala de estar
B Sala
C Hogar
D Vaquería
E Almacenes
F Alcoba

Atacantes y defensas. El éxito mismo de estas y otras pequeñas incursiones vikingas ha sorprendido a generaciones de historiadores, muchos de los cuales buscaron explicaciones como la de flotas enormes –aceptaron las cifras que transmiten los anales, 200 o 300 naves con una tripulación de 5.000 o 10.000 hombres, aunque ignoraron las exageradísimas estimaciones de unos 40.000–, equipo muy eficaz o ferocidad brutal. Los resultados de estos análisis hacen que los problemas sean aún más incomprensibles, porque esos ejércitos se mantenían unidos año tras año (una hazaña de abastecimiento y de autoridad que, si es verdadera, no se había visto en occidente desde fines del Imperio romano) y, no obstante, se permitían quedarse cercados en sus fortalezas ante el acoso de tropas de un modesto número de reclutas. Las tácticas vikingas son explicables sólo si la cantidad de hombres era relativamente pequeña. Incluso puede ponerse en duda que, con la excepción de los casi dementes *berserkers* (guerreros mitológicos a los que se creía invulnerables) a quienes hasta los vikingos evitaban, los piratas fueran mucho más feroces que sus contemporáneos. Por cierto que parecen haber adoptado una actitud de total profesionalidad ante la lucha: comparaban el provecho probable y las pérdidas posibles, enviaban avanzadillas para explorar el estado de las defensas y se mostraban propensos a aceptar el pago de tributos en lugar de imponer su fuerza. Más que sobre otros, su terror cayó sobre la Iglesia, porque eran paganos y su mayor interés (hasta un límite sin paralelos, fuera de las guerras civiles irlandesas del siglo VIII) estuvo en saquear los bienes acumulados en iglesias y en monasterios. Los seglares, al parecer, adoptaron una actitud más pragmática y utilizaron a los piratas, como hicieron el emperador Lotario y sus hermanos, cuando les convenía y otras veces pagaron rescates para liberarse de ellos.

Que esas pequeñas tropas de saqueadores independientes hayan resultado una amenaza para el Imperio franco, cuyos soldados acababan de conquistar gran parte de Europa occidental, en sí mismo no es un hecho sorprendente. A diferencia de los anteriores enemigos de los francos y de los ingleses, los vikingos llegaban por mar sin la previa alerta inevitable en el caso de los ataques terrestres. Cuando se lograba reunir a las tropas locales, por lo común los piratas ya se habían retirado o estaban a resguardo en sus fortificaciones. Contra esa versatilidad, sólo era posible la defensa local; de este modo, Francia tuvo que confiar más y más en los recursos de los condes, lo que debilitó la autoridad real y aceleró la fragmentación del Imperio. Por el contrario, en Inglaterra, los reyes de Wessex establecieron una red de defensas locales que estaba bajo el control de los soberanos. En los años finales del siglo IX, el rey Alfredo empezó a construir los *burhs*, pequeños caseríos fortificados, en puntos estratégicos y a una distancia de unos 30 km, que servían para proteger los intereses locales y eran una amenaza para el avance de las partidas corsarias. Hacia el año 918, se habían edificado más de treinta asentamientos de ese tipo, muy distintos de las fortalezas que en el siglo X iba a construir Enrique el Cazador para frenar a los magiares en Germania, porque no se pensaron como simples refugios, sino como poblados independientes con su propia población y vida económica y cuyo mantenimiento estaba organizado por un mando central pero se proveía en el lugar, como parte de los deberes que implicaba la posesión de tierras. Muchos de esos centros, como Oxford, Wallingford, Buckingham o Warwick, iban a convertirse en ciudades prósperas y su existencia propició la suerte de Wessex en el siglo X.

No es fácil encontrar un contraste mayor que el existente entre las devastaciones que hicieron los vikingos del siglo IX en Inglaterra y el sometimiento de los descendientes de los hombres del gran ejército a los sucesores de Alfredo. Hacia el año 920, Eduardo el Viejo, hijo de Alfredo, era dueño de Inglaterra hasta la lejana comarca de Humber y era soberano nominal de los reyes daneses e ingleses de los territorios que llegaban hasta el centro de Escocia. Es casi seguro que el cambio se debiera a la colonización danesa de Midlands e Inglaterra septentrional. El objetivo de muchos vikingos –quizá de la mayoría de ellos– era adquirir bienes suficientes como para instalarse con holgura en sus propias fincas y esto, como hemos visto, era lo que esperaba una parte de los ejércitos en los decenios de 870 y de 890. Pero, una vez asentados en el lugar y deseosos de labrar la tierra en paz, los daneses eran tan vulnerables a los ataques como antes lo habían sido sus víctimas y, como lo han demostrado los estudios recientes de las antiguas unidades de tasas medievales en la comarca central inglesa, los caseríos vikingos estaban demasiado esparcidos como para permitir la concentración rápida en caso de ataque.

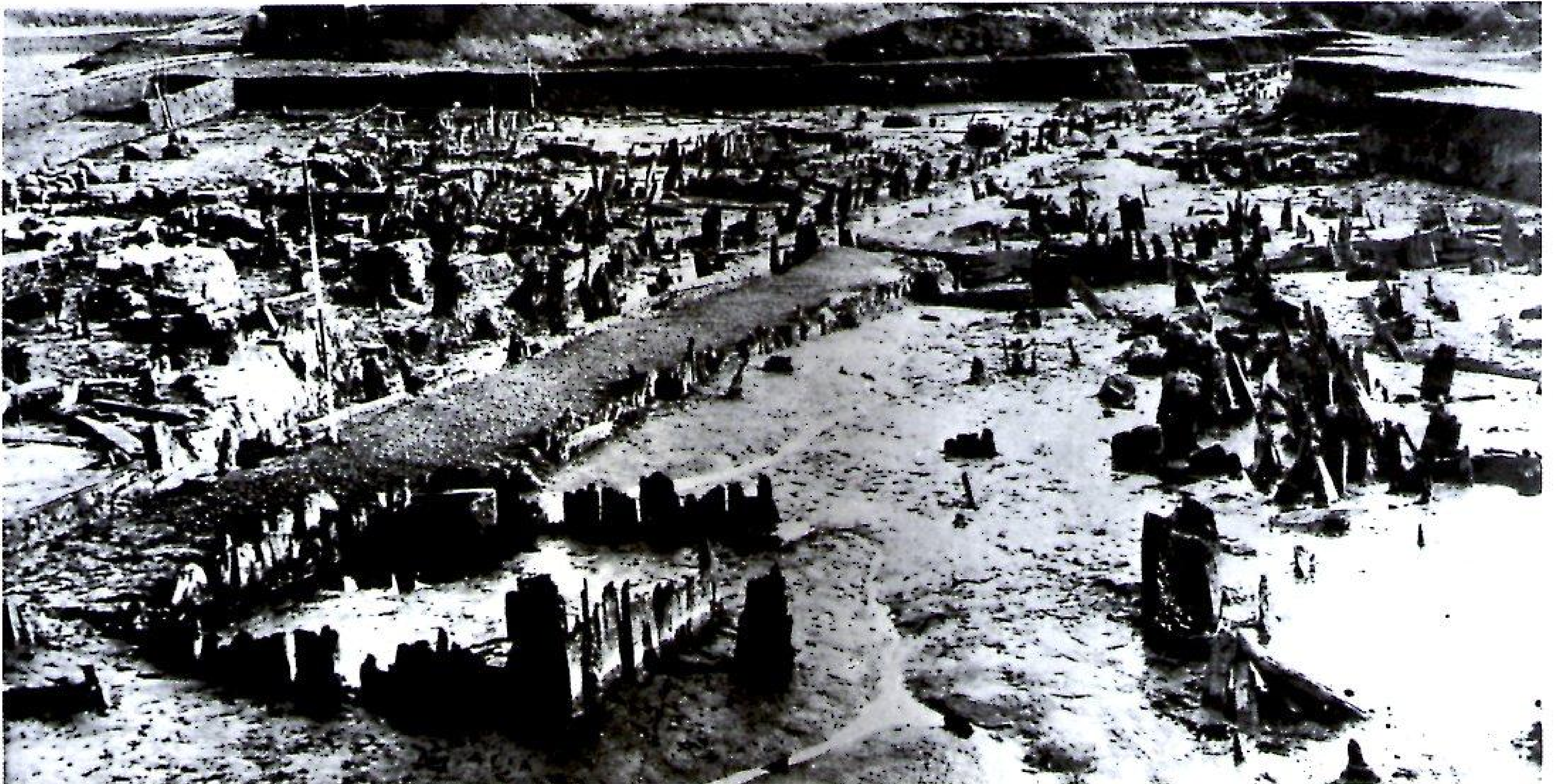
Una presión de origen distinto puede haber persuadido a los habitantes de la comarca que pronto se llamaría Danelaw –las tierras sojuzgadas por los antiguos vikingos– de que debían someterse a los sajones occidentales. A fines del siglo IX, los vikingos noruegos ya casi no surcaban el Mar de Irlanda: en esos momentos, como veremos, la colonización de Islandia distraía la atención de los más aventureros. En el decenio de 910, Islandia ya no daba cabida a más colonos y los noruegos volvieron con fuerza a Irlanda, para restablecer su reino en Dublín, e iniciaron la colonización de la costa oeste del territorio británico. Hacia el año 920, los vikingos noruegos atacaban la comarca de

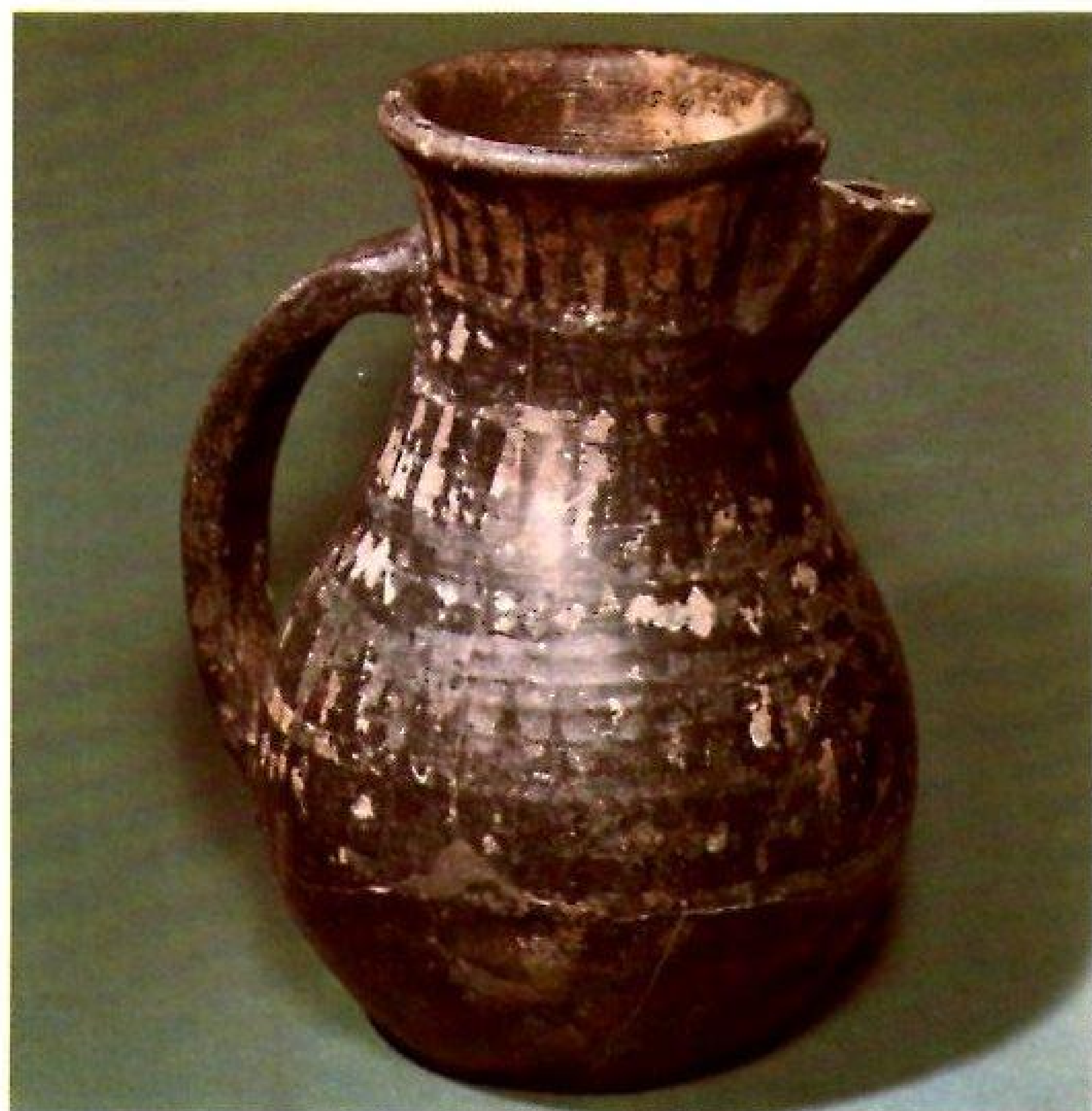


Cumbria y en ese mismo año un ejército procedente de Dublín fue detenido en Cheshire. Los colonos daneses no tenían motivos para aceptar con buenos ojos la atención de los noruegos y, al parecer, se plegaron siempre al bando vencedor.

El objetivo noruego era Yorkshire, y una serie de reyes de origen noruego partieron de Irlanda para reclamar el trono de York. Durante casi 40 años, los reyes sajones occidentales aceptaron a algunos y rechazaron a otros, según las necesidades del momento. Después de varias victorias obtenidas por el hijo y los nietos de Alfredo, uno de estos últimos, Edred, en 954 tuvo la fuerza suficiente como para expulsar al último de los reyes de York, el arquetípico vikingo Erik (Erico) Hacha sangrienta, hijo del rey Harald (Haroldo) el de la hermosa cabellera, y que durante un período breve y violento fue también rey de Noruega. El reino de York se otorgó al conde Northumbria y en adelante formó parte del reino inglés. La conquista noruega había fracasado pero los piratas continuaron en sus ataques hasta que, al menos según la leyenda, el monarca supremo Brian Boru aplastó el poder del reino de Dublín en el año 1014. Un rasgo que define el espíritu de aquella época es el hecho de que cuando Edred murió

Hederby, cerca de Schleswig, fue durante los siglos IX y X una enorme ciudad comercial fortificada a orillas del Báltico, en gran parte heredera del comercio que antes había centralizado Dorestad. La propia ciudad no cubría más que un tercio de la superficie defendida; el resto se usaba para mercados al aire libre (plano, *a la izquierda*, según H. Jankuhn. La fotografía *(abajo)* muestra los restos de los edificios en proceso de excavación cerca del centro de la ciudad antigua.





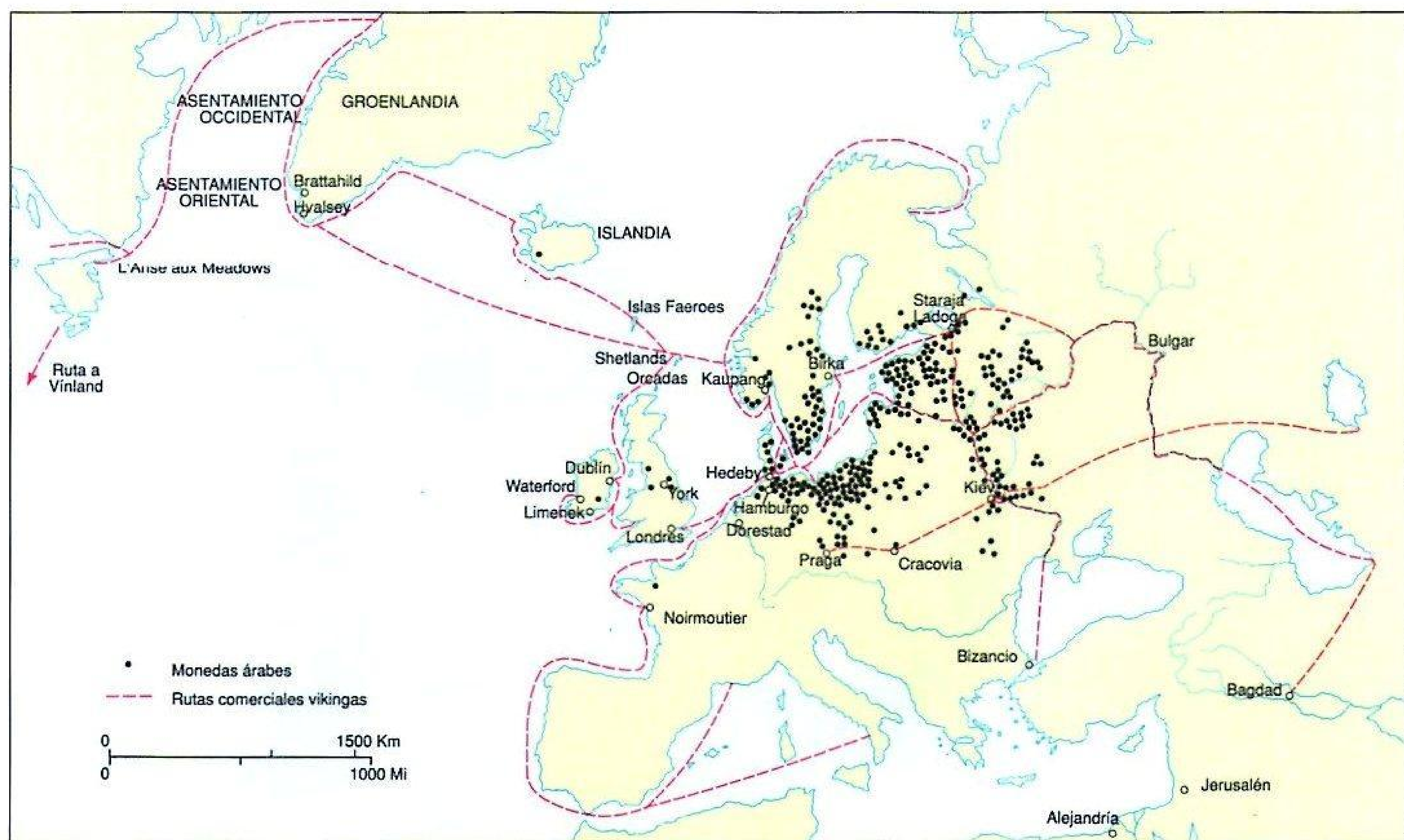
Arriba: Jarra franca del Bajo Rin, hallada en las excavaciones del centro de mercaderes de Birka, en Suecia, decorada con rombos y tiras de latón incrustados en la arcilla. Principios del siglo IX.

Rutas comerciales vikingas hacia el este (Rusia, Imperio de Oriente y países islámicos) y hacia el oeste, transatlánticas. La distribución de las monedas árabes demuestra los buenos resultados del comercio con el este.

(955), en la cima de su poderío, dejó en su testamento una gran cantidad de dinero que debería usarse, en caso de necesidad, para reunir un ejército de mercenarios paganos.

La migración a occidente. Hacia fines del siglo IX, la primera ola de ataques vikingos había terminado. Los reinos de Europa occidental, al parecer, ya no eran presa fácil para los piratas y en el Atlántico se había descubierto una nueva tierra para colonizar: Islandia; hasta entonces ocupada por un puñado mínimo de ermitaños irlandeses, la isla estaba a no más de 400 km de las Faeroes y, desde 870 aproximadamente, un número creciente de emigrantes navegó en sus *Knarrs* desde Noruega, las islas septentrionales e Irlanda. La aventura del oeste atrajo a muchos –según la historia de Islandia escrita en el siglo XII y titulada *Landnámabók*, hacia 930 había 400 jefes nombrados representantes de unas 3.000 familias– y no es una simple coincidencia que en esos años decayeran los ataques noruegos contra Irlanda: hacia el año 902 los irlandeses habían recuperado Dublín.

Tal vez la migración nacía de la oposición creciente que en Noruega inspiraba el surgimiento de una monarquía fuerte en manos de Harald el de la hermosa cabellera; los emigrantes reaccionaban, sin duda, contra la autocracia real: hacia 930 habían redactado la que quizá fuera la primera constitución republicana de la Europa moderna.



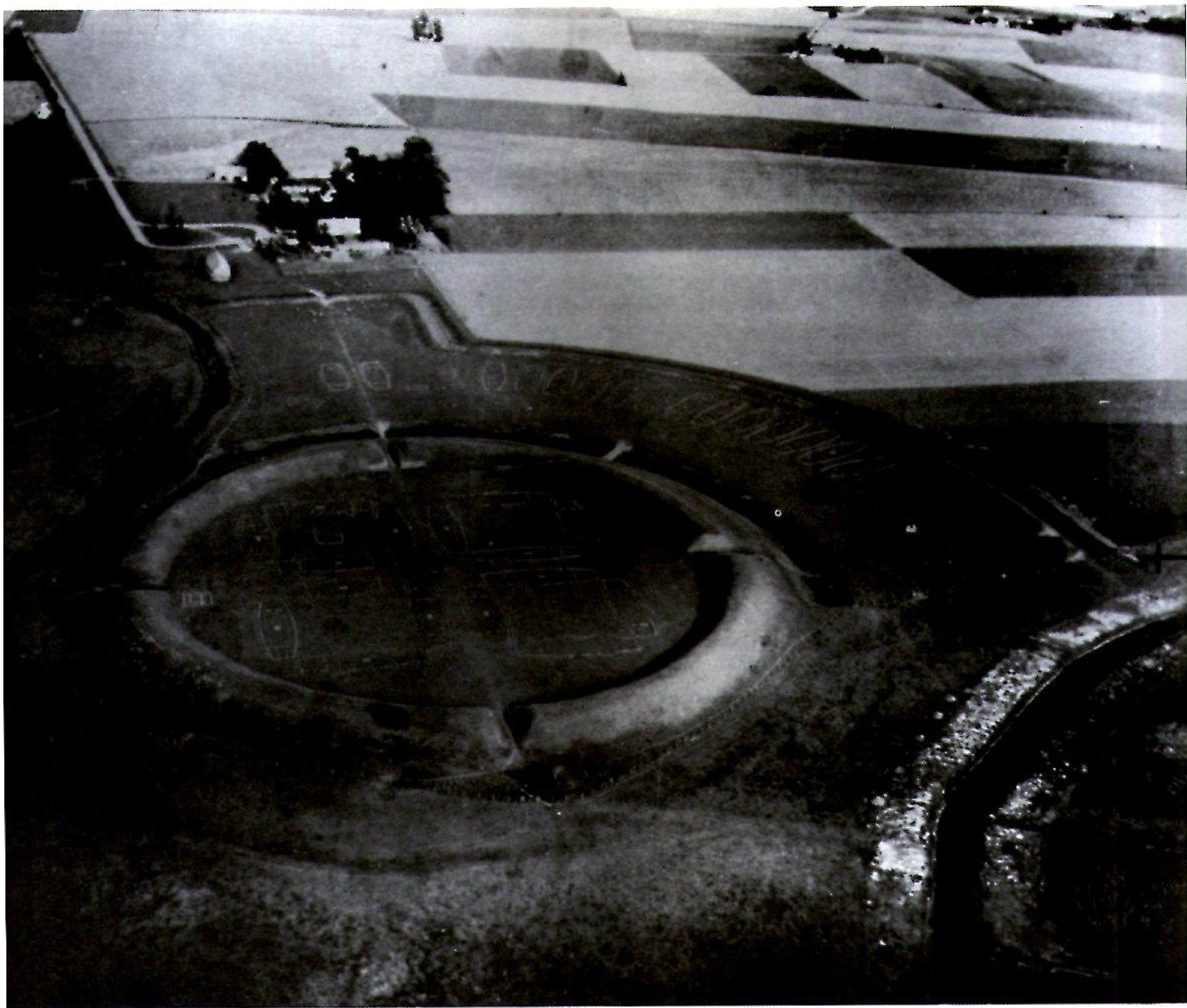
Asimismo, la estructura de los poblados demuestra la independencia obstinada de los nuevos islandeses: diseminados complejos rurales de construcciones de piedra y techos de paja, como los de las Hébridas, apiñaban sus edificios para protegerse de las inclemencias climáticas. Cuenta la saga que el primer colono, Ingólf Arnarson, construyó su granja en 874 en medio de las fuentes termales de Reykjavik, donde –en el corazón mismo de la ciudad moderna– se desenterraron unos pocos restos de la ocupación datada en los siglo IX o X. El aspecto de ese tipo de granja se ve mejor en el valle de Thjórsárdale, en Islandia central, donde hacia 1104 unas 20 fincas quedaron sepultadas por cenizas volcánicas. La mejor conservada, la granja de Stöng, incluía un amplio edificio rectangular dividido en un vestíbulo (donde quizá estuviera la alcoba del propietario) y una sala principal con una chimenea en el centro y con bancos de tierra y madera bordeando sus paredes revestidas de madera. Las otras habitaciones, en alas subsidiarias, posiblemente eran una sala de estar más apartada, una lechería y un depósito de carnes. Fuera, había un establo independiente y una herrería. La planta compleja de la casa de Stöng tal vez sea una evolución de tipos antiguos, con menos habitaciones subsidiarias, o a veces ninguna, que se encuentran en las islas escocesas.

Desde Islandia hasta la costa de Groenlandia hay menos de 400 km y poco después de la colonización islandesa se produjeron desembarcos eventuales allí. Los primeros visitantes vieron que la costa oriental era demasiado inhóspita y no se hizo una exploración completa hasta el decenio de 980. Erik el Rojo fue el explorador, un exiliado de Islandia, que descubrió la fértil costa occidental y llamó a ese lugar Groenlandia (tierra verde) porque, dijo, «los hombres estarán mejor dispuestos para ir allí si tiene un nombre bonito». Desde Islandia, un territorio ya sobrepoblado, condujo una flota de 25 naves (de las que sólo arribaron 14) para establecer dos colonias en la costa oriental. El propio Erik se instaló en Brattahlí–, sobre el extremo sur de la isla, donde las excavaciones han descubierto las paredes de piedra y paja de su granja, cuatro graneros y establos para 28 cabezas de ganado y los cimientos de una pequeña iglesia de paja, construida por la esposa de Erik poco después del año 1000.

La colonia de América. En el año 985 o en el 986, Bjarni Herjólfsson, un islandés que iba a reunirse con su padre en las colonias groenlandesas, perdió el rumbo a causa del viento y avistó tierra a nueve días de navegación del oeste de Groenlandia. Su relato provocó gran interés entre los colonos y el hijo de Erik, Leif el afortunado, zarpó hacia el año 990 en la vieja nave de Bjarni para repetir la singladura. Tras bordear las costas de Helluland y Markland (tal vez la isla de Baffin y la península del Labrador), la expedición llegó al fin a una tierra cubierta de hierba, abundante en salmones y en uvas silvestres: Leif la llamó Vínland, «Tierra del vino» y construyó algunas casas –equivalente noruego de plantar la bandera nacional– antes de volver a Groenlandia. Desde 1011 hasta 1014 aproximadamente, una expedición de colonos, al mando del mercader islandés Thorfinn Karlsefni, arrendó las casas de Leif (porque éste se negaba a venderlas) y se instaló en Vínland, pero los hostiles indígenas arrojaron a los intrusos. Falta toda información posterior, aunque el recuerdo de Vínland jamás se perdió y los groenlandeses e incluso los islandeses tienen que haber hecho viajes periódicos a la costa americana en busca de madera y caza.

Todavía se discute la localización de Vínland y hace poco tiempo la disputa volvió a primer plano por la publicación de un mapa, supuestamente del siglo XV, de lo que era en esos tiempos el mundo conocido, en el que se incluyen Islandia, Groenlandia y, hacia el suroeste, la «isla» de Vínland. El mapa no nos dice nada nuevo y es muy difícil que sea auténtico; la Vínland de Leif probablemente estaba hacia el sur, quizá en Nueva Inglaterra, pero hasta hoy ningún descubrimiento arqueológico ha confirmado nada de esto. Desde la costa de Vínland, tramperos y exploradores pueden haber avanzado hacia el interior del continente americano; si así lo hicieron, no han dejado testimonios y ninguno de los objetos a los que se adjudicó un origen vikingo tiene confirmado tal carácter. Más al norte se hicieron otros contactos, tal vez mucho más asiduos y las excavaciones hechas en L'Anse aux Meadows, en Terranova, entre 1960 y 1968 desenterraron un complejo de ocho casas del tipo noruego corriente, fechadas por las pruebas de carbono en el período que va del siglo VIII al XII. Vínland, Terranova y otros puntos de desembarco de los noruegos desaparecen en la Edad Media –la última incursión a la Península de Labrador registrada data de 1347– y, a causa del deterioro climático del siglo XIV, incluso se produjo el abandono de Groenlandia. Antes de mediados del siglo XV, se interrumpieron todos los contactos entre Islandia y Groenlandia. El último barco islandés del que hay noticias zarpó en 1408 y el fin pudo llegar poco después: los relatos esquimales nos cuentan que los últimos supervivientes de la que fuera una próspera colonia fueron llevados a la hoguera por los propios esquimales en la pequeña iglesia del siglo XI cuyas ruinas aún se alzan en el extremo sur de la isla, sobre la playa de Hvalsey.

La conexión sueca. Los vikingos de occidente llegaron casi todos desde Noruega y Dinamarca. La expansión sueca



Vista aérea del campamento militar de Trelleborg, en la localidad danesa de Sjaelland (siglo XI). Marcados sobre la hierba, los cimientos de las edificaciones de madera. La casa reconstruida es visible *(izquierda)* al otro lado del campo exterior.

avanzó hacia el este, cruzó el Báltico y llegó a los grandes ríos de Rusia. A mediados del siglo IX, las fuentes árabes nos hablan de europeos que vendían pieles de castor y de zorro negro y espadas en las comarcas del Mar Negro y del Caspio y que viajaban por tierra hasta los mercados de Bagdad. La importancia de este comercio se confirma con las decenas de miles de monedas árabes halladas en tesoros enterrados a lo largo de las rutas comerciales y en Suecia.

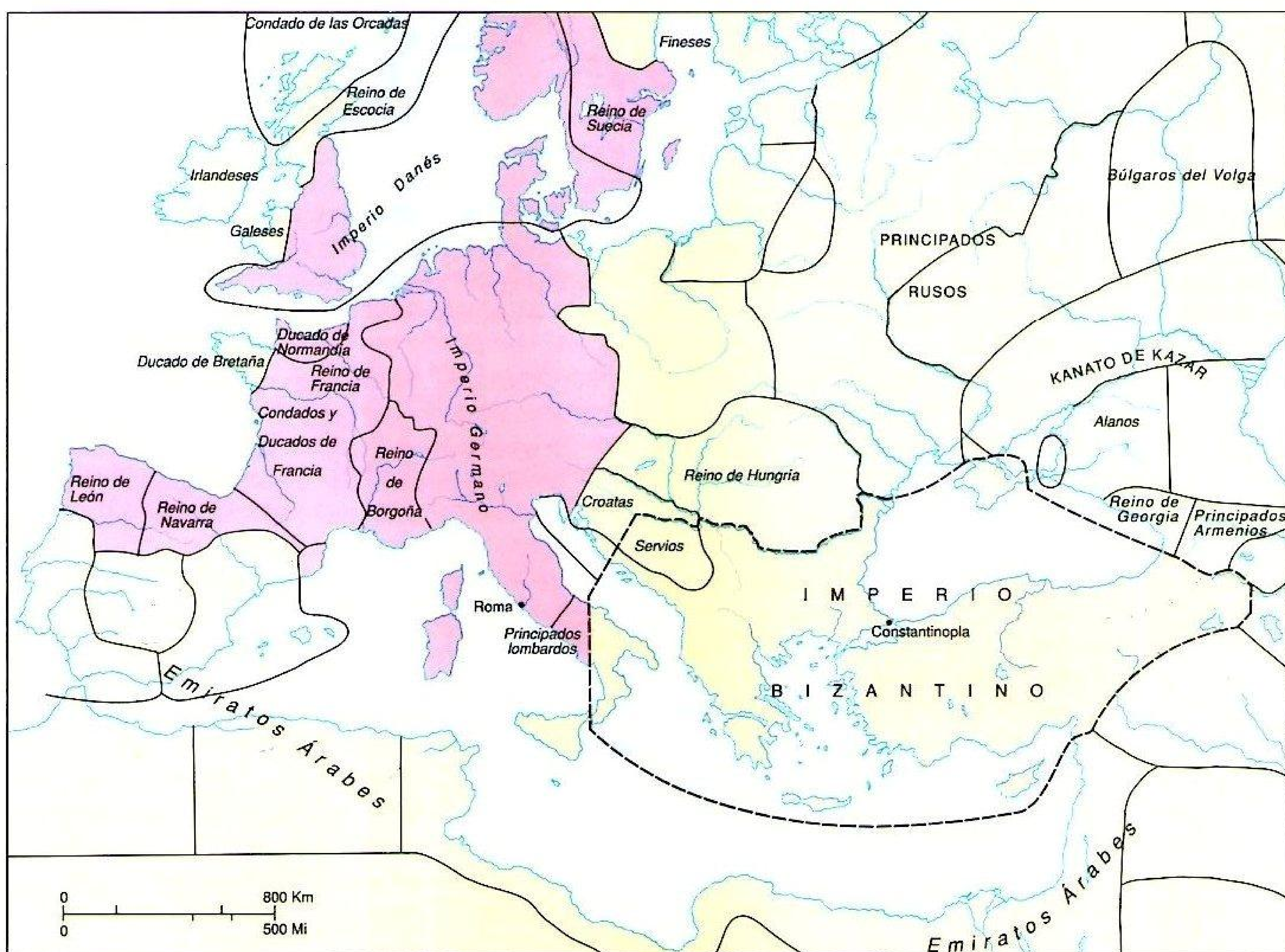
El comercio de oriente y el pillaje de occidente aumentaron de modo considerable gracias al comercio en el Báltico y los centros de mercaderes se ampliaron con rapidez. El principal fue la ciudad danesa de Hederby, fundada por el rey Gottfrid en 808 en el nacimiento del estuario del Schlei, frente a Schleswig. En esta ciudad, de unas 25 Ha amuralladas, se hicieron excavaciones intermitentes durante setenta años. El centro, densamente poblado, tenía alrededor espacios libres amplios dentro de las murallas de fines del siglo IX, espacios que probablemente fueran mercados al aire libre. Parte de las mercancías vendidas allí eran de fabricación local, porque se encontraron restos de talleres dedicados a la elaboración del hierro y del bronce y también se producía cerámica en la ciudad. Los resultados de las investigaciones sugieren que la ciudad de Gottfrid se edificó junto a un poblado frisio del siglo VIII, que

su época de máxima prosperidad data de fines del siglo IX y del X y que ya estaba en decadencia antes de que Harald Harðraði la destruyera (h. 1050).

Las ciudades con mercado propio deben haber florecido a lo largo de las costas escandinavas. Una de ellas –un caserío no fortificado en Kaupang («mercado»), cerca de Gokstad– era una fila dilatada de edificios en torno a un amplio espacio abierto. Los hallazgos hechos en el lugar, que incluyen cristal y cerámica renanos y objetos anglosajones, sugieren que el poblado floreció durante el siglo IX y principios del X. En Suecia central, Birka –una ciudad fortificada de unas 12 Ha– reemplazó al mercado de Helgö en la isla de Björkö. Poco se sabe de la ciudad misma: estaba dominada por un fuerte como el de Hederby y subsisten restos de muelles y de un puerto artificial. El cementerio, ampliamente excavado en el siglo XIX, se estableció hacia el año 800, al parecer, y las tumbas más tardías datan de la segunda mitad del siglo X. Sobre las costas opuestas del Báltico, en Staraja Ladoga, cerca de Leningrado, dentro de un emplazamiento fortificado de unas 65 Ha, las excavaciones desenterraron elementos suecos del siglo IX, en casas de madera apiñadas; tal vez fuera una ciudad de paso en las rutas que desde el Báltico iban hacia el sur por el Dniéper y el Volga.

Junto al Dniéper se fundó Kiev, quizá a principios del siglo IX, cuyos habitantes de origen sueco eran llamados *Rhos* (de donde se deriva «Rusia») por los bizantinos; la ciudad fue el centro de una red comercial, que por tierra iba hacia el oeste, a través de Cracovia y Praga hasta el Rin, y por río, hacia el norte, hasta el Báltico y hacia el sur, hasta el Mar Negro. Del campo de tumbas de la parte antigua de Kiev proceden objetos de origen escandinavo, pero los arqueólogos rusos piensan que los *Rhos* no eran más que un grupo insignificante de la población eslava de la ciudad. El mismo criterio, menos admisible en este caso, se aplica a la ciudad vieja de Smolensk, a orillas del Alto Dniéper, en cuyo enorme cementerio de más de 100 Ha se desenterraron grandes cantidades de testimonios de la

Europa h. 1050 d. C. En el siglo XI, los reinos europeos habían establecido los confines que, con cambios menores, iban a mantenerse a lo largo de la Edad Media.





La flota del duque William de Normandía zarpa hacia Inglaterra en el año 1066. La embarcación del duque –se distingue por el estandarte que lleva en el palo mayor– es una nave de guerra vikinga. Escena de un tapiz bordado en Inglaterra entre 1066 y 1077 y conservado en Bayeux, Normandía.

presencia sueca. Entre Smolensk y el Golfo de Finlandia, hacia el año 860 se fundó la ciudad de Novgorod, según narra la *Crónica rusa* escrita por un príncipe escandinavo. Las excavaciones recientes se concentraron en la gran ciudad medieval y el emplazamiento del poblado del siglo IX no se ha investigado aún. Es significativo que este poblado se extienda en la zona del centro comercial posterior, porque la importancia de la ciudad provenía del comercio. El emperador bizantino Constantino Porfirogénito señalaba que «las naves que vienen a Constantinopla desde la lejana Rusia, proceden de Novgorod, donde tiene su sede el príncipe Sviatoslav Igorsson de los rusos».

El contraste aparente entre los feroces vikingos occidentales y los príncipes de Rusia, mercaderes y fundadores de ciudades de origen sueco, es irreal. Los métodos de uno de esos príncipes de la dinastía *Rhos* de Kiev se describen en la *Crónica rusa*: en el año 883, el príncipe Oleg conquistó los territorios dreulianos y obligó a sus habitantes a pagar el impuesto de una marta negra por cabeza. En 884 conquistó y aplicó el mismo impuesto a los severianos. En 885 envió legados a los radomicianos para que les preguntaran a quién pagaban tributo. La respuesta fue: «A los jazaros» [turcos del norte del Cáucaso]. Oleg les mandó decir: «No pagaréis tributo a los jazaros sino a mí». Y ellos enviaron a Oleg un chelín cada uno, lo mismo que pagaban a los jazaros. La imposición de un tributo y peajes era el comportamiento habitual de cualquier nación, árabe, griega o escandinava, que controlara una ruta comercial o que pudiese exigir ese pago a sus vecinos. De cuando en cuando, también se producían incursiones vikingas. Una de ellas, contra la propia ciudad de Constantinopla, estuvo al mando del príncipe Igor de Novgorod, padre de Sviatoslav. Además, el carácter destructivo de los vikingos occidentales suele exagerarse. Hemos visto que los noruegos colonizaron las islas del Atlántico. Otros noruegos establecieron en Irlanda un reino en el que, como lo demuestran excavaciones recientes hechas en Dublín, floreció el comercio estimulado y no entorpecido por las aventuras ultramarinas. Los beneficios enriquecieron a los mercaderes, por supuesto, y en última instancia a los príncipes. Si se hubiesen registrado los sentimientos de los ha-

bitantes eslavos de Kiev o de Novgorod, es probable que, como las quejas reiteradas de los irlandeses, versaran sobre opresión y tributos.

En realidad, no menos que la sed de aventuras o el desagrado en la propia tierra, la actividad comercial parece la base de los movimientos escandinavos. No sin sorpresa, los francos señalaban que las comunidades vikingas establecidas en Frisia y en el norte de Francia no encontraron dificultades para desarrollar un comercio muy lucrativo; a su vez, la arqueología de Danelaw (Inglaterra, siglo X) indica un crecimiento rápido de la vida urbana y de la industria. Allí los objetos escandinavos genuinos son muy escasos, quizá por la influencia de la práctica católica de enterramiento en las tierras de las iglesias: aparte de sepulcros aislados, no se conoce más que un solo cementerio escandinavo, el de Ingleby, cerca de Derby. Pero no puede ser una coincidencia que el cambio fundamental de estilo en la cerámica inglesa (desde las vasijas anglosajonas tradicionales hechas a mano o con primitivos tornos lentos hasta la cerámica alzada en tornos veloces con las primeras superficies vidriadas que se veían en Inglaterra desde los tiempos romanos) se produzca a fines del siglo IX o a principios del X, y que la nueva cerámica esté limitada casi por completo a Danelaw. Las arcillas demuestran que la manufactura era local, pero las influencias que llevaron al cambio eran foráneas, quizá de los alfares de Renania o de Constantinopla, o de mucho más lejos aún, del islam, porque las monedas árabes importadas a Escandinavia llegan a su número mayor a fines del siglo IX y, como resultado del comercio, llegaron a los tesoros enterrados en Inglaterra e Irlanda, junto a monedas de Wessex y de York.

El imperio danés. Después de las victorias de los nietos de Alfredo, durante una generación Inglaterra disfrutó de una paz relativa. La segunda ola de ataques vikingos se inició en 980 y se dirigió principalmente contra Inglaterra. Quizá su causa fuera, en parte, económica, porque la corriente de plata árabe que durante dos siglos había circulado por Europa ya era muy débil en el 930 y hacia el 970 casi había desaparecido de occidente. El resultado fue que los vikingos, que habían asaltado a los mercaderes del Báltico, volvieran a poner los ojos en el oeste. Por último, tal vez lo más importante haya sido la consolidación de una monarquía fuerte en Dinamarca. En el año 980, el rey Harald Diente azul ordenó que se grabara una gran piedra con una inscripción rúnica que dice: «En memoria de su padre Gorm y de su madre Thiyri, Harald, que ganó toda Dinamarca para sí y también Noruega y convirtió a los daneses al cristianismo». Hacia el año 986, Svend Barbapartida, hijo de Harald, sucedió a su padre, tras una rebelión que tal vez maquinara él mismo, y dedicó sus considerables recursos a la creación de un ejército mercenario. De su reinado data una serie de fortificaciones nuevas, los grandes campamentos daneses de Trelleborg, Fyrkat, Aggersborg y Odense, los monumentos vikingos más notables de ese período.

En cada campamento, el terraplén y el foso dibujan un círculo perfecto, interrumpido por cuatro entradas dispuestas simétricamente. Los caminos dividen el interior en cuadrantes en cada uno de los cuales se alzan cuadros de edificios de idéntica orientación y en forma de arco. En el campamento excavado con mayor amplitud, el de Trelleborg, hubo una línea más de construcciones, alineadas concéntricamente con respecto a la muralla principal y edificadas detrás de su propio talud exterior. La planta está medida con exactitud en unidades de 11,5 pulgadas (29,21 cm), es decir, un octavo de pulgada (0,31 cm) menos que el pie romano corriente. En Fyrkat, cada casa tenía 96 unidades de longitud (unos 28 m); en Aggersborg, 110 (32 m aproximadamente) y en Trelleborg, 100 (29,21 m). Es digno de anotar que el diámetro interno del cercado de Trelleborg (234 unidades, o sea, 68,35 m) era igual a la distancia desde el centro del recinto hasta la fachada más cercana de los edificios exteriores. La simetría del diseño diferencia a estos campamentos de todas las demás fortificaciones bárbaras y, como los *castra* romanos, sus lejanos precedentes, son sin duda los cuarteles de un ejército profesional como el que ocupó Jomsborg, sobre la costa báltica, según el poema islandés del siglo XII *Jómsvikinga Saga*, recuerdo de una sociedad guerrera que dividía el botín en partes iguales, luchaba durante el verano y en invierno vivía con férrea disciplina en Jomsborg, sin permitir que ninguna mujer entrara en el campamento y sin dar a ningún hombre permisos de mas de tres días en cada ocasión. Los campamentos son contemporáneos, al parecer, y están mal situados para defender al país. Por tanto, se ha pensado con sensatez que habrán sido los cuarteles del ejército de Svend, construidos con la parte de los botines asignada al rey, desde las incursiones piratas de fines del siglo X: hacia el año 1012, los impuestos daneses pagados a los vikingos de Dinamarca llegaron a más de 65.000 kg de oro y plata, una cantidad increíblemente grande al parecer obtenida en parte de la venta de tierras inglesas a los daneses. La capacidad de los campamentos se estimó en unos 5.500 hombres, una fuerza lo bastante amplia como para amenazar la seguridad de cualquier reino occidental.

Las victorias de las primeras incursiones y la debilidad de la resistencia inglesa en tiempos del rey Ethelred II, al que se apodó «el mal aconsejado» (*Unraed*), fueron estímulos de nuevas intervenciones y la lucha resultaría más dura

en 1002, por la matanza injustificada de daneses, incluida la propia hermana de Svend, que ordenó Ethelred. En 1003 Svend en persona condujo una tropa que hasta el año 1006 asoló Anglia oriental y Wessex. Svend volvió en 1009 con un ejército mayor, que ignoró la flota que Ethelred había estado construyendo, y durante dieciséis meses asoló el sur y el este antes de retirarse con un impuesto danés de 48.000 libras (más de 21.000 kg). Hacia 1013 Svend ya había decidido que el reino de Ethelred era lo bastante débil como para conquistarlo, de modo que condujo su flota hacia norte, hasta Trent, en el corazón de Danelaw, y aceptó el sometimiento de los caudillos del norte antes de avanzar hacia el sur y apoderarse de Wessex. Ethelred huyó a Normandía, donde el duque local, con cuya hermana se había casado el rey, le dio refugio.

Pero en Inglaterra la situación seguía siendo confusa: Svend murió en Lincolnshire, casi inmediatamente después de entrar en su nuevo reino; su hijo menor Knut (Canuto) cruzó el Mar del Norte, amenazado por los seguidores de Ethelred, quien volvió a ocupar el trono. La lealtad de los potentados ingleses vacilaba y en el año 1015, Canuto (con el apoyo de su hermano mayor, por entonces rey de Dinamarca) condujo otra flota para saquear Wessex. Los reclutas y el ejército danés se enfrentaron en una serie de batallas de diversa suerte y los contendientes, por último, acordaron una división del reino entre Canuto y Edmundo «Costillas de hierro», hijo y sucesor de Ethelred, que vivió apenas unas semanas más, y se reconoció a Canuto como rey de Inglaterra. La gran flota fue desconvocada, con un regalo de 82.500 libras (más de 37.000 kg) que se reunió en Inglaterra. En la localidad sueca de Uppland, un monolito registra en una breve inscripción rúnica la carrera de un soldado que sirvió a los caudillos vikingos Tosti y Thorkel el Alto y al rey Canuto: «Ulv cobró en Inglaterra tres *gelds* [es decir, tasas]. Fue el primero que pagó Tosti. Después pagó Thorkel. Después pagó Canuto».

Canuto, que se había protegido las espaldas casándose con Emma de Normandía, la viuda de Ethelred, empezó a reconstruir la administración que él mismo y su padre habían arruinado. Su hermano no tuvo descendencia y tras su muerte, hacia 1019, Canuto era rey de Dinamarca y de Inglaterra. El imperio de Canuto sobre el Mar del Norte, que incluía un control incierto sobre Noruega, sólo se mantuvo hasta su muerte (1035). Su hijo Hardicanuto tuvo la poca fortuna de estar en Dinamarca cuando murió Canuto: durante tres años una amenaza de Noruega, recién independizada bajo el poder del rey Magnus Olafsson, le impidió viajar a Inglaterra para subir al trono. Su hermano ilegítimo Harald, que tenía la ventaja de estar en Inglaterra, se proclamó rey. Después de llegar a un acuerdo con Magnus, en 1039 Hardicanuto condujo una flota a Flandes, pero la muerte de su hermano impidió una invasión de Inglaterra y su propia sucesión. Hardicanuto no tuvo hijos y nombró sucesor a su hermanastro Eduardo, único hijo vivo de Ethelred. Eduardo, a quien por su carácter piadoso se apodaría «el Confesor», subió al trono inglés en 1042. Dinamarca cayó en manos de Magnus de Noruega y, al parecer, durante cierto tiempo también Inglaterra se vio en peligro. Pero la crisis se disipó en 1047, a la muerte de Magnus, sucedido por su tío Harald Sigurdsson «el Gobernante duro», que reclamó el trono casi 20 años más tarde, y perdió la vida (1066) en Stamford Bridge, cerca de York, mientras trataba de imponer sus derechos.

El ducado de Normandía. Durante la conquista danesa, las relaciones entre Inglaterra y Normandía eran problemáticas. Algunos de los primeros ataques contaron con la connivencia de los duques normandos y en los puertos del ducado se refugiaban los vikingos al regresar de sus correrías en Inglaterra. A pesar del tratado de amistad concluido entre Ethelred y el duque Ricardo II en 991, nueve años más tarde el ejército danés plantó sus cuarteles de invierno en Normandía. Pero en 1002 Ethelred se casó con la hermana del duque, lo que al menos le proporcionaba un lugar de asilo y también habrá propiciado contactos más amigables; en 1014, Ethelred volvió a reclamar el trono con cierto apoyo normando.

El ducado de Normandía se había desarrollado considerablemente desde que lo estableciera Rollo el vikingo. Los normandos habían adoptado la religión, la ley, las costumbres y la organización política de los francos y, cuando emergieron de sus oscuros orígenes del siglo X, según las palabras del historiador Henri Prentout, se habían convertido «en la vanguardia de la cultura y la civilización francesas». Incluso a fines del siglo X, la aristocracia normanda restauraba los monasterios que a principios del mismo siglo quemaran sus antepasados. Desde 1001, un año antes del matrimonio de Emma y Ethelred, la regla monástica se reformó con influencia directa de Cluny, que por entonces era la orden religiosa más importante de Europa occidental, en un renacimiento espiritual que dio respetabilidad a los normandos ante los ojos de los reinos más antiguos.

Los propios duques habían obtenido la nobleza poco antes; sus condes y barones constituían una aristocracia nueva y mantenían con la familia ducal una relación estrecha, basada en juramentos de fidelidad y alianzas matrimoniales. Hubo una pronta adopción de las costumbres feudales francesas, que estaban en pleno desarrollo, y a mediados del siglo XI ya era universal la jerarquización militar de los caballeros. El poder establecido de los vasa-

llos principales se expresaba en Normandía –como en Alemania septentrional– mediante la construcción de fuertes privados en las baronías, los castillos que iban a desempeñar un papel tan importante en el sometimiento de Inglaterra por Normandía. Pero, a diferencia de lo que ocurría en Alemania, un grupo de duques normandos poderosos se reservó el derecho de mantener esos castillos bajo su firme control.

Los caballeros que no eran primogénitos, a quienes la costumbre de la posesión feudal de las tierras no otorgaba herencia paterna y que tampoco sentían interés por la vida monástica, encontraron ocupación en las guerras de Normandía con sus vecinos. A lo largo del siglo XI, creció el número de caballeros que intervenían en las contiendas hispanas entre moros y cristianos y en las refriegas de los ducados de Italia meridional, que se estaban desmoronando. En 1016, un grupo de peregrinos normandos que volvían de Jerusalén prestó ayuda al príncipe de Salerno y al duque de Apulia en su lucha contra los sarracenos. Ambos gobernantes, al parecer, pidieron más ayuda a Normandía y lo que hasta entonces fuera un goteo de voluntarios y aventureros sin tierra se convirtió en una riada. Los mercenarios normandos se entregaron al bandolerismo y después a la compra de haciendas. El cronista de Monte Cassino los describe: «A través de campos y jardines... felices sobre sus caballos... van de norte a sur en busca de fortuna». Hacia el decenio de 1050, muchos de ellos habían obtenido feudos; uno de los resultados sería que, bajo el liderato de Robert Guiscard de Hauteville –autodenominado «Por la gracia de Dios y de san Pedro, duque de Apulia y Calabria, y con ayuda de ellos, de aquí en más [duque] de Sicilia»– y protegidos por la bendición papal, fundaron el reino de las Dos Sicilias. La apreciación de Jordan Fantosme, cronista del siglo XII, fue certera: «Los normandos son buenos conquistadores: no hay raza como la suya».

Epílogo. La expansión normanda en Italia, y en 1066 en Inglaterra, sería –hasta el breve paso de los mongoles en el siglo XII– el último de los grandes movimientos demográficos que recorrieron Europa desde la caída del Imperio romano de Occidente. En adelante las fronteras nacionales podrían variar, según la fuerza o la debilidad de cada soberano, pero el mapa político de Europa en 1050 no es demasiado distinto del que hubo cuatro siglos más tarde. A lo largo de los seiscientos años de migraciones, hemos visto que la idea de *Romanitas* sobrevivió entre las sucesivas olas bárbaras. Hacia el fin de aquellos movimientos, el Imperio romano se había renovado, para perdurar como reino alemán hasta su abolición, a comienzos del siglo XIX.

Augusto, el primero de todos los emperadores, al pensar en las tres preciosas legiones que P. Quintilio Varón perdiera en los bosques de Germania, sin duda habría comprendido la ironía del caso.

Glosario

Abasida o Abasí: Dinastía árabe que se remonta a Abas, tío de Mahoma; suplantó a la de los **Omeyas**.

Åberg, Nils (1888-1957): Arqueólogo sueco, discípulo de Oscar **Montelius** y profesor de arqueología en Estocolmo. Sus estudios tipológicos de la metalurgia de las Edades del Bronce, del Hierro y del período migratorio son fundamentales para la interpretación moderna de la cronología y de las culturas europeas.

Aecio Flavio (h. 400-454): General romano que fue el gobernante real de occidente desde el año 430 hasta su asesinato. Su «reino» estaba en Galia, cuyas fronteras mantuvo con la ayuda de mercenarios hunos y otros y, tras establecer alianza con los visigodos, rechazó a Atila cuando éste invadió Galia en 451.

Agilulfo (murió en 615): Rey de los lombardos, noble con quien la reina **Teudelinda** se casó en segundas nupcias en 590. Después de amenazar a los estados bizantinos, aceptó una tregua y desde 605 estableció la paz con sus vecinos de Italia. Durante su reinado, volvieron los católicos al norte de Italia.

Agustín, san [Aurelio Agustín] (354-430): Padre de la Iglesia, que tras una vida agitada de profesor, filósofo y escritor, fue ordenado obispo de Hipona (África) en 395. Sus cartas, sus obras polémicas y, sobre todo, las teológicas y filosóficas transformaron el cristianismo occidental; su autobiografía *Confesiones* (h. 400) inspiró a toda una generación de escritores. Murió en el momento en que los vándalos iniciaban la conquista de África.

Akerman, John Yonge (1806-1873): Estudioso de las antigüedades inglés, secretario de William Cobbett. Se dedicó toda su vida a la numismática; contribuyó a la fundación de la Sociedad Numismática de Londres en 1836 e inició el *Numismatic Journal*. Tuvo gran influencia como secretario de la Sociedad de Anticuarios de Londres (1848-1860) y en 1855 publicó *Remains of Pagan Saxondum*, una síntesis de los descubrimientos de aquellos años.

Alamanes: «Pueblo» germánico, confederación de varias tribus que se unieron en el siglo III. Hacia 260 conquistaron las tierras fronterizas romanas situadas entre el Rin y el Danubio y se establecieron allí –a pesar de la derrota que en 357 les infligieron los romanos– hasta que ese territorio quedó incorporado a Francia por la expansión de los francos en el siglo VI.

Alanos: Nómadas del sureste de Rusia, que emigraron hacia el este cuando los godos se apoderaron de sus tierras (siglo III). El avance de los **hunos** generó un movimiento hacia el oeste. Algunos alanos pasaron a España en 409, donde se unieron a los **vándalos**.

Alarico (m. 410): Caudillo visigodo que en 395 condujo un grupo migratorio de su pueblo hasta Grecia y asoló los Balcanes. A instancias del gobierno oriental, puso su atención en el oeste e invadió Italia en 401 y años subsiguientes. Entre 408 y 410 sitió Roma tres veces y en 410 la saqueó. Para obtener tierras para su gente, avanzó hacia el sur pero no consiguió pasar a Sicilia y murió en Italia meridional.

Alarico II (m. 507): Rey de los visigodos, sucedió a su padre, Eurico, en 484; fue tolerante con los católicos. En 506 promulgó un código tomado de la práctica judicial romana, para uso de sus súbditos romanos. En 507 **Clovis** lo derrotó y mató en Vouillé.

Albuino (m. 572): Rey de los lombardos, sucedió a su padre h. 565. Con ayuda de los **ávaros**, derrotó a los gépidos y se retiró a Italia con su pueblo, donde arrasó el nuevo estado bizantino. Fue asesinado en 572.

Alcuino (735-804): Teólogo nacido en York y educado en su escuela catedralicia. En 778, cuando enseñaba en York, Carlomagno le encargó la fundación de la Escuela Palatina de Aquisgrán. Se estableció en Francia y desde 796 hasta su muerte fue abad de Tours. Escribió obras teológicas y filosóficas e influyó mucho en los círculos cortesanos.

Amiano Marcelino (h. 330-395): Griego, nacido en Antioquía, fue el último gran historiador romano; sirvió en el ejército y se estableció en Roma en 378. Su *Historia*, escrita en latín para lectores romanos, abarcaba el período 96-378 d. C.; se conserva el texto que va desde 353, una descripción detallada, y al parecer estricta, de los hechos y de la sociedad en los años cruciales previos al comienzo de las migraciones bárbaras hacia el Imperio.

Amuleto: Objeto al que su portador considera capaz de evitar el mal. A veces lleva inscrita una fórmula mágica para asegurar su eficacia.

Anastasio (h.430-518): Emperador romano de Oriente, sucesor de Zenón en 491. Fue un administrador cuidadoso y prudente; reformó el sistema monetario y procuró conciliar los puntos de vista enfrentados de los teólogos del imperio.

Anglosajones: Nombre aplicado a los habitantes bárbaros de Britania, los «sajones ingleses», para diferenciarlos de sus paisanos del continente. Hoy se usa, en general, para aludir al período que en Inglaterra va desde la caída del poder britano (h. 550) hasta la conquista normanda de 1066 y también a las edificaciones y a toda clase de objetos de cerámica y de metal.

Anglo-Saxon Chronicle *(Crónica anglosajona)*: Fuente primordial de la historia anglosajona, compilada aproximadamente entre 871 y 890 y basada en fuentes anteriores. Algunos manuscritos elaborados por entonces se aumentaron con los textos de anales posteriores, que dan variantes y relatos casi contemporáneos de los hechos de los siglos X-XII.

Arbogastes (m. 394): General bárbaro, quizá franco, que sirvió con Teodosio el Grande (380-388), quien lo envió en auxilio de **Valentiniano II**, a cuya muerte Arbogastes se convirtió en el primer general bárbaro que proclamaba al nuevo emperador: en este caso, se trató de **Eugenio** (392); sin embargo, su protegido sufrió una derrota en 394 y se suicidó.

Arcadio (383-408): Emperador romano, hijo mayor de Teodosio el Grande, a quien sucedió (395) en la mitad oriental del Imperio. Apenas si hay datos de su influjo en los acontecimientos y se dice que los ministros controlaron su gobierno.

Arrianismo: Doctrina cristiana que niega la divinidad de Cristo. En el siglo IV, se declaró herejía a esa doctrina (establecida por el sacerdote Arrio), pero algunos centros arrianos influyeron en los **godos** que por entonces llegaban desde sus tierras; los ostrogodos, visigodos y vándalos se convirtieron al arrianismo, lo que produjo un enfrentamiento con la población católica romana.

Arturo (m. h. 510?): Campeón legendario de los britanos ante los invasores anglosajones. La mayor parte de los relatos que hablan de él son del siglo XII o posteriores e incluso se duda de su existencia.

Atalaya: Fortificación construida sobre una montaña, de un tipo conocido ya durante la etapa prehistórica final de Europa. Las excavaciones demostraron que muchos de esos emplazamientos, a los que se creyó prehistóricos por su apariencia superficial, estuvieron ocupados, o incluso se construyeron, durante el período migratorio. Un grupo de atalayas hallado en el valle del Rin data de las guerras del siglo X entre los magiares y los francos del este. *Ver también* **Fuerte circular**.

Ataúlfo (m. 415): Sucesor de Alarico, condujo a los visigodos desde Italia hasta Galia meridional en 412. En 414 se casó con Placidia, hermana de **Honorio**, capturada en 410 durante el saqueo de Roma, y al año siguiente se retiró a España, donde lo asesinaron. Se dice que pretendía crear un imperio godo pero que el salvajismo de su pueblo le hizo cambiar de idea.

Atila (h. 410-453): Rey de los hunos; por un breve lapso (h. 445-453) unió a los nómadas contra el Imperio romano e invadió Galia e Italia. En el año 452, Aecio lo derrotó en batalla y Atila murió mientras se preparaba para un nuevo ataque. Su muerte deshizo el «imperio» de los hunos, a quienes aplastaron las insurrecciones de sus súbditos germanos.

Augusto (63 a. C.-14 d. C.): Primer emperador romano, sobrino nieto y heredero de Julio César, tras cuyo asesinato asumió el poder; después del 30 a C. se convirtió en gobernante supremo del mundo romano. Su largo reinado marcó el paso de la república al imperio, una organización en cuyos detalles prevalecieron muchos de los criterios personales de Augusto. Se redujeron los efectivos de los ejércitos republicanos y se los desplegó en las fronteras; en el norte, un intento fracasado de anexar Germania detuvo la expansión de Roma durante casi un siglo.

Ávaros: Nómadas asiáticos, al parecer una unión de grupos de distinto origen, que hacia el decenio de 550 avanzaron sobre Europa y establecieron un reino poderoso en Hungría y el sur de Rusia. A lo largo del siglo VII su poder declinó, ya que sus súbditos reclamaron la independencia; a principios del siglo IX, cedieron ante la presión de Carlomagno y de los búlgaros del Bajo Danubio.

Bacaudas: Nombre celta de significado oscuro que se aplicó a labriegos rebeldes del norte de España y de Galia entre los siglos III y V. Algo después de 400, estallidos de rebeldía en Armórica (noroeste de Francia) contribuyeron a la ruptura del poder romano en las provincias septentrionales.

Basílica: Edificio para reuniones públicas (jurídicas o mercantiles); iglesia que sigue el modelo de ese tipo de edificio. Según esta segunda acepción, se aplica a un tipo de construcciones que constan de una nave principal y alas laterales, en especial cuando son grandes catedrales urbanas.

Beda (673-735): Historiador inglés, que pasó la mayor parte de su vida en el monasterio nortumbrio de Jarrow, enseñando latín, griego y hebreo. Casi todo su trabajo versa sobre la Biblia, pero su obra principal, *The Ecclesiastical History of the English* (Historia eclesiástica de los ingleses), terminada en 731, es una fuente muy valiosa para el estudio del siglo VII y se puede decir que es la obra histórica máxima de principios de la Edad Media europea.

Belisario (m. 565): General de Justiniano, que hizo las campañas contra Persia (527, 540), se apoderó del África vándala (533-534) y empezó la reconquista de la Italia ostrogoda (535).

Beorhtric (m. 802): Rey de los sajones occidentales, casado con una hija de **Offa el Grande**. Se cree que envenenó a su mujer. Durante su reinado, los vikingos pisaron por primera vez el suelo de Inglaterra.

Beowulf: Poema épico anglosajón de principios del siglo VIII o incluso anterior, cuya acción transcurre entre los geatos de Suecia.

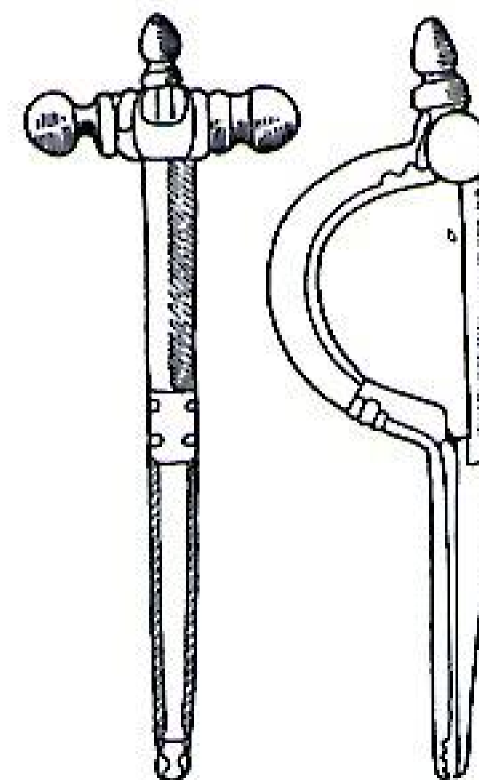
Bleda (m. h. 445): Hermano de **Atila** y cogobernador de los hunos de la región danubiana. Atila hizo asesinar a Bleda y asumió el poder total.

Boecio, Anicio Manlio Severino (h. 480-524): Senador romano y cónsul, tuvo un puesto importante en la corte de Teodorico el Grande, hasta que se le acusó de traición; mientras estaba en la cárcel escribió su famosa obra *La consolación de la filosofía*; fue ejecutado en Pavía.

Bonifacio (680-755): Santo y misionero nacido en Devon, educado en Exeter y Winchester; en 716 fue a Frisia para convertir a los gentiles. Nombrado obispo en 723 y arzobispo en 732, organizó y reformó las iglesias nuevas y la estructura de la Iglesia franca. Hacia 746 fue la autoridad máxima de las iglesias orientales. Los paganos de Dokkum, Frisia, asesinaron a Bonifacio y a quienes se habían convertido.

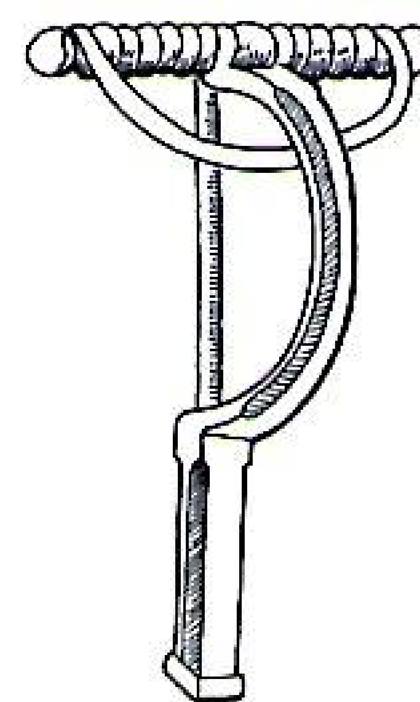
Britanos: En prehistoria y arqueología reciente, los pobladores de Britania hablantes de celta, diferenciados de los anglosajones o ingleses, hablantes de alemán.

Broche (o fíbula) cruciforme: Broche de arco con un remate superior (cabeza) pequeño y un pie largo. El remate se adorna con tres botones sobresalientes; el pie, por lo común, tiene forma de cabeza de animal con ojos y nariz. Desde fines del siglo IV fue corriente en Jutlandia y Holstein; durante los siglos V y VI, este tipo de broche atravesó el Mar del Norte y llegó a Britania.



Broche cruciforme

Broche (o fíbula) de ballesta: Broche simple en forma de arco, a menudo sin remate superior, datado h. el siglo IV o principios del V. Se deriva de formas romanas tardías y, al parecer, es antecedente de las piezas de ornamentación más elaborada que se fechan en el período migratorio.



Broche de ballesta

Broche (o fíbula) de cabeza cuadrada: Broche de arco con una cabeza cuadrada grande, en general decorada con relieves fundidos o cincelados. Algunas piezas comparativamente sencillas de Jutlandia datan de fines del siglo IV. Los tipos más elaborados de los siglos V y VI se desarrollaron en Inglaterra.



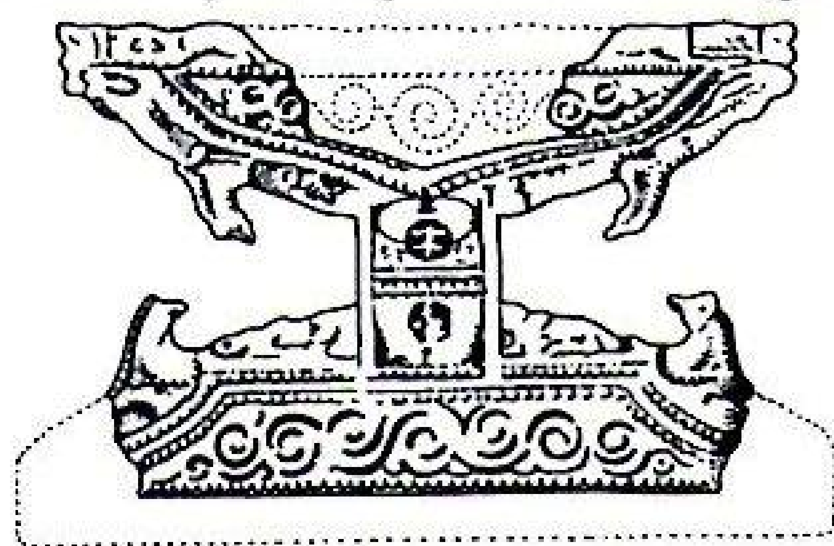
Broche de cabeza cuadrada

Broche (o fíbula) de disco: Pieza circular, de sección cóncava, al estilo de las tarjetas de identificación modernas, en general decorada con motivos cincelados. Se encuentra en las tierras bajas del norte de Alemania y en Inglaterra y data de los siglos V y VI.



Broche de disco

Broche (o fíbula) de dos brazos: Broche de arco con cabeza y pie simétricos. Se encuentra sobre todo en la región de Elba-Weser y durante el breve lapso de la primera mitad del siglo V.



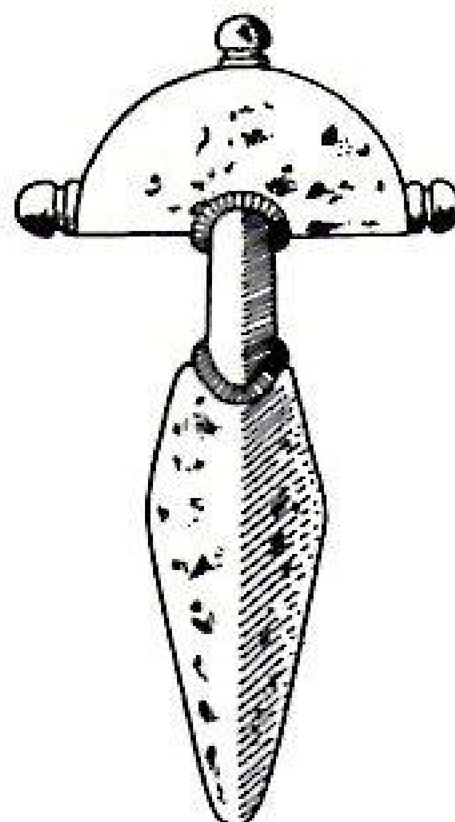
Broche de dos brazos

Broche (o fíbula) radial: Denominación general que se aplica a los broches de arco con cabeza semicircular ornamentada con varios botones dispuestos radialmente. Los dos tipos principales son el broche radial con pie de lados rectos (encontrado en territorios francos) y el de pie rómbico (encontrado en entornos lombardos).



Broche radial de tipo lombardo

Broche (o fíbula) simple: Broche de arco con cabeza plana (casi siempre semicircular, con botones de adorno dispuestos radialmente) y pie alargado, en forma de rombo. Se han clasificado varios tipos, adornados con piedras preciosas o incisos y distribuidos desde Crimea hasta España, fechados entre los siglos IV y VII.



Broche simple

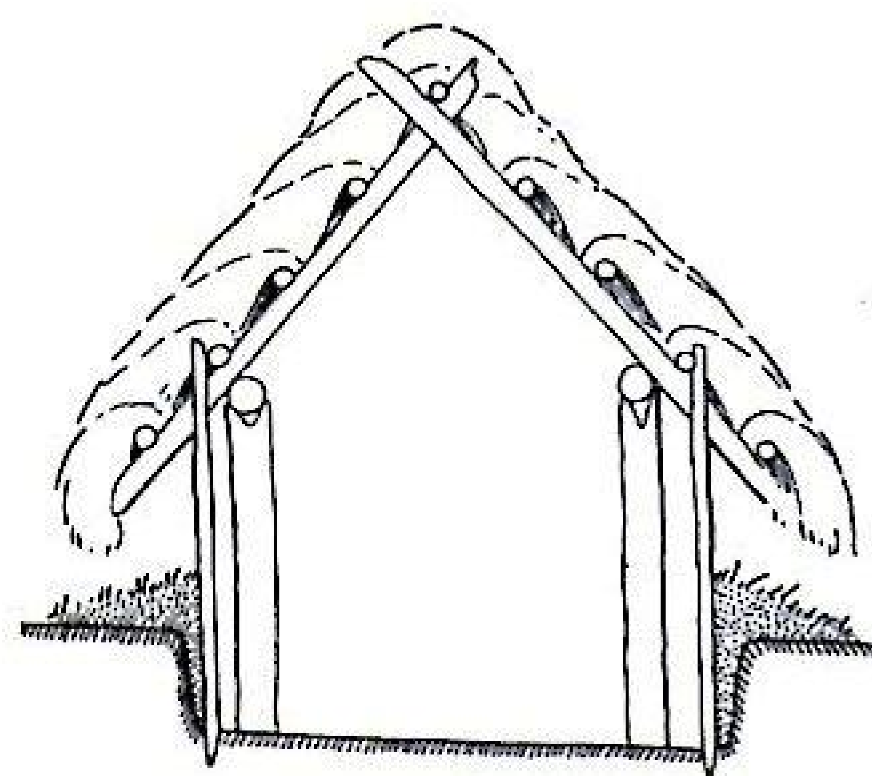
Browne, sir Thomas (1605-1682): Físico y escritor, renombrado por su conocimiento enciclopédico de las teorías contemporáneas sobre las ciencias y las antigüedades. Fue nombrado caballero en 1671, como ciudadano destacado de Norwich. Su obra *Hydriotaphia* (1658), un análisis de las antiguas costumbres de enterramiento, constituye la primera publicación sobre las urnas cinerarias anglosajonas.

Búlgaros: Nómadas asiáticos que se asentaron en las costas del Mar Negro después de la emigración general hacia oriente, a fines del siglo V. Poco se sabe de sus relaciones con los **hunos** o los **ávaros** supervivientes. Después de 679, los búlgaros atravesaron el Danubio y fundaron una nación en la antigua provincia de Mesia, que se civilizaría gradualmente.

Burgundos: Pueblos germanos del Medio Rin que se asentaron cerca de Ginebra en el decenio de 430; allí, en el valle del Ródano establecieron un reino. En su expansión del siglo VI, los **francos** se anexaron Burgundia (Borgoña), pero los burgundos disfrutaron de períodos de relativa autonomía y, tras la división del Imperio franco (siglo IX), Burgundia formó un reino independiente hasta 1032.

Burh o villa: Posición fortificada, normalmente en ruinas, de las poblaciones defendidas que construyeron Alfredo y sus sucesores para detener los ataques daneses.

Cabaña de suelo cavado: Traducción del vocablo alemán *Grubenhaus*, refugio. Se aplica a las pequeñas viviendas bárbaras que se alzan sobre un foso cavado en la tierra, ya sirviese de sótano o de suelo de la cabaña.



Cabaña de suelo cavado

Camden, William (1551-1623): Estudioso de las antigüedades inglés; hizo extensos viajes entre 1571 y 1600 en busca de material arqueológico. Resumió sus descubrimientos en su obra *Britannia*, publicada en 1586 por primera vez, pero muy ampliada por el propio autor en las siguientes ediciones, sobre todo en la 6ª, de 1607. En 1593 fue nombrado rector de la Westminster School, y su actividad docente lo convirtió en una figura influyente en los círculos metropolitanos. En 1622 fundó una cátedra de historia en la Universidad de Oxford y tras su muerte, varios editores y traductores continuaron revisando y actualizando su *Britannia.*

Canuto (Knut) (m. 1035): Hijo menor de Svend Barbapartida, rey de Dinamarca. Después del año 1016 fue rey de Inglaterra (conquistada por su padre) y desde 1018, rey de Dinamarca, tras la muerte de su hermano mayor. Después de 1030 también fue rey de Noruega, pero ese poderoso imperio del Mar del Norte se desplomó a su muerte.

Carlos el Calvo (823-877): Hijo menor de **Luis el Piadoso** y rey de los francos de occidente; sobrevivió a sus hermanos y a varios herederos de ellos, hasta convertirse en emperador en el año 875.

Carlos el Gordo (839-887): Hijo menor de **Luis el Germánico**, rey de los francos de occidente desde 822 y coronado emperador. Durante su reinado los vikingos plantaron un largo asedio ante París (885) y su debilidad propició un golpe que lo depuso en el año 887.

Carlos el Simple (879-929): Hijo de Luis II el Tartamudo y rey de Francia. Encarcelado por el duque Radulfo de Borgoña en el año 923, murió en prisión. Carlos entregó la región del curso inferior del Sena a los vikingos (911), quienes establecieron el ducado de Normandía.

Casa dividida en alas: Estructura en la que el peso del techo se sostiene en dos filas de postes

interiores, que dividen el espacio en una «nave» central y dos «alas» laterales. Este diseño es el habitual en las casas del norte germano y de Escandinavia durante el **período migratorio**; se trata de un tipo de edificación que tiene antecedentes en el milenio IV o en el V a. C.

Casiodoro, Flavio Magno Aurelio (h. 490-h. 583): Senador y apologista romano, principal propagandista de **Teodorico el Grande**; se retiró de la vida oficial en 537 y después de una estancia (quizá forzada) en Constantinopla, fundó un monasterio en Italia meridional, donde se hizo mucho para conservar los manuscritos de los autores clásicos. Sus escritos históricos copiados por escritores tardíos se han perdido, pero una edición de sus cartas oficiales, escritas en nombre de los reyes ostrogodos, ilumina la historia italiana de principios del siglo VI.

Ceawlin (m. 593): Rey de los sajones occidentales y sucesor de **Cynric**. Entabló la guerra con el reino de Kent (568) y con sus vecinos britanos y se le atribuye la toma de ciudades britanas suroccidentales (577). Según la **Anglo-Saxon Chronicle**, dirigió campañas en el oeste de Midlands y en Gales del Sur; se le adjudica el rápido crecimiento del reino sajón de Wessex.

Celtas: Nombre que dieron los escritores clásicos a los pueblos prehistóricos de España, Galia y Europa central y aplicado por los estudiosos modernos con mayor amplitud a los habitantes de las islas británicas antes del período romano. Los celtas compartían dialectos de una misma lengua (hoy representada por el gaélico irlandés y escocés, el galés y el bretón) y formas de un arte común (los estilos de La Tène en la Europa de la Edad del Hierro) pero poco más; gradualmente quedaron absorbidos por la expansión romana y la germana.

Chanson de Roland (*Canción de Roldán*): Antiguo poema épico francés, que en su forma actual se fecha h. 1100; de un modo muy libre, se basa en la derrota que sufrieron los francos en Roncesvalles (778). Aunque tiene gran interés para el estudio de las actitudes de la caballería del siglo XI y por su gran influencia en los escritores medievales posteriores, su valor como testimonio de los acontecimientos del siglo VIII es mínimo.

Chaucer (h. 1340-1400): Poeta y cortesano, hijo de un vinatero londinense. Sirvió en la familia de la duquesa de Lancaster y llegó a ser oficial del rey y caballero del condado (1386), funcionario de las obras del rey (1389-1391), además de ocupar otros cargos administrativos. Es conocido sobre todo por sus obras literarias, en especial los *Cuentos de Canterbury* (publicados en 1387 y reeditados muchas veces).

Cheurón (*chevron*): Motivo angular que se asemeja a una V invertida. Se aplica a las decoraciones de piezas de cerámica hechas con herramientas de sección oblicua, antes de hornear la vasija.

Cierre de seguridad: Pieza de metal que sujeta la aguja de una fíbula en su lugar, semejante a los cierres de los broches modernos.

Claudiano, Claudio (m. h. 404): Poeta griego nacido en Alejandría; fue a Roma hacia el año 395 y escribió en latín panegíricos dedicados a los cortesanos, lo que lo convirtió en el poeta de la corte de **Honorio** y en propagandista de **Estilicón**. Sus poemas políticos dan testimonios acerca de los hechos sucedidos en torno al 400.

Clovis (Clodoveo) (h. 465-511): Rey de los francos, hijo de Childerico, a quien sucedió en 481. Sus conquistas le hicieron dueño de gran parte de Galia central y oriental; en el año 507, derrotó a **Alarico**, rey de los visigodos, y se anexó el suroeste.

Colgante: Adorno que se llevaba al cuello con un lazo o una cadena.

Columbano, san (m. 615): Monje irlandés que fundó monasterios en Francia; en el año 612, con la ayuda de **Teudelinda**, estableció el monasterio lombardo de Bobbio, en Italia septentrional.

Comites (singular: *comes*, en latín, «compañeros»): Término usado para aludir a los que acompañaban al emperador en sus viajes. En la reorganización militar de principios del siglo IV, se aplicó este nombre a oficiales militares y civiles de alto rango. En los reinos bárbaros, *comes* se convirtió en título de nobleza, que en general se traduce por «conde» y, como *dux* (pl. *duces*), se usa para verter el *Graf* germano.

Conde de la Costa Sajona: Comandante de las defensas costeras britanas, mencionado en 367 y, al parecer, a cargo de las grandes fortalezas de piedra dispuestas a lo largo del litoral este y sureste de Inglaterra, destinadas a interceptar a los invasores que llegaban por mar.

Constantino III, Flavio Claudio (m. 411): Emperador proclamado por el ejército en Britania (407); pasó a Galia y allí estableció un imperio galo independiente, con capital en la ciudad meridional de Arles. En el año 409 **Honorio**, presionado por los visigodos, legitimó esa usurpación, pero tras la muerte de Alarico, el gobierno de Italia derrotó y ajustició a Constantino, para después dispersar a sus partidarios.

Crónica rusa: Anales locales, compilados a principios del siglo XII, que contienen detalles precisos del comercio y los asentamientos suecos en Rusia.

Cuados: Tribu germana asociada, en el siglo II y más tarde, con los **marcomanos**; fueron una amenaza constante para la frontera romana del Danubio. Durante el siglo V algunos cuados se unieron a los **vándalos** y a los **alanos** en la conquista de España.

Cynric (m. 560?): Rey de los sajones occidentales, quizá en su origen caudillo de un ejército acantonado en Wiltshire. Se dice que derrotó a los britanos en 552, cerca de Salisbury, y que estableció el reino inglés.

Danegeld (impuesto danés): Tributo sobre las tierras que pagó Inglaterra a los vikingos daneses, desde el año 991 hasta 1084, para mantenerlos apartados de sus costas. Por analogía, se aplica la expresión al pago de tributos similares en el continente o en la Inglaterra anterior a Ethelred.

Danelaw: En las comarcas de Midlands orientales y norte de Inglaterra, nombre despectivo que se dio hacia fines del siglo X a la región conquistada y colonizada por los vikingos daneses y en la que los colonos escandinavos disfrutaron de una gran autonomía, consentida por los reyes ingleses.

Devocionario: Libro que contiene las oraciones y el orden de los oficios que se celebran en las iglesias católicas.

Diocleciano (m. 316): Emperador romano, soldado oriundo de Dalmacia elegido soberano por el ejército (284). Con la ayuda de una junta militar nombrada por él mismo, reconstruyó el imperio después de los desastres de los decenio de 260 y 270 y organizó la administración civil y militar para responder a las complejidades crecientes del gobierno. En el año 305 dimitió a favor de su segundo y obligó al coemperador a que hiciera otro tanto; desde esa fecha vivió retirado de la política.

Douglas, James (1753-1819): Después de trabajar en la industria y en los ejércitos de Austria y Gran Bretaña, recibió las órdenes sagradas en 1780 y pasó el resto de su vida en distintas parroquias de Inglaterra meridional y central. Sus publicaciones sobre antigüedades incluyen la obra *Nenia Britannica*, conjunto de informes de su trabajo de campo en Kent y en Sussex, donde se examina un gran número de túmulos de enterramiento anglosajones.

Duces (en latín, «jefes»): Palabra que se aplicó

en el ejército romano a soldados que tenían deberes de mayor importancia que los habituales de su rango. En el siglo IV, las tropas destinadas a las fronteras a menudo estaban bajo las órdenes de los *duces*. El nombre sobrevivió hasta la época medieval como denominación de categoría nobiliaria (duque), a veces superior a la más corriente de **comites** (condes).

Ealdorman: «Anciano» o patriarca, en los reinos anglosajones se refiere a un virrey, funcionario, noble o incluso eclesiástico. Este título, reemplazado por el de *jarl* («conde») durante la ocupación danesa, con el tiempo se aplicó a un funcionario del gobierno local.

Edad del Hierro: Período arqueológico convencional. Desde la primera mitad del milenio I a. C., en la mayor parte de las comarcas europeas florecieron culturas en las que el hierro desempeñaba algún papel. En las zonas conquistadas por los romanos, a la «Edad del Hierro» sucedió el período «romano». Las culturas contemporáneas asentadas *fuera* del imperio se describen como pertenecientes a la «Edad del Hierro romana». Desde 400 d. C. aproximadamente, a esas edades siguió el **período migratorio**.

Edad Oscura: Expresión con la que se alude al **período migratorio;** no es muy aceptada por su connotación de ignorancia; con mayor propiedad se aplica a la época notablemente sombría que atravesó Escocia occidental antes de 800, aproximadamente.

Edmundo Costillas de hierro (h. 981-1016): Hijo de **Ethelred II** y por unas pocas semanas del año 1016 su sucesor en el trono de Inglaterra; fue famoso por sus proezas militares ante los invasores daneses. Se dijo que su muerte se debió a una enfermedad, aunque fue muy oportuna para Canuto.

Edmundo el Magnífico (m. 946): Hijo y sucesor de **Eduardo el Viejo;** continuó expandiendo el reino meridional a expensas de los colonos daneses.

Edred (m.955): Hijo de Eduardo el Viejo y desde 946 rey de los ingleses. Extendió su control sobre **Danelaw** y fue responsable de la expulsión de Erik Hacha sangrienta, último rey danés de York.

Eduardo el Confesor (m. 1066): Hijo de **Ethelred II;** Canuto lo mantuvo alejado del poder. En 1041-1042 fue uno de los favoritos de Hardicanuto, hijo de Canuto, y por eso llegó al trono en 1042. Eduardo estaba estrechamente relacionado con Normandía y tuvo problemas con algunos de sus nobles, en especial el conde Godwin de Wessex, cuyo hijo Haroldo sucedió al Confesor en el año 1066. Su reconocida piedad le valió la canonización.

Eduardo el Viejo (m. 924): Rey de los ingleses del sur, hijo del rey Alfredo de Wessex; continuó la política de su padre, cooperando con los daneses de Midlands o luchando contra ellos cuando le convenía. Poco antes de morir había extendido el reino inglés hasta el río Humber.

Edwin (h. 585-633): Rey de Northumbria; exiliado tras la muerte de su padre, Edwin tuvo trato con los misioneros de Kent en la corte de **Raedwald;** con la ayuda de este rey subió al trono nortumbrio en 617 e impulsó la conversión de sus súbditos al cristianismo. Murió en combate a manos de Penda, rey de Mercia.

Einhard (m. 840): Aristócrata educado en el monasterio de Fulda. Desde 791 integró la Escuela Palatina de Aquisgrán y se convirtió en consejero y amigo de Carlomagno. Puede que haya sido escribiente de las obras de Aquisgrán. Después de la muerte del emperador conservó su influencia y fue nombrado abad de varios monasterios. Entre 829 y 836 escribió su *Vida de Carlomagno*, fuente de gran parte de nuestros conocimientos sobre el Imperio franco.

Emir: Palabra árabe que significa «jefe» y se aplica a los caudillos virtualmente independientes de los territorios conquistados.

Enterramiento de barco: Tipo de enterramiento en que el cadáver, incinerado o no, se depositaba dentro de un bote o barco, por lo común con bienes funerarios, y se enterraba bajo un túmulo de tierra o de piedras.

Escitas: Nombre dado antes del siglo V a. C. por los griegos a los pueblos que ocupaban la costa norte del Mar Negro. Esta raza de nómadas, tal vez de origen asiático, se asentó en el sur de Rusia, hasta que quedó absorbida por los godos y otros inmigrantes en los siglos II y III d. C. A principios de la época moderna, el término se usó con mayor amplitud para referirse a las culturas prehistóricas (celtas, germanos, eslavos) de Europa oriental.

Establo: Cobertizo para el ganado, ya fuese una edificación independiente o un sector de la granja. En las casas de tres alas fechadas en la prehistoria o en el período migratorio de Europa, un extremo de la casa a menudo tenía pesebres para los animales, por lo que el tipo de construcción se llama con frecuencia «casa-establo» o «casa y establo» y, con el nombre de *longhouse*, aún se encuentra en Irlanda, Gales y parte del continente.

Estilicón, Flavio (m. 408): General romano, semibárbaro por su origen, que desde 395 fue dueño de la mitad occidental de Imperio, como regente del joven emperador **Honorio.** Su rival fue el visigodo **Alarico,** a quien derrotó varias veces en Italia, pero su política provocó una insurrección y Honorio ordenó que fuera asesinado.

Ethelbert (h.550-616): Rey de Kent desde 560, derrotado por **Ceawlin** de Wessex en 568. Se casó con Berta, hija de Cariberto, rey de París, y durante su reinado las influencias francas son evidentes en la metalurgia de Kent. Siguió el ejemplo de Berta y aceptó la misión católica de **san Agustín** (597) y el bautismo; fue el primer rey anglosajón que abrazó la fe cristiana. Se le atribuye un código de leyes basadas en las romanas, al que se considera un testimonio de las costumbres y la sociedad antiguas de Kent.

Ethelred II (h. 965-1016): Rey de Inglaterra (978-1016) al que se apodó el Mal aconsejado por su política vacilante frente a los vikingos daneses. Se casó con Emma, hija de Ricardo, duque de Normandía, donde se refugió durante la invasión del rey Svend de Dinamarca. Cuando murió Svend (1014), recuperó el poder, que conservó hasta su propia muerte.

Ethelweard (? m. 998): Cronista que se autodenominó **ealdorman** y pudo haber sido el que ajustó los términos de un tratado para Ethelred II en 994. Su crónica (que abarca desde la creación hasta 973) contiene material sobre el siglo X desconocido fuera de ella.

Eugenio, Flavo (m. 394): Emperador de Occidente (392-394); este profesor de retórica romano fue protegido de **Arbogastes** –el comandante en jefe de los francos al que se supuso asesino de **Valentiniano II**– quien lo proclamó emperador. Pero Teodosio el Grande derrotó y ajustició a Eugenio.

Excavaciones de rescate: Denominación de los intentos de salvar material de depósitos arqueológicos antes de su destrucción.

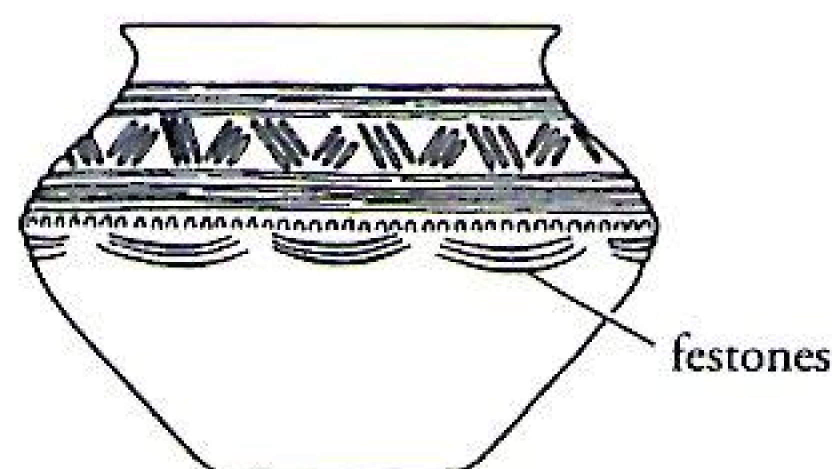
Faereyinga Saga: Saga islandesa, escrita hacia 1200, que contiene una narración tradicional y muy personalizada sobre la colonización de las islas Faeroes en el siglo IX.

Faussett, Bryan (1720-1776): Licenciado de All Souls, Oxford, y pastor en Shropshire y Kent. Entre 1757 y 1773 excavó sepulcros anglosajones; los informes y registros se publicaron en 1856 bajo el título *Inventorium Sepulchrale.*

Federados: Nombre que se dio a grupos o tribus bárbaros que se aliaban mediante un tratado (*foedus*) con el Imperio romano. Estos pueblos conservaron sus costumbres y gobernantes propios y, en ocasiones, formaron Estados vir-

tualmente independientes junto a las fronteras imperiales.

Festón: Término usado para describir el motivo ornamental de ondas descendentes común en la cerámica germana septentrional del **período migratorio**; casi siempre son varias líneas incisas en forma de U muy abierta.



Vasija del siglo IV *(?) procedente de Norfolk decorada con festones*

Francos: Pueblo germano establecido al este del Rin, durante el siglo V se expandió hacia Bélgica y el norte de Francia. Bajo el mando del gran rey **Clovis**, los francos ocuparon gran parte de Galia y su reino se extendió sin pausa, hasta los tiempos de Carlomagno, en los que abarcó la mayor parte de Europa occidental.

Fredegar: Nombre dado en el siglo XVI a un compilador anónimo de la mayor crónica franca, desde el fin del Imperio romano hasta el establecimiento de los Carolingios.

Frisios: Habitantes de la llanura costera holandesa (Frisia). Intervinieron en la invasión de Britania, pero han dejado pocos testimonios de sus actividades en esas tierras. A lo largo del siglo VIII, los **francos** se anexaron Frisia, que siguió integrando el reino franco durante la Edad Media.

Fuerte circular: Vallado defendido, por lo común en tierras llanas, cuya fortificación constaba de una muralla de piedra con o sin un foso exterior que rodeaba una superficie interior reducida. Estos pequeños fuertes son corrientes en Irlanda, oeste de Britania y Escandinavia central.

Geatos: Pueblo escandinavo que habitaba en la región centro sur de Suecia, en Götaland.

Genserico (m. 477): Rey de los **vándalos** y de los **alanos** desde 428. En 429 llevó a su pueblo desde España a África, a la que sometió hacia 439. Los emperadores de Oriente intentaron derrocarlo, pero él resistió; con la flota que mandó construir en Cartago dominó el Mediterráneo occidental y, en 455, saqueó Roma.

Geoffrey de Monmouth (h. 1100-1155): Historiador y cronista que buscó protección de los nobles con sus escritos. Su *Historia de los reyes de Britania* (h. 1135) tuvo gran popularidad y dio amplia difusión a muchas de las leyendas del rey Arturo. Fue nombrado obispo de St. Asaph, Gales, en 1152.

Gépidos: Tribu germana del Medio Danubio, que se rebeló contra los hijos de **Atila** en el decenio de 450. Durante el siglo VI, una serie de guerras contra sus vecinos, los lombardos, terminó en una derrota decisiva y los sobrevivientes se mezclaron con los ávaros después de 568.

Gibbon, Edward (1737-1794): Historiador y político reticente. Su falta de salud hizo que en la juventud se concentrara en los estudios literarios, sobre todo en la historia de Roma. Los círculos londinenses letrados lo alabaron y durante un tiempo fue miembro del Parlamento, pero pasó los últimos años de su vida retirado en Lausana, Suiza. Su obra mayor es *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* (1776-1788), muchas de cuyas apreciaciones aún se consideran vigentes para el estudio del mundo romano.

Gildas (h. 500-571?): Monje britano del que se dice que se retiró a Britania h. 550 y fue reverenciado como santo allí y en Gales del Sur. **Alcuino** lo llamó «el más sabio de los britanos» y su obra *Fall of Britain* (Caída de Britania, h. 540) es una valiosa fuente para conocer la situación del territorio en la primera mitad del siglo VI.

Gododdin: Poema compuesto en Britania septentrional a principios del siglo VII; trata de un intento fracasado de expulsar de Northumbria a los ingleses.

Godos: Pueblos germanos, divididos en ostrogodos y visigodos; en sus orígenes, ambos grupos procedían quizá de la comarca báltica. Durante el siglo V, los visigodos ocuparon el sur de Galia y España y los ostrogodos, Italia; ambas tribus establecieron reinos bárbaros pujantes. El de los ostrogodos cayó bajo los ataques del Imperio de Oriente. Los visigodos sucumbieron ante la expansión de los árabes, a principios del siglo VIII.

Graciano, Flavio (m. 383): Emperador romano, hijo de **Valentiniano I**, que en su reinado se ocupó casi exclusivamente de la defensa de la frontera renana (367-383). Aceptó la elección de su hermano **Valentiniano II** como emperador, quien controló Italia, mientras él se quedaba con la Galia; lo derrocaría **Magno Máximo**, quien lo hizo matar cuando Graciano huía hacia el sur.

Gregorio I, el Grande (h. 540-604): Papa en 590-604; patricio romano que dejó la carrera de funcionario para convertirse en monje (h. 575) y a regañadientes se vio comprometido con la administración de la Iglesia. Famoso porque se le atribuye la introducción del canto «gregoriano». Su correspondencia es una mina de información sobre la Italia de fines del siglo VI. En 596 envió a los misioneros que convertirían Inglaterra al cristianismo.

Grubenhaus: *Véase* **cabaña de suelo cavado.**

Harald Harðraði (1015-1066): Hermanastro del rey Ólaf el Santo de Noruega y, tras la muerte de éste, exiliado en Novgorod y miembro del regimiento varangiano del emperador bizantino. Volvió a Noruega en 1046 y al año siguiente sucedió a su sobrino, el rey Magnus Ólafsson; recibió el apodo de Harðraði, «jefe duro»; invadió Inglaterra en el año 1066 y murió a manos del rey Haroldo Godwinsson en Stamford Bridge, localidad de Yorkshire.

Hardicanuto (m. 1042): Hijo mayor de **Canuto**, rey de Dinamarca desde 1035; la amenaza de los noruegos le impidió reclamar el trono inglés de su padre hasta poco después de la muerte de su hermano **Haroldo Pie de liebre** (1040). Murió sin descendencia y le sucedió Eduardo, hijo de **Ethelred II**, el antiguo adversario de su padre.

Haroldo el de la hermosa cabellera: Rey de Vestfold (fiordo de Oslo), que a fines del decenio de 890 se adueñó de todo el territorio noruego. La consolidación de su poder, hasta su muerte en el decenio de 930, ocasionó la emigración de muchos noruegos, sobre todo a Islandia.

Haroldo Pie de liebre (m. 1040): Hijo de **Canuto** y de su concubina Aelgifu de Northampton. Fue elegido rey de Inglaterra septentrional a la muerte de su padre (1035) y de toda Inglaterra dos años después. Murió antes de que su hermano mayor Hardicanuto de Dinamarca pudiera reclamar para sí el trono inglés.

Hengest (m. 488?): Jefe mercenario juto que, según cuenta la **Crónica anglosajona**, se estableció en el sureste de Inglaterra, junto a su hermano Horsa, por invitación de **Vortigern**. Cuando Horsa murió en una batalla (455?), Hengest estableció el reino de Kent. Un jefe de este nombre, según la obra *Fight at Finn's Burg*, mandaba a los daneses de Frisia y puede que se trate del mismo personaje. No se sabe mucho de sus actividades y otras fuentes fechan su llegada a Kent en el año 428 (no en 449).

Henslow, John Stevens (1796-1861): Botánico y geólogo, fundador de la Sociedad Filosófica de Cambridge; fue profesor de mineralogía (1822-1827) y de botánica (1827-1861) en

Cambridge. A través de la obra de Charles Darwin, su discípulo más famoso, influyó indirectamente en los arqueólogos; su propia intervención en la disciplina no fue muy afortunada, porque creyó que las urnas anglosajonas de Kingston-on-Soar eran prehistóricas.

Here: Nombre anglosajón que a menudo se traduce por «ejército», pero que no implica necesariamente un gran número de hombres. En el siglo VIII se definía como un grupo de más de 35 miembros; es el término habitual que se usa en la **Crónica anglosajona** para denominar a los «ejércitos» daneses del siglo IX.

Hermanarico (m. 376): Caudillo godo de Rusia meridional, cuyo reino quedó barrido por los movimientos de los hunos y los alanos hacia el oeste en el decenio de 370. Con la derrota y el suicidio de Hermanarico empezó la migración de los visigodos hacia el Imperio; se le reverenció como último representante de los antiguos jefes godos.

Herodoto (h. 490-h. 425 a. C.): Historiador griego, «padre de la historia», oriundo de la costa egea de Asia menor; se estableció en la colonia ateniense de Thurii, en el sur de Italia. Herodoto viajó sin descanso en busca de material histórico; en digresiones de su tema central –las guerras persas de los decenios de 490 y de 480–, transcribe narraciones, algunas mitológicas, de las tribus bárbaras ajenas al mundo griego.

Honorio, Flavio (384-423): Emperador romano de Oriente, hijo menor de Teodosio el Grande, gobernó en el oeste desde 395. Durante su reinado se perdieron Britania, Hispania y partes de Galia y **Alarico** tomó la ciudad de Roma. Siempre se le reconoció como uno de los jefes menos eficaces del Imperio.

Horsa (m. 455?): *Ver* **Hengest.**

Hunos: Pueblo nómada de Asia, que durante el último cuarto del siglo IX destruyó los reinos godos de Rusia meridional y ocasionó las grandes migraciones hacia el oeste. Unidos brevemente en el decenio de 440 y principios del de 450 bajo el mando de **Atila**, invadieron Galia e Italia, pero tuvieron que volver a sus territorios húngaros y poco después se dividieron en pequeños grupos tribales, que se unieron a otros pueblos nómadas.

Ida (floreció h. 550) Jefe guerrero inglés, que se estableció en la costa de Northumberland h. 547, construyó una fortaleza sobre el peñón de Bamburgh y fundó la casa real de Bernicia, región septentrional de Northumbria, cuyo poder creció con rapidez tras su muerte (559?).

Immunitas: Exención de los deberes públicos o de impuestos; esta palabra latina se usa a veces para describir el espacio de una casa religiosa que disfruta de esa exención y, por tanto, es lugar de refugio.

Imperium: Palabra latina que significa «mando» y pasó a querer decir «derecho de dar órdenes» y, por tanto, poder supremo, equivalente a «imperio» en la época romana tardía. *Imperator*, en su origen «comandante en jefe», fue el título que usaron los emperadores. Los escritores que usaron el bajo latín emplean la voz *imperium* al referirse a un reino aislado, pero en este sustantivo se conserva la connotación de un reino supremo con respecto a otros.

Ine (m. después de 726): Rey de los sajones occidentales (688-726) y vigoroso defensor de los derechos de su reino; fue el primer sajón occidental que promulgó un código de leyes; abdicó para peregrinar a Roma, donde murió.

Inhumación: Costumbre funeraria por la que el cadáver se deposita sin quemarlo en una tumba, a diferencia de la *cremación*. Esta forma de enterramiento era una exigencia de la doctrina cristiana, pero no estaba limitada a sus seguidores, pues algunas tribus paganas de Escandinavia también la usaban.

Irene (h. 752-803): Emperatriz bizantina, mujer de León IV (m. 780) y regente de su hijo Constantino VI. Propició el uso de iconos en la iglesia y se mostró tiránica al respecto. En 797 hizo cegar a su hijo y se proclamó *Emperador*. En 802 un golpe de estado la derrocó y murió en el exilio.

Iudex: Significa «juez» en latín, nombre que dan los escritores latinos a los caudillos visigodos.

Jerónimo (Eusebio Jerónimo) (h. 348-420): Padre de la Iglesia y santo, nacido en Dalmacia; ya tenía una carrera oficial cuando entró en la vida religiosa. Atraído por el ascetismo, viajó a los desiertos orientales. A raíz de una corta permanencia en Roma (382-385), se le encargó la revisión de las variantes textuales de la Biblia por entonces usada. Desde el año 389 hasta su muerte se dedicó a la teología y a la exégesis bíblica. Sus obras principales son la versión latina revisada de la Biblia, la *Vulgata*, y su crónica, testimonio de los acontecimientos de fines del siglo IV y principios del V; su correspondencia contiene muchos detalles notables.

Jómsvikinga Saga: Saga islandesa escrita h. 1200; cuenta que un danés de Fyn fundó un campamento fortificado en la costa meridional del Báltico. En el campamento, Jómsborg, vive una elite militar bajo una disciplina estricta. La saga tiene muchos elementos de la naciente caballería del siglo XII, pero quizá conserva el recuerdo de campamentos militares como los de Svend Barbapartida de Dinamarca.

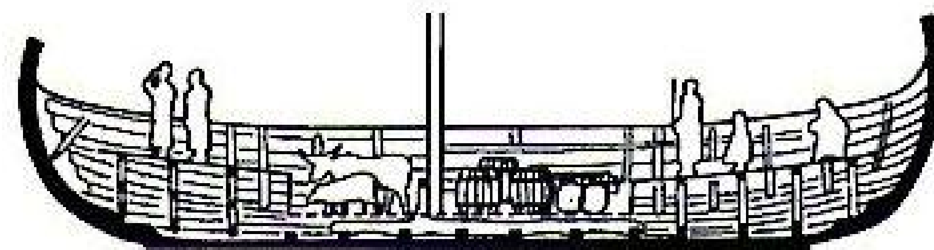
Juliano, Flavio Claudio (332-363): Emperador romano, de la familia de los Constantinos, proclamado en 355; durante cuatro años luchó contra los **francos** y los **alamanes** (356-359). En el año 363 invadió Persia y obtuvo algunas victorias, pero murió en una batalla. A diferencia de otros emperadores del siglo IV, fue pagano y trató de mantener el paganismo, lo que más tarde le valió el apodo de «el Apóstata».

Justiniano, Flavio Petro Sabacio (h. 482-565): Emperador romano, sobrino del emperador Justino, al que sucedió en el año 527. En su reinado se reconquistó gran parte del Mediterráneo occidental –África, Italia y parte de España– y a él se deben reformas importantes en la ley romana y en la gran iglesia de Santa Sofía de Constantinopla.

Jutos: Pueblo germánico, del que se cree que ocupó la zona norte de la península danesa (Jutlandia) a comienzos del **período migratorio**. Algunos de ellos, según la tradición, intervinieron en la invasión de Britania y testimonios de esto se han encontrado en Kent y en sur de Inglaterra.

Kemble, John Mitchell (1807-1857): Filólogo e historiador cuyos estudios se concentraron en la lengua y la historia anglosajonas. Entre sus obras se cuenta una edición importante del poema **Beowulf** (1833) y un significativo trabajo de 1856, en el que llamó la atención sobre las similitudes existentes entre los materiales hallados en Inglaterra y en Hannover.

Knarr: Palabra escandinava (otra forma: *Knörr*), nombre de los barcos mercantes pesados que usaban los mercaderes y los colonos de las islas del Atlántico.



Knarr, *barco mercante pesado*

Landnámabók: Libro de las colonias, una recopilación de tradiciones sobre los colonizadores de Islandia, fechada en el siglo XII.

Leland, John (h. 1506-1552): Estudioso de antigüedades inglés. Recibió las órdenes sagradas después de 1522, pero sus intereses estaban en el estudio de las antigüedades. Antes de

1530 recibió el nombramiento de Curador de la biblioteca de Enrique VIII y en 1533 se convirtió en Anticuario del rey. Desde 1534 hasta 1543 viajó por toda Inglaterra, tomando notas de las ruinas que veía, con la intención de reunirlas en una gran obra. No cumplió su intención, porque la demencia y una muerte prematura se lo impidieron, pero se conservaron sus notas, publicadas en 1710 con el título de *Leland's Itineraries* (Los itinerarios de Leland), y con ellas, mucho material para estudios arqueológicos de todos los períodos.

Lombardos: Pueblo germánico que emigró hacia el sur durante el siglo VI y ocupó las llanuras húngaras. La presencia de los ávaros los obligó a continuar su migración hacia el oeste y en 568 invadieron Italia y establecieron un reino en el valle del Po, con ducados virtualmente independientes en el sur. El reino septentrional resultó anexado por Carlomagno, pero los ducados sobrevivieron hasta la conquista normanda de mediados del siglo XI.

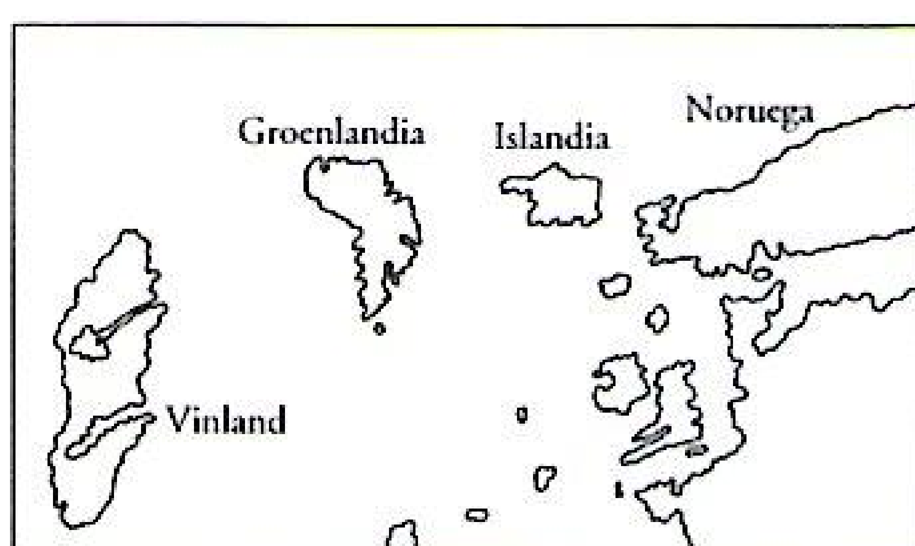
Luis el Germánico (h. 805-876): Tercer hijo de **Luis el Piadoso** y rey de los francos orientales desde 840 hasta 876.

Luis el Piadoso (778-840): Menor de los hijos legítimos de Carlomagno, a quien sucedió en el trono en 814. En su reinado hubo problemas sucesorios, presiones bárbaras y muchos años de guerras civiles con sus hijos.

Magiares: Pueblo bárbaro, quizá de origen finés, que emigró a Europa meridional y a principios del siglo X ocupó Hungría, desde donde su caballería avanzó sobre Francia, Italia e incluso España. Tras la derrota sufrida en la batalla de Lechfeld (955), se asentaron en Hungría y establecieron un reino cristiano civilizado que sobrevivió hasta la época moderna.

Magno Máximo (m. 388): Emperador romano; era un soldado español que mandaba el ejército britano y llevó sus tropas a Galia, donde derrocó al emperador **Graciano**. Teodosio el Grande le reconoció el derecho de gobernar Galia, Hispania y Britania, pero se negó a concederle el control de Italia y se puso al frente de un ejército que derrotó a Máximo, quien fue ejecutado. Disimulado bajo el nombre de «Prince Macsen», su recuerdo siguió siendo una gran fuerza en los círculos cortesanos de Gales hasta el siglo XIII.

Mapa de Vínland: Mapa de pergamino del «mundo desconocido» que se guarda en la Biblioteca de la Universidad de Yale; se publicó en 1965 y está datado h. 1440; muestra la «isla» de Vínland. Probablemente es una falsificación.



Fragmento del mapa de Vínland

Marcomanos: «Hombres de la frontera», pueblo germano establecido en Bohemia desde el siglo I a. C. Contra ellos se entablaron guerras importantes desde 166 hasta 180, pero siguieron siendo una amenaza en la frontera del Danubio y en el siglo VI se anexaron Bavaria.

Mausoleo: En sentido propio, tumba monumental de Mausolo (m. 353 a. C.) construida en Halicarnaso y, por analogía, palabra aplicada a cualquier sepulcro con pretensiones de grandeza.

Mercimonium: Palabra latina que significó, originalmente, «mercancía» y, traslaticiamente, «mercado».

Merovingios: Familia real de gobernantes francos desde Childerico (m. 481) hasta mediados del siglo VIII, nombre derivado de Merovech, un oscuro jefe de mediados del siglo V, tal vez padre de Childerico.

Montelius, Oscar (1843-1921): Arqueólogo sueco que adaptó las teorías de la evolución darwinianas al análisis del material arqueológico. Sus estudios tipológicos tuvieron un efecto profundo en el pensamiento de su generación.

Namaciano, Rutilio Claudio: Funcionario romano de la época de **Honorio**, que partió de Roma (quizá en el año 417) en busca de la propiedad paterna en Galia, cerca de Toulouse, por entonces amenazada por la colonización visigoda de Aquitania. Su poema autobiográfico *De reditu suo* (Sobre su regreso) describe la devastación de Italia. Su relato contrasta con el fatalismo que prevalece en los historiadores cristianos, porque él era pagano y creía en la misión de Roma y en su antiguo panteón, ambos debilitados por los invasores bárbaros y por el cristianismo.

Narses (m. 567): General de **Justiniano**, al principio lugarteniente de **Belisario** en Italia (538) y desde 550 hasta 554, comandante general en la península, que logró conquistar (554). Hasta 567 actuó como regente y se ocupó de administrar la reconstrucción itálica.

Nicea, Concilio de: Primer concilio de la Iglesia, reunido en la ciudad de ese nombre (actual Isnik, en Turquía) en el año 325; denunció el **arrianismo** y formuló el credo de Nicea.

Notker («el Tartamudo») (m. 912?): Autor de un tratado ingenuo sobre Carlomagno; se dice que era un monje de la abadía suiza de St. Gall, que nació h. 840 y que escribió en el decenio de 880.

Nuncio: Literalmente, «mensajero», nombre dado a los embajadores papales ante cortes extranjeras.

Odoacro (m. 493?): Funcionario escirio elegido emperador en 476, en oposición a Rómulo y a su padre, Orestes. Gobernó Italia hasta que **Teodorico el Grande** lo derrotó y mandó matar.

Offa el Grande (m. 796): Rey inglés de Mercia (757-796). Bajo su mando, el reino de Mercia llegó a su máxima extensión. Hizo construir sólidas defensas fronterizas en las zonas limítrofes de Gales.

Oman, sir Charles (1860-1946): Historiador y profesor de la cátedra Chicheley de historia en Oxford. Hombre de grandes conocimientos y amplios intereses; publicó trabajos sustanciales sobre la historia moderna, medieval y postromana.

Omeyas: Primera dinastía de gobernantes árabes, descendientes de un mercader de La Meca que se adhirió a Mahoma. Tomaron el poder en 661 y mantuvieron un sistema basado en el de las tribus nómadas del desierto, hasta que se dividieron en feudos internos y se produjo el advenimiento de los **Abasidas** persas en 750.

Oratorio: Lugar destinado a la plegaria (privado). Viene del latín *orare*, rezar.

Orosio, Paulo: Eclesiástico español que pasó a África (414) huyendo de los **vándalos** y se convirtió en seguidor de san **Agustín**. Su obra *Historiae adversus paganos* (Historias contra los paganos), un tratado que expone los hechos desde la creación hasta el año 417 d. C., se basa sobre todo en escritores antiguos, pero agrega detalles de sus propios conocimientos de la historia contemporánea.

Ostrogodos: *Ver* **Godos**.

Otón I, el Grande (m. 973): Hijo de Enrique el Cazador (o el Pajarero); rey sajón de Alemania (936-962). Emperador desde 962. En 955 derrotó a los **magiares** en Lechfeld.

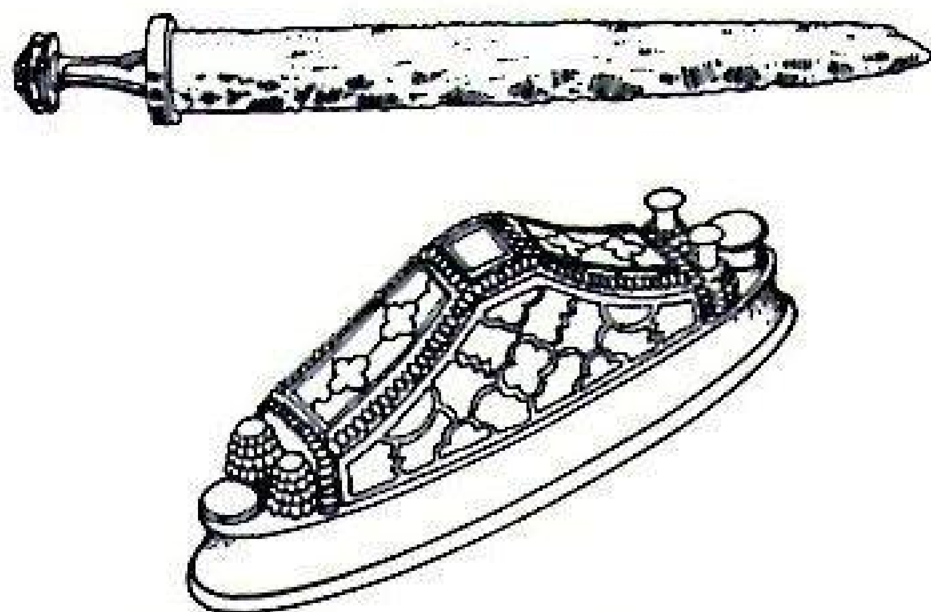
Patricio (373-h. 463): Santo y obispo. Nació quizá en Dunbarton y los escoceses lo capturaron en 389. Tras seis años de esclavitud, estu-

dió con san Martín de Tours y en el año 450 viajó de regreso a Irlanda, donde convirtió el Ulster al cristianismo y fundó su centro misionero cerca de Armagh, donde fue enterrado. Tiempo después, cuando entraron en conflicto las Iglesias irlandesa y romana, se convirtió en santo patrono de Irlanda.

Paulino de Pella (377?-h. 440): Aristócrata galorromano, hijo de un procónsul, con grandes propiedades en Aquitania; en el año 414 aceptó un cargo bajo la breve usurpación de Atalo, tras cuya caída Paulino perdió sus posesiones y salvó la vida por gracia del rey de los **alanos**; terminó sus días exiliado en Marsella. Su poema *Eucharisticon* (Acción de gracias) es un relato pesimista de los desastres de principios del siglo V.

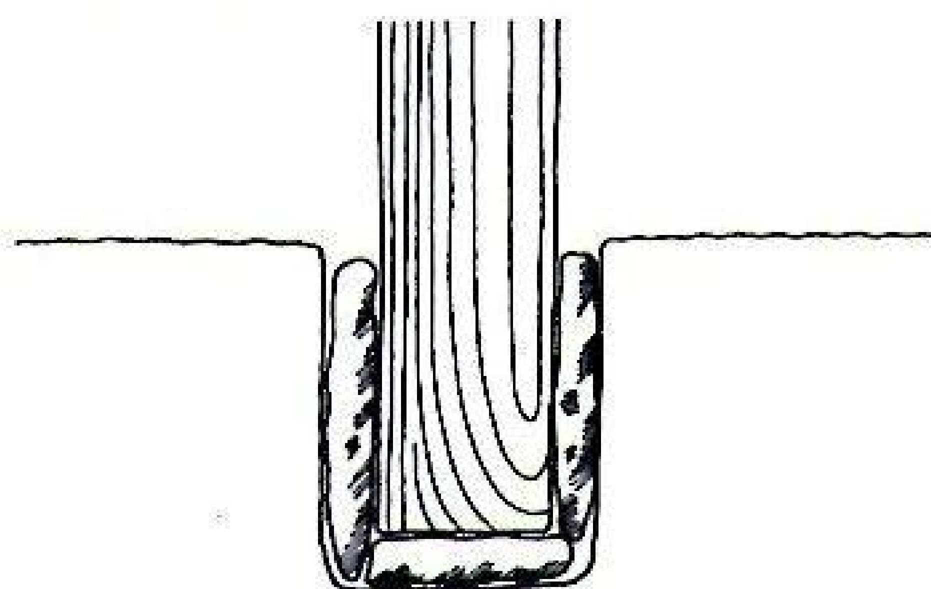
Período migratorio (h. 400-800): Época de desplazamientos tribales. Aunque las migraciones germanas fuera del Imperio romano empezaron en el siglo II, la expresión se limita, por lo común, a la etapa de las grandes invasiones de los siglos V y VI. En Europa septentrional, este período está seguido convencionalmente por la era de los vikingos, última de las migraciones germanas.

Pomo: Parte protuberante de la empuñadura de una espada, decorado a menudo con esmaltes o con piedras semipreciosas.



Espada y el pomo de su empuñadura

Pozo de poste: Pozo cavado en tierra para plantar en él la base de un poste (en general, rellenado con piedras o con tierra apisonada). Estos pozos y otras huellas semejantes de bases de madera son, por lo común, los únicos vestigios de los edificios bárbaros.



Sección transversal de un pozo de poste

Procopio (h. 500-después de 562): Historiador griego que sirvió con **Belisario** en Persia, África e Italia (527-540). Prefecto de Constantinopla en el año 562. Su *Historia de las guerras de Justiniano* (escrita hacia 551) contiene mucho de lo que se sabe de la época y conserva detalles de hechos secundarios. Una obra paralela, *Historia secreta*, recorre los mismos caminos pero como un ataque continuo y violento contra Justiniano; es muy poco probable que este texto tan iracundo se publicara en vida del emperador.

Prueba de carbono: Medición de la cantidad de isótopo radiactivo de carbono (carbono 14) presente en la madera y en otras sustancias orgánicas. La cantidad disminuye progresivamente después de la muerte del vegetal o animal y la medición de los residuos de carbono permite calcular la fecha de la muerte. El margen de error estadístico (dos o tres siglos) inherente a esta técnica limita su valor para la Edad Media.

Raedwald (m. h. 625): Rey de los anglos orientales, a quien **Ethelbert** de Kent indujo a aceptar el cristianismo, aunque él continuó adorando a sus viejos dioses. Se le reconoció como *Bretwalda*, «soberano supremo» de los ingleses, y puso a **Edwin** en el trono nortumbrio de su padre. Es posible, aunque no seguro, que el gran enterramiento de barco de Sutton Hoo, en Suffolk, fuera la tumba de Raedwald.

Recaredo (m.601): Rey visigodo, sucedió a Leovigildo, su padre, en 586 y al año siguiente recibió el bautismo cristiano. En el año 589 convocó el Concilio en Toledo, que puso fin al **arrianismo** oficial en España.

Relicario: *Ver* **Reliquia.**

Reliquia: En la historia eclesiástica, recuerdo personal de un santo, ya sea ropa u otro objeto de uso, o bien una parte del cuerpo del santo, conservado y reverenciado como estímulo de la piedad. Las reliquias se exponen a los peregrinos, quienes fueron los primeros en recolectarlas y mantenerlas guardadas en los *relicarios*, cofres de tamaño diverso y con ornamentación muy elaborada.

Remate de correa: Refuerzo de metal (a menudo ornamentado) que evita que se rompan los extremos de las correas.

Rickman, Thomas (1776-1841): Arquitecto; dibujó iglesias y escribió artículos sobre su disciplina y diseñó varias iglesias, con poca fortuna. Su contribución arqueológica fue la identificación de las iglesias anglosajonas en una época en que muchos de sus contemporáneos creían que cualquier edificio anterior a 1050 aproximadamente debía ser de madera.

Roland: *Ver* **Chanson de Roland.**

Romanitas: Modo de vida romano, una ambición sentimental y mal definida de los gobernantes de los reinos posteriores a Roma, desde **Ataúlfo** hasta Otón III.

Rómulo Augústulo (h. 455-510): Último emperador del Imperio de Occidente. Hijo de Orestes, un romano que fue ayudante de **Atila**; mantuvo el gobierno durante un año y fue depuesto en 476. Por su juventud, se le perdonó la vida y se retiró, con una pensión estatal, al sur de Italia hasta su muerte. Augústulo –pequeño Augusto– era un diminutivo desdeñoso.

Saga: Palabra noruega antigua que significa relato (originalmente en prosa) de acontecimientos casi legendarios; en sentido coloquial, narración extensa. Se usó sobre todo para aludir a los relatos históricos que circularon en Islandia durante la Edad Media.

Sajones: Pueblo germano oriundo de la llanura costera del norte de Alemania, sobre todo en el territorio limitado por los ríos Elba y Weser. Durante las migraciones del siglo V, algunos invadieron Britania, donde, según la tradición, fundaron los reinos cuyo nombre contiene el sufijo «-sex». Los que permanecieron en Sajonia se incorporaron al reino franco durante el siglo VIII.

Sala: Habitación principal de una casa, usada para la vida ceremonial y doméstica; casa de una sola habitación amplia usada para esas ceremonias. Con la decadencia de la vida comunitaria desde la Edad Media, el término ya no tiene el mismo significado.

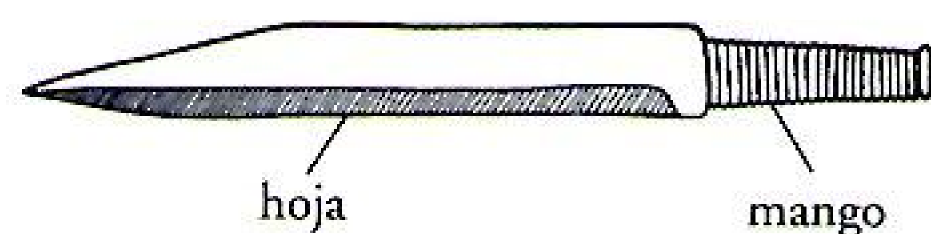
Salin, Bernhard (1861-1931): Arqueólogo sueco, sucesor de **Montelius**, cuyo análisis de la ornamentación zoomorfa (*Die altgermanische Thierornamentik*. 1904) es la base de la cronología del trabajo en metal durante el período migratorio.

Salios, «Salados»: Nombre dado después de 350 a una rama de los francos que se asentaron en Holanda y Bélgica en la llanura costera y cuya familia real, la de los **Merovingios**, después se convirtió en dueña de Galia.

Salviano (h. 400-h. 470): Sacerdote y escritor, nacido en Trier, que se hizo monje en Lérins en 425 y presbítero en Marsella hacia 439. Vio en los bárbaros, quienes por entonces habían convertido en reino germano a su provincia natal, un instrumento de la cólera divina y en su obra *De gubernatione Dei* (Del gobierno de Dios) expuso su punto de vista teológico, a la vez que revelaba gran parte de los detalles de la vida provinciana del siglo V.

Sarracenos: Originalmente, tribus árabes de Siria; después se aplicó a todos los árabes, sobre todo a los de España, Italia y Palestina.

Sax: En inglés antiguo, *Saex*; cuchillo de hierro de un solo filo, común en las tumbas europeas sajonas y anglosajonas. Las versiones continentales tienen un lomo curvo; los tipos ingleses (fines del siglo VI y posteriores) tienen lomo recto y extremo angulado.



Sax, cuchillo sajón

Sidonio Apolinar, santo (h. 430-después de 479): Aristócrata galorromano de Lyón, yerno del emperador Avitus y funcionario en Roma. Elegido obispo de Clermont-Ferrand, localidad de Auvernia, en 469, coordinó la resistencia ante los visigodos. Después de que los godos se anexaran Auvernia en 475, Sidonio fue encarcelado, pero en 476 volvió a su obispado. Entre sus obras conservadas hay poemas y cartas que nos dan datos sobre la sociedad gala del siglo V.

Smith, Charles Roach (1807-1890): Experto en antigüedades; químico de profesión, dedicó su tiempo a coleccionar y clasificar las antigüedades romanobritanas. Sus adquisiciones forman la base de la colección romana del Museo Británico. En 1856 publicó los registros de los enterramientos anglosajones hechos por Bryan **Faussett**, bajo el título *Inventorium Sepulchrale*.

Solidus: Moneda romana de oro que pesaba unos 6 gramos, acuñada desde 309 como parte de la reforma del metálico después del colapso del siglo III. Fue la moneda principal de fines del imperio y la reconocieron los bárbaros en zonas tan remotas como Escandinavia.

Stukeley, William (1687-1765): Estudioso de antigüedades y médico. En 1718 intervino en la fundación de la Sociedad de Anticuarios de Londres, primera de esas agrupaciones nacionales. Stukeley profesó las órdenes sagradas, pero pasó gran parte de su vida estudiando las antigüedades prehistóricas; se interesó en especial por la religión de los druidas, como se ve en su obra *Stonehenge* (1740); en una serie de artículos dató muchas reliquias anglosajonas en la prehistoria.

Suevos: Pueblo germano. En el siglo II se dio este nombre a un grupo amplio de tribus asentadas al este del río Elba. En la invasión de 406, los suevos (que para entonces ya incluirían quizá a grupos tribales distintos) atravesaron Galia y fundaron un reino en Galicia (España), que mantuvieron hasta 585. Los francos, que se anexaron los territorios situados al este del Rin en el siglo VI, continuaron llamando Suevia a esas tierras.

Svear: Pueblo escandinavo cuyo territorio se extendía al norte de la actual capital sueca, Estocolmo.

Tácito (h. 56-h. 115 d. C.): Senador e historiador romano; escribió sobre los acontecimientos del siglo I de nuestra era. Entre sus obras se cuenta *Germania* (del 98 d. C.), un tratado etnográfico en parte fundado en información obsoleta, pero interesante por la descripción aguda de las tribus germanas del Rin y del Danubio, que sirve como base de la historia de esos pueblos.

Teodorico el Grande (h. 451-526): Rey ostrogodo que, con apoyo bizantino, conquistó Italia (489-493) y fundó el reino godo. Siempre se le reconoció como el mayor de los soberanos bárbaros y durante su reinado estuvieron unidos germanos e italianos. En tiempos de sus sucesores, el reino de Teodorico quedó absorbido en el Imperio de Oriente.

Teodosio II (h. 401-450): Emperador romano de Oriente, hijo de **Arcadio**, sucedió a su padre en el año 408. Estuvo dominado por su hermana y su mujer hasta el decenio de 440 y en todo momento por una serie de ministros poderosos. Durante su reinado se obtuvieron victorias en las guerras con Persia (421-422, 441) y con Juan el Usurpador (425), pero los orientales no tuvieron fortuna frente a los **vándalos** (441) ni más tarde ante **Atila**. Las grandes murallas de Constantinopla (posteriores a 413) llevan su nombre.

Terp: Palabra alemana que se aplica a las aldeas situadas sobre montículos, en especial las de la llanura costera germana, donde en las zonas bajas se alzaron colinas artificiales de tierra.

Teudelinda (m. 628): Hija del duque de los bávaros; era católica y fue mujer de dos reyes lombardos sucesivos: Authari (584-590) y Agilulfo (590-615). Mantuvo correspondencia con el papa **Gregorio el Grande** y fundó en Bobbio el monasterio de San Columbano.

Tipología: Método de estudio del material arqueológico, que intenta clasificar los objetos en una secuencia de desarrollo, según criterios originalmente formulados en el campo de la biología.

Túmulo: Montículo de tierra apilada sobre cadáveres cremados o inhumados. En el período migratorio, los túmulos tienen distinto tamaño: los más bajos son de menos de 1 m de altura y los más altos, de 9 m o más, como los que cubren enterramientos de barco.

Ulfila: Obispo de los godos, a quienes predicó (341-348) el Evangelio de Arrio. La conversión de los godos al **arrianismo** se atribuyó a la influencia de Ulfila, pero quizá haya sido el resultado de contactos sostenidos en los Balcanes, cuando los godos entraron en el imperio (376). Tradujo la Biblia al idioma godo.

Urna: Vasija de cuerpo redondeado y cuello estrecho, usada sobre todo para guardar las cenizas de los difuntos.

Valente (m. 378): Emperador romano impuesto en 364 por su hermano **Valentiniano I**, emperador de Occidente, para que gobernara el este. Era arriano e intolerante. Permitió que los visigodos entraran en el imperio y murió asesinado por ellos en Adrianópolis.

Valentiniano I (m. 375): Emperador romano proclamado por el ejército en el año 364. Puso a su hermano **Valente** en el trono de Constantinopla, mientras él se apoderaba de Roma. Pasó gran parte de su reinado defendiendo las fronteras septentrionales.

Valentiniano II (m. 392): Emperador romano, hijo de **Valentiniano I** y su sucesor en Italia (375). Durante su reinado se enfrentó con la usurpación de **Magno Máximo** y con el derrocamiento de **Graciano** en Galia; huyó de Italia para librarse de Máximo; Teodosio el Grande lo restauró en el trono poco antes de su muerte (quizá asesinato) ocurrida en Viena.

Valentiniano III (419-455): Emperador romano de Occidente, sobrino y sucesor de **Honorio** (425). La mayor parte de su reinado estuvo en manos de su madre, Plácida, y del comandante de Galia, **Aecio**, a quien, tras ser víctima de sus partidarios, mandó asesinar en 454.

Vándalos: Pueblo germano, quizá oriundo de la región báltica, que invadió Galia en 406 y estableció un reino en España. La mayoría de los vándalos emigraron a África, donde fundaron un Estado que se mantuvo hasta la reconquista del Mediterráneo occidental, en tiempos de **Justiniano** (535).

Varo, Publio Quintilio (m. 9 d. C.): General romano, favorito de **Augusto**; después de una carrera brillante en África y Siria estuvo al mando del ejército del Rin, que sufrió una emboscada y fue destruido en el año 9 d. C. en la región germana del Medio Weser.

Vikingo, Víkingur: Palabra escandinava que se aplica a los marinos piratas de Noruega, Suecia

y Dinamarca que asolaron las costas de Europa después de 800 d. C. La etimología de esta voz se discute, aunque por su uso signifique «pirata», el sustantivo *víking* quiere decir «incursión pirata».

Villa: Construcción rural en el mundo romano; tradicionalmente, en torno a un patio se despliegan la vivienda, los talleres y establos y graneros. Por lo común, los arqueólogos usan esta palabra para referirse a propiedades de personajes pudientes, viviendas rústicas situadas en establecimientos agrícolas.

Visigodos: *Ver* Godos.

Vortigern: (floreció h. 450): Príncipe britano de la época posterior a la administración romana que, según la tradición, estableció la federación sajona del sureste de Inglaterra (449 o antes), al parecer para defenderse de los ataques de los pictos y otros piratas. El relato tradicional considera que ésta fue la primera colonización pagana en Britania y los escritores subsiguientes criticaron a Vortigern con dureza por su política.

Vosk (palabra danesa): Nombre de una enfermedad del ganado, debida a una deficiencia de minerales en la dieta, que causa debilidad progresiva; se cree que fue el motivo del abandono de tierras marginales de Escandinavia.

Warburton, obispo William (1698-1779): Fue abogado durante un tiempo y después tomó las órdenes sagradas en 1723; después de ocupar varias parroquias, se convirtió en obispo de Gloucester (1759). Entre sus muy numerosas obras, figuran tratados de filosofía, Sagradas Escrituras e historia.

Wilfrid (634-709): Santo y obispo de York. Fue portavoz de la Iglesia católica contra la observancia celta en el Sínodo de Whitby (664). Pasó gran parte de su carrera en disputas con los reyes nortumbrios y los arzobispos de Canterbury; viajó a Roma dos veces para defender su causa. Fundó las iglesias de Hexham y Ripon y en 678 ejerció su apostolado entre los frisios.

Willibrord (h. 657-h. 738): Santo y misionero. Educado en Ripon, en 690 fue enviado a Frisia para completar la misión de **Wilfrid**. Con el apoyo de los francos, fue nombrado obispo de los frisios h. 695 y fundó el obispado de la ciudad holandesa de Utrecht.

Wright, Thomas (1810-1877): Estudioso de antigüedades inglés; pasó su vida editando manuscritos medievales. Antes de licenciarse en Cambridge, publicó su obra *A History of Essex* (Una historia de Essex) (1831-1836), en la que incluyó material de archivo y arqueológico. Parte de sus trabajos fueron apresurados e imprecisos, pero abarcó un campo amplísimo, en ensayos y libros sobre literatura medieval, canciones y lenguaje, además de contribuciones capitales en los estudios sobre los anglosajones.